

**Constructivismo y Construccinismo en psicoterapia: una tensión necesaria para el  
desarrollo de la terapia sistémica**

**Tesis Doctoral**

**Ricardo Celis Pacheco**

**Director**

**Marcelo Rodríguez Ceberio**

Universidad de Flores

Doctorado en Psicología

Buenos Aires, Agosto de 2019

## Contenido

Introducción.....	4
Capítulo 1. Referente metodológico .....	10
Objetivo de la investigación .....	11
Problema.....	11
Investigación Hermenéutica .....	14
Capítulo 2. Constructivismo y construccionismo social: puntos de encuentro y desencuentro .....	21
Sobre el constructivismo y la terapia sistémica. Hitos para el desarrollo del constructivismo .....	28
La emergencia del observador .....	34
Autorreferencia: la observación de segundo orden.....	39
Límite sistema entorno .....	41
Sobre el construccionismo .....	46
Antecedentes.....	46
Pretensiones del construccionismo social .....	55
Construccionismo y el problema de la identidad y el lenguaje como eje central de su teoría.....	56
Algunos aportes del construccionismo social a la terapia sistémica.....	57
Capítulo 3. Problemas de conocimiento.....	60
Primer problema de conocimiento: construcción teórica del concepto de identidad desde el constructivismo y construccionismo .....	61

Segundo problema de conocimiento: el cambio como categoría que amplifica las diferencias entre constructivismo y construccionismo social.....	80
Tercer problema de conocimiento: la relación terapéutica.....	94
Capítulo 4. Categorías emergentes .....	110
Primera categoría emergente: convergencias y divergencias .....	111
Aportes y límites del construccionismo social en su postura epistemológica.....	115
Segunda categoría emergente: la construcción de la realidad como creación interdependiente del sistema y el entorno .....	121
Teoría de la acción situada .....	122
El fundamento de la narrativa es preverbal .....	123
Autoreferencia como condición para la construcción de narrativas .....	124
Tercera categoría emergente: existe responsabilidad personal cuando no nos narramos determinados por lo social y reconocemos nuestra autoría en la actuación...	127
El problema de la significación personal del rol.....	128
Cuarta categoría emergente: pasar de intervenciones generales a intervenciones más especializadas .....	133
Discusión.....	145
Nivel metateórico.....	146
Teoría formal y clínica .....	146
Nivel de técnica y estrategia.....	147
Conclusiones.....	150
Aportes de la investigación .....	152
Algunos aspectos por mejorar de la investigación.....	155
Futuras investigaciones .....	156
Referencias .....	158

## **Introducción**

Hablar de constructivismo y construccionismo, que más acertadamente se deberían enunciar como constructivismos y construccionismos, es hablar de discursos en los que habita una gran variedad de maneras de observarse, de énfasis y, sobre todo, de grandes tensiones internas, ya que cuando se habla de uno o de otro no se está haciendo referencia a discursos estáticos, sólidos y unificados. Casi que se podría decir que en el interior de cada uno habita una torre de babel, en ocasiones bastante contradictoria. Al interior del constructivismo se reconocen más de cien modelos diferentes de psicoterapia, y en el construccionismo social se observa una gama de matices dependiendo muchas veces de cuál fue el camino para llegar a él, pues es diferente si se llegó por la psicología social, por la sociología, por la literatura, o por la terapia sistémica, etc. El construccionismo, en su postura relativista e incluyente, lleva a la cohabitación de diferentes discursos; su flexibilidad y carácter no excluyente acoge gran variedad de planteamientos. Ibáñez (2003) al respecto plantea: “La propia especificidad de las diversas orientaciones que conforman el socioconstruccionismo, generan más tensiones entre ellas, que cuestionan la cohabitación en un mismo marco teórico y amenaza con hacerlo estallar en islotes inconexos” (p. 159).

Esto hace que se realicen hibridaciones que, aunque interesantes, entran en profundas contradicciones en la teoría formal, en la teoría clínica y en las diferentes estrategias que se utilizan en la práctica clínica. Y en este ejercicio de hibridaciones

constantes se naturalizan conversaciones teóricas de manera rápida y acrítica creando realidades teóricas y prácticas insostenibles. El socioconstruccionismo es un movimiento del constructivismo que puede aportar como foco de desarrollo a la terapia sistémica pero, sin lugar a dudas, no es el único; es más, podría no serlo y la terapia sistémica continuaría su desarrollo. Por tal razón no se podría decir que el construccionismo es lo contemporáneo y la punta de lanza de lo sistémico; tampoco que es su evolución natural ya que sus orígenes no parten de las teorías de sistemas ni asume ningún postulado sistémico. Esta reconstrucción histórica busca ampliar la diferenciación entre el constructivismo y el construccionismo social y la implicación de sus postulados en la terapia sistémica.

Se sabe, desde los diferentes autores de terapia familiar, cuáles han sido las bondades de la emergencia del paradigma constructivista para el mundo de la psicoterapia, desde Bertalanffy (1989) con su planteamiento de la teoría general de sistemas, hasta Maturana (1996) y Lhumann (1998), quienes hablan de sistemas autopoieticos. La psicoterapia ha bebido de esta epistemología haciendo reflexiones profundas acerca de la concepción de ser humano, del cambio, del otro, de la relación terapéutica, de la identidad, la relación sistema–entorno, lo cual ha llevado a que en las últimas décadas la terapia familiar sistémica se posicione en el concierto de la psicoterapia, con el rigor epistemológico y metodológico que amerita este sistema social contemporáneo. Son más de 60 años de contribución social y disciplinar. En tal sentido, la terapia familiar sistémica es considerada una psicoterapia que se enmarca en el paradigma constructivista. Por otro lado, más recientemente emerge el llamado construccionismo social o socioconstruccionismo, como un movimiento igualmente constructivista el cual ha hecho aportes a la psicoterapia. Al respecto, Feixas (citado por Celis y Ceberio, 2016) plantea:

– **F.** Creo que el construccionismo social, su gran valor —y se lo dije a Gergen— es su valor provocativo y, para mí, es un gran valor, porque el peso de lo intrapsíquico del individualismo es inconmensurable. Yo enseñé sistémica a alumnos de Psicología y estamos en clase de sistémica y veo el individualismo aparecer constantemente. Trabajo y superviso terapeutas sistémicos y veo el individualismo aparecer de nuevo. Entonces, la virtud que tienen los construccionistas sociales es que son más puristas en eso; en ese sentido, son más capaces de ejercer una disciplina en la que lo intrapsíquico tenga menos papel... digo “menos”, porque es imposible obviarlo.

Entonces, en este sentido, yo creo que tiene un valor propedéutico, de provocación, de reto, en el desarrollo de un profesional que trae una carga acumulada muy fuerte de la cultura en que vive y de la universidad, de lo que ha aprendido en las facultades: personalidad, autoestima, autoconcepto, el Yo. Todo esto que va muy bien, pero no es sostenible como verdad final, como modelo final. Es, simplemente, una provocación para que nos estimule esta parte. (p. 105).

Es de resaltar cómo la vieja pregunta acerca de la relación del todo y las partes, es actualizada en la teoría de sistemas y recogida en una propuesta psicoterapéutica. La importancia de esta pregunta reside inicialmente en la comprensión de ser humano y pasar de la mirada centrada en un yo intrapsíquico, hasta el momento privilegiado por la psicología o por la mirada de un yo individual, solipsista, para pasar de este modo a la comprensión de un yo relacional el cual se entiende interdependiente y en coevolución con el otro; es decir, el yo como sistema existe bajo la condición de que existe un entorno (otro); sin el otro no existo; de otra manera no existen las partículas aisladas, existen patrones de organización en donde habita nuestra existencia.

Esta idea, aparentemente sencilla, tiene implicaciones importantes en la comprensión de lo humano y sus dilemas en el escenario psicoterapéutico. De esta manera, leer el síntoma como problema objetivado en alguien es claramente insuficiente; el síntoma habita en una pauta comunicativa y es mantenido por ésta. Por tal razón, el cambio no consiste en la erradicación de los síntomas *per se*, sino en la transformación relacional a partir de lo que Minuchin (1984) llama el cuestionamiento del síntoma, de la estructura y de la realidad. Con base en estas ideas, modelos estratégicos y estructurales desdoblan su apuesta en la escena psicoterapéutica en pro de la transformación sistémica, aún parados (sin que esto sea una falta) en una cibernética de primer orden. Pero es en esa conversación con teorías de la comunicación, con autores de diversas disciplinas como Gregory Bateson (1979), Von Foester (1994), Von Glaserfeld (1994), Watzlawick (1988), entre otros, quienes, desde la física, la biología, la filosofía, la comunicación, las matemáticas, la cibernética, proponen un giro interesante de observación, ya no centrada en una realidad externa al sujeto o sujetos o sistemas que debemos procurar transformar desde una postura de experticia, sino que el observador emerge y hace parte del cuadro de lo observado. Es decir, lo observado y el observador son dos caras de la misma moneda, hacemos parte de un gran sistema observante. Es así como la cibernética de segundo orden nace; una cibernética de la cibernética; una cibernética de los sistemas observantes.

Paralelo a esto, los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela (2003) desarrollan la teoría de los sistemas cerrados, también llamados sistemas autopoieticos o clausurados en su estructura. Esta nueva fuerza intelectual al interior de la teoría de sistemas influye notoriamente en la psicoterapia familiar sistémica, en donde la pregunta por el observador ya no pudo quedar atrás, y en donde la relación sistema-entorno

cobró aún más fuerza. Se introducen ideas de alta significación para la psicoterapia como: el cambio es autodeterminado, el control instruccional es ilusorio, no importamos ni exportamos estructuras, una conversación es una danza de la observación mutua en donde los dos nos transformamos, y develar nuestros puntos ciegos se convierte en la ganancia de la conversación, en la emergencia de novedades que permitan la autorreferencia. Este último concepto se convierte en el pilar de la terapia sistémica contemporánea y explica el cambio como una posibilidad de la autonomía de los sistemas autopoieticos. El lenguaje cobra la fuerza que la época le reclama y se vuelve el protagonista de la historia; y conceptos como el lenguajear y las narrativas, cobran fuerza determinante en los modelos constructivistas de terapia orientada desde la teoría de sistemas y, a la vez, se convierten en el escenario o el lugar desde donde la terapia sistémica conversa con la semiología y con las diferentes propuestas teóricas posmodernas como el construccionismo social.

La terapia sistémica impacta con eficacia la vida de los sujetos y de los sistemas sociales como lo es la familia. Mundialmente es reconocida como un enfoque emergente en la psicología, y lo sistémico como una teoría contemporánea de las ciencias.

Hasta acá el planteamiento es: la teoría de sistemas, desde sus inicios y su herencia, ha impactado las ciencias, entre ellas a la psicología y su uso en la psicoterapia, la cual, en acoplamiento autorreferente, igualmente se actualiza en su epistemología y metodología. Son estas casi siete décadas muy fructíferas y de gran aporte a la psicología. Pero en este punto también es importante reconocer coincidencias políticas, ideológicas y teóricas en donde el construccionismo y el constructivismo, en relación con la crítica al empirismo y a la modernidad, se cruzan. Estas son algunas ideas.

Según Nájera (2006) la modernidad comprende de manera diferente la identidad, considerando que no estaría vinculada con el tiempo, la historia y la experiencia. Al pretender ser objetiva, termina situándose fuera de las emociones, del cuerpo y de la propia historia. En consecuencia, la identidad se convierte en una entidad abstraída de la realidad.

La crítica al proyecto de la modernidad es un lugar común de las diferentes versiones posmodernas como el constructivismo y el construccionismo. La discusión que se propone en esta tesis no es hacia la modernidad, sino al interior de la posmodernidad en psicoterapia, en donde el relativismo ha permitido la coexistencia de discursos con muy baja diferenciación y muy baja reducción de complejidad, creando monstruos de muchas cabezas que terminan comiéndose a sí mismos.

En esta diversidad psicoterapéutica donde se cuentan por cientos los modelos terapéuticos, cada uno vendiéndose como el mejor desde un espíritu mesiánico, se vuelve perentoria e impostergable la discusión por lo que algunos, desde los años 80, han llamado a la integración de la psicología creándose movimientos y asociaciones internacionales en pro de este proyecto, el cual resulta interesante no con espíritu relativista, sino con el espíritu de actualizar las preguntas de la psicología como disciplina, en donde la pauta de protección de los territorios y la descalificación de otras miradas tiene que seguir transformándose en el escenario en donde las diferentes voces se encuentran diferenciadas y logran un acoplamiento sistémico. Este acoplamiento permite la autorreferencia de los sistemas psicológicos y la comunicabilidad entre estos, no para hacer una sola psicología, sino unas psicologías altamente diferenciadas y en comunicabilidad constante entre sí, en donde lo teórico y lo práctico se retroalimentan constantemente.

## **Capítulo 1. Referente metodológico**

El ejercicio de pensar la integración o el acoplamiento de la psicología requiere pensar el lugar teórico desde donde nos observamos y las categorías que permiten la comunicabilidad y el acoplamiento estructural de ésta. Algunos autores como Guillem Feixas (1994), Luis Botella et al. (2015), Robert Neimeyer (2011), entre otros, plantean que este acoplamiento se lograría desde el constructivismo, como metarrelato de la psicología.

La integración tiene como condición la diferenciación entre subsistemas, por tal razón la integración no es integracionismo relativista, en donde todos cabemos sin exclusión alguna, sino que esta implica un ejercicio de ubicar a qué nivel se da integración, como lo propone el modelo de “integración teóricamente progresiva”, formulado por los autores anteriormente nombrados, a nivel metateórico, de teoría formal, de teoría clínica o de técnicas y estrategias.

En esta tesis, ese ejercicio reflexivo y académico se hace entre el constructivismo y el construccionismo social en psicoterapia, en tres capítulos. En el primero se analizan los puntos de encuentro y desencuentro de estos enfoques. En el segundo se abordan los problemas de conocimiento y la manera como son asumidos por cada enfoque, y finalmente se contemplan las categorías emergentes.

## **Objetivo de la investigación**

Problematizar la postura teórica constructivista sistémica y construccionista social develando los lugares comunes y sus diferencias a nivel metateórico, de teoría formal, teoría clínica, en sus técnicas y estrategias y el impacto de sus planteamientos en el quehacer de la terapia sistémica, en relación con las categorías: cambio, relación terapéutica e identidad. De esta manera proponer rutas de desarrollo para la terapia sistémica que garanticen su sostenibilidad en el tiempo y sus aportes a la psicología y a la transformación social; todo esto a partir de una reconstrucción hermenéutica de las teorías, en conversación con textos de los autores más representativos, y a través de entrevistas a profundidad a psicoterapeutas y epistemólogos, quienes son algunos de los investigadores más importantes a nivel mundial en este campo de conocimiento.

## **Problema**

El espíritu de la época y su mirada desde la posmodernidad han cargado a las ciencias sociales de teorías centradas en el lenguaje, con un halo relativista seductor, en donde todo es posible, todo vale, nada pre-existe.

Según Lyotard (2006) el conocimiento posmoderno contribuye a refinar nuestra sensibilidad ante las diferencias; no es simplemente un instrumento de poder; de igual manera, incrementa nuestra tolerancia a la inconmensurabilidad. Esto, visto de manera acrítica casi que podría entenderse como un desarrollo natural de la teoría y de la epistemología en donde políticamente es fácil estar de acuerdo, es decir, la no exclusión, el reconocernos desde la diferencia, el lugar del lenguaje en la construcción de la realidad,

etc., son ideas válidas que hay que escuchar detenidamente pero, sobre todo, se deben rastrear sus orígenes, sus intenciones y las consecuencias de estas en las ciencias sociales y en la práctica clínica. No todo lo que aparentemente es complementario lo es, ya que al contraponer dos o más teorías a nivel metateórico, de teoría formal, teoría clínica y a nivel de técnicas y estrategias, no solamente puede haber claramente diferencias, -lo cual es esperable-, sino que además puede develar profundas contradicciones, lo cual no permite el complemento, sino claramente la distancia y el debate.

Si la terapia sistémica aceptara, sin ningún filtro racional en el orden de la argumentación, los postulados construccionistas tendrían que renunciar a conceptos y procesos fundamentales como el de autorreferencia, relación sistema entorno, autodeterminación y, además, aceptar que estamos determinados por lo social, que el experto es el cliente, negar mis saberes previos, entre otros conceptos. Lo sistémico constructivista y lo construccionista deben ser dos sistemas claramente diferenciados respetando sus orígenes, y claramente no ubicar al construccionismo social como el momento contemporáneo de lo sistémico. En esta tesis se quiere problematizar este espíritu de época y poder sugerir nuevas posibles rutas de desarrollo de la terapia familiar sistémica.

La construcción social de la realidad es un lugar común claramente en la mirada constructivista sistémica y el construccionismo social. La tensión empieza cuando surge la pregunta ¿Cómo se da esa construcción y cuál es el lugar del sujeto en ésta? Tal pregunta nos lleva a la pregunta por la comprensión que una y otra teoría tienen acerca de la identidad, y esta comprensión cómo impacta el lugar del sujeto en la realidad, la comprensión de libertad y de responsabilidad. El primer problema de conocimiento que se desprende de estas preguntas es:

¿Cuál es el lugar de la identidad, como categoría psicológica, en la construcción social de la realidad y las implicaciones de reconocerla o no en su condición de autonomía, libertad y responsabilidad, determinada o no por el lenguaje? Esta pregunta que se realiza a nivel metateórico tiene implicaciones en la teoría clínica y en el desdoblamiento de ésta en la técnica y estrategias de intervención, y nos lleva a pensar en otros dos problemas de conocimiento.

Cuando hablamos de psicoterapia se piensa de manera natural en lo que es el cambio; de aquí surge el segundo problema de conocimiento de este trabajo doctoral: ¿Cuál es la noción de cambio que subyace a los postulados sistémicos constructivistas y a los postulados del construccionismo social, cuál es su implicación en la teoría clínica y en el escenario terapéutico, y, por ende, cómo se retroalimenta éste con la categoría identidad?

Y por último, el tercer problema de conocimiento está orientado hacia la relación terapéutica. La expresión construccionista “el experto es el cliente” no es una expresión ingenua. Si bien es cierto que conlleva a una postura política de confrontación frente a las relaciones de poder en la psicoterapia, tiene implicaciones en los roles de consultante – terapeuta, en el saber psicológico puesto en escena clínica y, por ende, en la ética y responsabilidad del terapeuta en su actuación. La pregunta es: ¿cuál es lugar del terapeuta y del consultante en la relación terapéutica y cuál es alcance ético, político y clínico de la expresión “el experto es el cliente”, y esto cómo se retroalimenta con la idea de cambio e identidad?

## **Investigación Hermenéutica**

Esta es una investigación de corte hermenéutico, la cual busca hacer una reconstrucción histórica del paradigma constructivista y del movimiento del construccionismo social, ubicado en el marco del paradigma constructivista. Se hará énfasis en el carácter teórico de la investigación, con la cual se pretende, mediante una relación hermenéutica entre épocas de sentido, la elaboración de un sistema teórico. Se hará una comparación comprensiva entre una época actual, (no se trata de la actualidad cronológica, sino el presente del sistema abstracto elaborado en la investigación) que es el modelo teórico que provisionalmente se irá construyendo, y la relación con otras épocas de sentido.

Como orientación epistémico-metodológica la investigación se orientará por las posturas hermenéuticas Gadamerianas (1979); pero, al mismo tiempo que se apoya en ellas, las irá tematizando, es decir, la hermenéutica del autor citado, revisada desde las tesis epistémicas derivadas del diálogo Habermas-Luhmann. De la teórica de la acción comunicativa Habermasiana se toma el concepto de crítica, para poder dar cuenta de las ideologías y los intereses que subyacen en las simbologías de las épocas en estudio. Y de Luhmann (1998), su lógica sistémica para el análisis de los sistemas psíquicos y sus límites con los sistemas biológicos y sociales; igualmente, al biólogo Humberto Maturana (1995) desde su teoría de la biología del conocer, que en diálogo con la psicología ha sido de gran productividad reflexiva.

Existe para Gadamer (1979) una movilidad histórica en el acontecer y en el comprender pues interactúa la movilidad de la tradición y el movimiento del intérprete y, en consecuencia, se constituye un sistema cambiante entre el momento de la comprensión y el momento de la precomprensión; no como procesos lineales en el tiempo, sino como

procesos sincrónicos. Se forma una conciencia de la situación hermenéutica en la cual la tradición hermenéutica es un momento efectual del mismo ser. Se reconoce la infinitud del ciclo hermenéutico como proceso, de tal forma que el significado general y vital se encuentra paso a paso y no al final de la investigación.

Al reconstruir estas épocas de sentido históricas que se han acercado a la comprensión de la terapia sistémica mediante la hermenéutica, interesan los sentidos generales, a partir de los sentidos específicos, que siendo construidos en cada uno de los sistemas particulares, biológico, psíquico y social, permitan una elaboración compleja del presente y futuro de la terapia familiar sistémica.

El productor de un texto lo hace desde su horizonte de sentido y el de su época, influenciado por la conciencia histórica que tienen sus raíces más allá del presente individual o colectivo. El intérprete de dicho texto se enfrenta con la obra en una distancia temporal desde su propio horizonte, comprendiendo el texto pasado desde el hábito lingüístico del tiempo del autor; reconociendo los hábitos inconscientes en el texto pasado y en el suyo. Reconoce la distancia histórica del contexto individual del intérprete (subjetivo) y el del autor del texto. Pero la comprensión va más allá de este describir el contextualismo histórico o los factores psicológicos en la producción de los textos, procurando tener una comprensión de la experiencia humana del mundo desde la comprensión del texto mismo. El texto a interpretar opera como un pretexto para la elaboración de un texto más general, pero no intenta sólo construir un objeto o un texto nuevo, sino, éste como un momento nuevo en la relación humana con el pasado.

Es un diálogo intertextual formal y artesanal a la vez; en la medida que el lector interpreta el texto genera el propio de forma procesual; aunque comparte elementos por

tradición no está determinado por esta y puede ir creando una nueva interpretación en la medida que amplía el horizonte de sentido en la relación tensa y productiva con el pasado y la alteridad que el otro representa. De esta forma el hombre puede romper, criticar y deshacer la tradición; mirando hacia atrás acepta la debilidad de lo actual y comprende la tradición como verdad en la que se puede participar.

En el proceso artístico contemporáneo se evidencia la nueva hermenéutica Gadameriana como una situación productiva y no sólo como reproducción textual. El artista crea la obra de arte y el lector o espectador la recrea; en términos de Gadamer, *la rellena*.

Me parece uno de los conceptos más esenciales en relación con la esencia de toda experiencia artística. Rellenar significa aquí que el lector (o el oyente) capta lo que hay más allá de la imagen poética y que hace su aparición y así mismo se adelanta en la dirección que quiere decir (...) la rellenos, y en esta participación forzosa inicia la obra de arte su auténtica realidad. (1990, p. 82).

Si el sentido ya estuviera determinado en la obra, el espectador reconocería dicho sentido, como en efecto sucedía antes del arte del renacimiento, mediante un método directo, para evitar las inadecuadas interpretaciones. Pero, con el arte moderno, los artistas cobran cada vez más autonomía en la producción respecto a sus tradicionales mecenas; y los espectadores tienen un juicio estético más independiente; hasta llegar al arte del siglo XX donde el artista declara, mediante manifiestos vanguardistas, la distancia o el apoyo respecto al pasado; de igual forma, el espectador se ha convertido en un agente activo en la cocreación del sentido de la obra.

El texto y el investigador se vinculan en el diálogo; según Gadamer se funden en una sola cosa. Tal es el sentido que haya perdido cualquier resto de privacidad, de modo que, el aspecto biográficamente ocasional de un texto poético se transforma en universal. Por esta razón, la obra de arte permite que con este universal se entre en contacto con uno mismo, sin ser sólo una experiencia subjetiva, aunque influida por ella. Gadamer reconoce el concepto de <esquema>, que designa y al mismo tiempo solicita y autoriza la libre participación en que cada uno se reconoce a sí mismo.

El productor y el lector se inmiscuyen en el texto en la medida en que se sienten implicados en las tensiones de sentido. Estas fuerzas que el texto suscita llevan a la pregunta por el otro; es decir, por el sentido personal y el contexto de producción de la obra; pero esto no implica hacerlo desde un lugar objetivo y privilegiado de neutralidad, por el contrario, se hace desde la inmersión en un conflicto desde su propio mundo vital y de su época. Tampoco aquí se trata del sacrificio y la anulación de uno mismo en favor del bienestar general, sino de la afirmación propia para el conocimiento del otro y su reconocimiento. Comprender al otro no significa en absoluto perder la plena conciencia de la irrenunciable esencia propia.

La pregunta que se va elaborando procesualmente en la interpretación orienta la intertextualidad, y esta última va cambiando en la medida que la pregunta se modifica, y esto desde el mundo del intérprete. En la medida que se amplía el horizonte de sentido del texto interpretado, se amplía el texto propio elaborado y por ende las autocomprensiones biográficas y sociales del intérprete. Lo que era familiar se vuelve extraño y lo extraño puede tornarse familiar, tanto en el mundo objetivo como subjetivo.

Lo extraño pone en cuestión la realidad actual e insta a la pregunta por el sentido de la concepción de realidad y por las condiciones históricas que la hicieron posible. La historización de la concepción de realidad, operada desde una conciencia histórica de la cual no se puede disponer metódicamente, hace de la interpretación un ejercicio circular, pues en la medida que se transforma el horizonte histórico del sentido se transforma la realidad del interpretante. Lo fundamental es la conciencia reflexiva de la inconciencia de los límites entre objetividad y horizonte de sentido tradicionalmente influido.

En esta vía es fundamental en esta tesis doctoral: reconocer los textos históricamente contruidos acerca de la terapia familiar sistémica constructivista y del construccionismo social. Sus postulados han sido importantes pero necesariamente son provisionales, pues las teorías emergentes de sistemas autopoieticos hacen que deban ser repensados, a través del método hermenéutico.

En este sentido se entiende que la intertextualidad entre productor y receptor implica, además de un sentido tradicional anterior a los dos, otro, que actualiza y se proyecta utópicamente hacia el futuro. La intertextualidad tiene de base saber escribir y reconocer el texto como una unidad oratoria, así como comprender lo que dice el texto. Como el texto tiene contexto de producción, implica comprender lo que quiso decir el autor, y dado que con el texto siempre se despierta otra cosa en la que nos reconocemos a nosotros mismos, se suscita la pregunta por el sentido que le otorgó el autor al texto. Como este sentido no está dado descriptivamente por el texto, reclama del intérprete un papel activo en la lectura. Esta lectura creativa depende de la particularidad del lector pero reclama una lectura más pública (generalidad formal) de su sentido.

La pregunta que moviliza esta interpretación se genera en la pluralidad de visiones de mundo que se vuelven tensas y evidentes, ante lo que Gadamer denomina *sistema de acción y contracción* -como relaciones culturales tensas-. Destaca Gadamer la relación recíproca y de choque productivo entre *algo* y *aquello*, generándose una tensión entre el texto y el propio texto del intérprete; considerando este último diferente, como aquello que lo interpela. El comprender se convierte en una fusión no controlada y no metódica de los horizontes de sentido, lográndose una ampliación hori-zóntica.

La paradoja de la relatividad, de esta competencia actualizada de culturas, es que no se puede ser consciente de ello, sino en el proceso de diálogo intertextual y de forma siempre provisional y cambiante a la vez. Estas fronteras del mundo vital del otro y del mío propio es desde donde interpretamos, y es imposible rebasarlo pues constituyen al intérprete. Aunque como lo sugiere Gadamer, es posible destacarlo, no ocultarlo o sacarlo metódicamente del proceso, sino ponerlo en evidencia, ya sea como obstáculo (como prejuicio limitante) o como potencializador de la interpretación (prejuicio productor). "La relatividad del mundo vital no es, por lo tanto, una frontera de la objetividad, sino una condición positiva para la clase de objetividad accesible en el horizonte del mundo vital" (Gadamer, 1990, p. 109).

La pregunta comprensiva sobre la historia tiene un horizonte temporal que es fundamental para la productividad hermenéutica. Las tensiones intertextuales convertidas en pregunta "exigen una experiencia de realidad para las tareas del futuro" (Gadamer, 1990, p. 62). Pero no desde un ideal de progreso, sino desde una realidad actual no lineal que indague en el pasado para la ampliación del horizonte histórico; comprender el sentido de los procesos históricos de origen, con propósitos de futuro. La investigación hermenéutica

se vuelve al pasado pero está interesada en el presente para orientar el futuro, con sentido y con distancia histórica. Es una revisión teórica de pasado desde una productividad futura. La intención de esta investigación evidentemente es propositiva.

Hace Gadamer una diferencia de una comprensión histórica que destaca los prejuicios con el historicismo objetivista que confía en la fe metodológica para la resolución de los prejuicios. La hermenéutica de la historia tiene valor en la ciencia pero, según el autor, se resiste a ser un método científico.

Se asumirá la distancia horzónica entre la época de sentido actual (no como época cronológica, sino como el sistema teórico intrínseco de la investigación) y las épocas de sentido que se irán construyendo, como posibles de comparación, por la apertura comprensiva que posibilita el principio efectual Gadameriano entre el productor de los textos históricos y el investigador actual, como espectador de dichos textos históricos.

Para realizar esta reconstrucción de sentido desde el ejercicio hermenéutico, los autores representativos del constructivismo y el construccionismo serán la fuente original para la problematización desde sus claridades teóricas y prácticas, las cuales, en tensión, nos permitirán develar las convergencias y divergencias del constructivismo y construccionismo social, alrededor de tres categorías que se hacen problemáticas: la identidad, el cambio y la relación terapéutica. Y para ganar en reflexividad, complejidad y abstracción, se realizaron entrevistas a profundidad a cinco grandes autores contemporáneos del constructivismo y el construccionismo social: Guillem Feixas, Marcelo Rodríguez Ceberio, Sheila MacNamme, Mateo Selvini y Pablo López Silva, autores latinoamericanos, europeos y norteamericanos que, con su experiencia y profunda reflexión, alimentan la capacidad de abstracción y reflexión de esta tesis.

## **Capítulo 2. Constructivismo y construccionismo social: puntos de encuentro y desencuentro**

Tanto el constructivismo como el construccionismo comparten lugares ideológicos comunes, a la vez que lugares de profunda diferencia. Son estos puntos los que se analizan en este capítulo. Ambos enfoques critican la sobredimensión de lo cognitivo, individualista y representacional de la realidad, pero mientras que el construccionismo niega cualquier protagonismo del individuo en la construcción social, el constructivismo considera que se da en interacción entre el sujeto y lo social.

Antes de profundizar en los puntos de encuentro y desencuentro es pertinente hacer algunas claridades acerca de lo que, en esta investigación, se denomina paradigma posmoderno. Se entiende como un movimiento filosófico que plantea una crítica al pensamiento moderno y las limitaciones de su epistemología positivista, la cual propone la existencia de una realidad separada del observador, que puede ser conocida de manera objetiva por éste. Anderson (citado por Tarragona, 2006) expone que, desde esta postura, “el conocimiento es visto como un espejo de la realidad y la función del lenguaje es representar al mundo tal cual es” (p. 513). Por tal motivo, se considera como conocimiento válido aquello que permite ser observado, medido y cuantificado, y que es común para todos los seres humanos y que hace parte de su identidad.

Esta identidad, según Nájera (2006) es comprendida de manera diferente por la modernidad, considerando que no estaría vinculada con el tiempo, la historia y la experiencia. Al pretender ser objetiva, termina situándose fuera de las emociones, del cuerpo y de la propia historia. En consecuencia, la identidad se convierte en una entidad abstraída de la realidad.

Claro está que esta pretensión de objetividad se traduce en una comprensión de la realidad como algo fuera del observador, como algo que pre-existe y de lo cual el sujeto no es más que un ser pasivo que la observa y que tiene la capacidad de manipular e influir; y esta realidad es el contexto al cual el sujeto se adapta; fuera de este programa quedan, entre otras, la emoción, la interdependencia y el lenguaje.

En síntesis, el programa de la modernidad contemplaba cuatro deseos: el primero, que la realidad existiera independiente del sujeto en tanto que observador de la misma; en segundo lugar, que la realidad fuese descubierta como algo externo al observador; el tercero, que se descubriese este sujeto a la legalidad, a la norma y al método con que se pueda predecir y controlar la realidad; y como cuarto, está la “certeza”, el deseo de saber que lo que se ha descubierto de la realidad es cierto.

Como explica Gergen (1996), ya en el siglo VI antes de Cristo los filósofos definían el conocimiento como aquello que representa o explica alguna otra cosa. El conocimiento se juzgaba correcto cuando se consideraba equivalente, isomórfico o característico del fenómeno original. Describe esta relación como icónica, es decir, el conocimiento es un ícono, una imagen que representa alguna otra cosa.

Esta postura generó y sigue generando cuestionamientos. Glaserfeld (1994) explica que los filósofos pronto se plantearon la pregunta: ¿en qué medida mi conocimiento es

correcto? ¿en qué medida es acertada mi imagen? Estas preguntas ayudaron a crear una paradoja que atormentó a filósofos y científicos durante más de dos mil años.

¿Cómo se puede juzgar la precisión de la imagen que ha elaborado? Si se toma una segunda imagen, se nos plantea el mismo problema que teníamos con la primera. ¿Cómo tomar una imagen del original que no sea una imagen, una copia o una representación? ¿Es imposible tener experiencia de algo sin antes experimentarlo? Sólo podemos volver a comprobar nuestras imágenes con otras nuevas o con las de otros observadores. Como señala Von Glaserfeld (1994) la historia de la filosofía occidental es una historia de errores geniales: sistemas filosóficos que no han logrado solucionar este problema.

La discusión acerca de la modernidad es un tema que sigue siendo mayor ya que no le pertenece al pasado; los principios de la modernidad cohabitan en esta época. Aunque la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica han alterado radicalmente el enfoque que el físico tiene de la realidad, este cambio no ha afectado al ciudadano común quien ha sido formado en una cultura moderna, causalista; es más, si llevamos esto al plano de la psicoterapia, entendemos con claridad que los dilemas humanos son también dilemas epistemológicos, en el sentido de que estamos atrapados en la manera de explicar y comprendernos. Las narrativas dominantes en donde habita el síntoma están enmarcadas en lecturas universales y causales del mundo, en donde la posibilidad de ser creativos y crear nuevas versiones del dilema se encuentra limitada por nuestra propia epistemología, que hace de nuestros puntos ciegos casi un agujero negro que no nos permite ver que no vemos.

Dentro del espacio de la psicoterapia, el pensamiento moderno tuvo un lugar importante y ubicó al terapeuta en una posición jerárquica, donde se consideraba un observador objetivo del consultante. Desde este punto de vista, se entendía que el terapeuta

era un experto sobre la naturaleza humana, y que “sabe” lo que sucede con la persona del cliente y tiene para él una lista de pasos que, seguidos con claridad, deberán mostrar resultados que puedan ser observados y medidos.

Por su parte, el posmodernismo, entendido como una postura crítica más que como una época, plantea que el conocimiento es una construcción subjetiva que se produce dentro de una red de relaciones y conversaciones con otras personas. Asegura que el sujeto es un participante activo en el proceso de creación de su realidad y que, por tanto, esta no se encuentra fuera de él.

Estas ideas críticas frente a la epistemología positivista del pensamiento moderno tienen igualmente repercusiones prácticas, que ubican la figura del terapeuta en una posición más democrática, en la cual, si bien es identificado como un experto del saber y hacer psicológico, también reconoce al consultante como experto de su historia y desde allí lo valida. A lo largo del texto se ampliarán, con mayor detalle, las implicaciones teórico-prácticas que la visión posmoderna tiene en el espacio psicoterapéutico.

Estas críticas son compartidas tanto por el constructivismo sistémico como por el construccionismo social, aunque son matizadas de manera diferente entre uno y otro. La crítica a la objetividad, al método científico, a las relaciones jerárquicas, al individualismo, etc., son lugares comunes en la crítica pero se observan de manera diferente, lo cual se profundizará más adelante. Es decir, existen lugares ideológicos comunes; es más, pueden existir en la práctica clínica estrategias y técnicas que se comparten pero a nivel epistemológico; en el nivel de abstracción más alto se dan lugares de profunda diferencia. Un lugar común y a la vez distante tiene que ver con la crítica al individualismo.

Según Sheila MacNamme (citada por Pakman, 1996):

Teóricos contemporáneos (Sampson, 1989; Geertz 1973; Bellah, Madsen, Sullivan, Swidler y Tipton, 1985) han abierto recientemente el debate acerca de la posición central del individuo en las teorías sociales tradicionales. La premisa general de las perspectivas individualistas es que el individuo es una entidad natural con atributos que la psicología puede estudiar empíricamente (Sampson, 1989, p.1). En estas perspectivas no se tienen en cuenta las condiciones interpersonales y sociales que dan origen a las descripciones individualistas de la interacción. (pp. 175-176).

Esta es una crítica compartida a la modernidad; se critica la lectura de un sujeto independiente del contexto y de sus interacciones, que puede ser investigado como una máquina que se saca de su lugar, se repara y devuelve a su sitio y, además, se critica el método empirista de acceso al sujeto, el cual resulta siendo claramente reduccionista. Adicionalmente, frente a la lectura de posibles síntomas, en cualquier contexto, es sobre el sujeto que recae cualquier responsabilidad. Así, el individualismo se basa en las ideas de la adaptación social, la normalidad y a estandarización.

Gergen y Semin (1990) identifican los supuestos que fundamentan este enfoque representacional de la vida social:

1. Un compromiso compartido hacia el enfoque de que el mundo cognitivo es, de algún modo, sensible a, correspondiente a, o que refleja los sucesos del mundo objetivo;
2. El sistema cognitivo tiene un papel primordial en la producción de la conducta; y
3. El lenguaje como forma de conducta está dirigido por la cognición (citado por López, 2010, p. 24).

La crítica a la sobredimensión de lo cognitivo, individualista y representacional de la realidad es igualmente compartida por el constructivismo sistémico y por el

construccionismo social. Aunque el matiz que se da es muy diferente, para los dos la realidad se construye socialmente; pero, para el constructivismo ésta es una construcción que se da en interacción del sujeto con lo social y en este sentido lo cognitivo, la emoción y la subjetividad participan en coevolución con lo social. Es decir, se comparte la crítica al reduccionismo del individualismo, pero no se niega lo individual ni la subjetividad, ni el lugar del sujeto en la construcción de la realidad. Por el contrario, el construccionismo social, a pesar de coincidir en la crítica al individualismo, su postura se radicaliza al no reconocer al individuo autónomo autopoietico, sino que niega cualquier protagonismo del individuo en la construcción social, ya que el sujeto es un subproducto de la cultura y no es más que la suma de conversaciones en donde solamente es reconocido si la cultura le otorga un rol. Esto claramente tiene implicaciones en la comprensión de la identidad, del cambio en psicoterapia y de la relación terapéutica, tres categorías que son, a la vez, los problemas de conocimiento de esta investigación.

La crítica al individualismo y la sobredimensión de lo cognitivo, son lugares que se comparten en la crítica a la modernidad, y habría un tercer escenario común, “la narrativa”; nuevamente con matices diferentes que tiene que ver con lo anterior y es el lugar del sujeto en la construcción de la realidad.

De acuerdo con Lax (1997) el desarrollo de una narración o de una historia es algo que hacemos en conjunto con otros (Gergen, 1989; Shotter 1993). Es el proceso de definir quiénes somos en interacción con las diversas maneras en que otras personas nos perciben. Y este proceso es **recursivo**. Damos forma al mundo en que vivimos y creamos así nuestra propia realidad, dentro de un contexto de una comunidad de otros. Los límites de nuestras narraciones son construidos a través de restricciones y

potencialidades (históricas), políticas, económicas, sociales y culturales; y nuestra posibilidad de elegir narrativas no es limitada, sino que existe dentro de contextos determinados. Esta narrativa o sentido del sí mismo, no solo surge a través del discurso con los otros, sino que es nuestro discurso con los otros. (p. 34).

Nos construimos en “los lenguajes”, ese es un lugar común. Claro es que la construcción del sí mismo se da en un contexto particular, en donde el otro es parte fundamental de mi historia. Para que exista autorreferencia se requiere de otro; y este es un proceso recursivo, cibernético de construcción de la identidad.

En este punto tendría que decirse que la postura constructivista sistémica está de acuerdo totalmente, pero la postura del construccionismo social es ambigua, siendo este modelo tan laxo, incluyente y a la vez tan relativista que caben muchas posturas, las cuales pueden contradecirse. La versión más teórica y epistemológica, como la de Gergen, plantea la no estabilidad del yo, su fragmentación, y el sujeto como un subproducto de lo social. Pero, para otros construccionistas estas ideas no son figura, sino fondo, y colocan de figura la técnica y la estrategia en donde constructivismo y construccionismo se unen y confunden. Pero si elevamos el discurso en una mayor abstracción vemos con claridad grandes fracturas que alimentan la discusión al interior de la psicoterapia en la posmodernidad.

La aparición del paradigma posmoderno implicó tomar distancia de las ideas modernas acerca de la construcción del conocimiento, las cuales atendían a una realidad externa, que el sujeto podía conocer a través de una observación directa. Es decir, el sujeto ocupaba un papel pasivo en la construcción del conocimiento, pues simplemente observaba

una realidad objetiva, común para todos. De esta manera, el conocimiento válido era concebido como aquello que podía ser observado, medido y cuantificado.

Por el contrario, la visión posmoderna “plantea la construcción como la forma de llegar al conocimiento” (Agudelo & Estrada, 2012, p. 357). Desde esta mirada no se concibe un mundo separado del observador, más bien se propone que la realidad es construida por cada ser humano y, por tal motivo, resulta imposible entenderla como objetiva o como una verdad absoluta; de esta manera, se reconoce la existencia de tantas realidades como seres humanos hay.

### **Sobre el constructivismo y la terapia sistémica. Hitos para el desarrollo del constructivismo**

Metodológicamente, como estrategia de investigación y como ejercicio de reconstrucción histórica del constructivismo y el construccionismo social, para entender sus lugares de encuentro y desencuentro y las posturas identitarias, propicio la conversación a manera de entrevistas a profundidad con diferentes autores, y converso con textos clásicos. El siguiente es un aparte de la entrevista que se le realizó al profesor español Guillem Feixas:

- Ricardo Celis: ¿Cuáles son los hitos del desarrollo del constructivismo y el impacto de estos es la terapia sistémica?
- Guillem Feixas: Bueno, esto me parece probablemente la pregunta de más calado y de más fondo de las que me has formulado, Ricardo. Yo creo que hay un primer momento fundacional, que es el más importante de todos, y es el que le debe dar la identidad

como modelo a lo sistémico; tiene que ver, esencialmente, con dos cosas: la teoría general de sistemas y la cibernética.

Empezando por esta última, se dice muy a menudo que todo el pensamiento humano existía ya con los griegos, y eso es así en las terapias cognitivas, incluso, en temas de inconsciente, en emociones; pero la cibernética es algo radicalmente nuevo, fue un quiebre de paradigma con respecto a todos los anteriores paradigmas causa-efecto. Es decir, la idea de la retroalimentación, que ahora es una idea tan común, fue una idea enormemente innovadora, que ha supuesto una revolución que, probablemente, no hubiera podido existir sin esta idea.

Aquí se reafirma aquello de que no hay nada más potente que una buena idea. Y la idea de la cibernética es absolutamente revolucionaria, súper potente, es decir, la idea de la autorregulación, que los organismos, los sistemas (puede ser un individuo, puede ser una familia, etc.) se autorregulan de acuerdo con unos programas, fines, metas, objetivos, y que el propio *output* o resultado de sus acciones sirve de *input* que se organiza en función de dichos objetivos. Esto es un avance para la humanidad, que ha dado lugar a todas las tecnologías con que estamos trabajando en este momento —el ordenador, las telecomunicaciones—, pero que en ciencias sociales es enormemente potente y sobre todo en psicología. Entonces, yo creo que la sistémica fue el modelo que realmente consideró el proceso de retroalimentación y la circularidad. Creo, también, que las repercusiones de este cambio, hoy en día, no están plenamente asentadas.

No es hasta las últimas décadas que se ha empezado a reconocer la importancia de la circularidad, es decir siempre es A que causa B, y como A causa B hay que tratar la

causa, y esto está tan arraigado a nuestra cultura científica, en nuestra mentalidad de origen judeocristiana, en la cual [siempre] hay un culpable, hay alguien individual que hace algo, que genera algo, un efecto. Realmente yo creo que, incluso los sistémicos, a veces pierden de vista este primer paso, en el cual me estoy extendiendo mucho, porque cada día que pasa me doy más cuenta de lo radical y lo innovador que es aún hoy, y por eso lo resalto, porque muchas veces se pierde la perspectiva.

Este paso fue de la mano hacia la teoría general de sistemas, es decir, que es del individuo al sistema, esto es, que el individuo aislado no es nada, el individuo aislado es una entelequia, una abstracción. El individuo forma parte de una red y es indistinguible de esta red, es inseparable y esto es otra idea súper revolucionaria, porque todo nuestro pensamiento, vuelvo a decir, judeocristiano, parte del individuo, de su bondad o maldad. El individualismo está extraordinariamente en auge en esta cultura liberal, capitalista, etc. No solo me refiero a los modos de producción, sino a la forma de pensar y de concebir como ocurren las cosas.

La realidad está pensada siempre en términos de valores intrínsecos de una persona, incluso los humanismos son enormemente personalistas. Este mito de que cualquier americano puede llegar a ser el presidente de los Estados Unidos, en virtud de su valor, su valía personal, es enormemente individualista y está enormemente arraigado.

Entonces, la idea de que formamos parte de determinados sistemas y que tenemos una posición particular dentro del sistema, es una idea muy fuerte y aun radicalmente nueva. En este sentido, el modelo sistémico fue una innovación extraordinariamente radical en el pensamiento del siglo XX y no está siendo digerida. De hecho, a veces algunos autores sistémicos parecen querer innovar yendo a la intrapsique de nuevo, hablando de

tipos de personalidad, hablando de cosas que desde la óptica sistémica me parece que no tendrían mucho sentido.

Para mí, estas dos revoluciones, estos dos saltos, no diría epistemológicos, pero sí metateóricos, ocurrieron en los años cincuenta y se van digiriendo, y aun ahora no están del todo digeridos. Luego, el primer cambio verdaderamente epistemológico, entendiendo la epistemología como la posibilidad del conocimiento de la realidad, es con la adopción de una forma más explícita de una epistemología constructivista.

La epistemología constructivista parte de la idea de que la realidad no se nos revela directamente, sino que es construida activamente por el ser humano. Esta es la idea del constructivismo y se opone a la idea clásica de que son los sentidos o los instrumentos de medida los que nos revelan cómo es la realidad, es decir, que es posible conocer objetivamente la realidad (véase Feixas y Villegas, 2000).

A nivel epistemológico existen estas dos posturas, en mi forma de ver, que, si me permites Ricardo, es bastante simplista, pero que, cada día que pasa la veo más clara. Yo creo que hay un momento en que la sistémica derivada de la teoría de la comunicación, en la cual se entiende esta actividad del ser humano como decodificadora, interpretativa del mensaje de la comunicación que llega del otro, se deriva realmente de una concepción de la actividad humana, esencialmente en clave constructivista. Es decir, que una de las cosas más importantes que hacemos los humanos, al vivir, es dar significado a nuestras experiencias, trazar distinciones en nuestra experiencia; construir la realidad, eso es lo más importante que hacemos.

La cuestión es que, desde una óptica sistémica, no construimos la realidad individualmente, sino que la construimos dentro de un sistema y dentro de la lógica y

las reglas de ese sistema. Esto es lo que distinguiría al constructivismo, con una base más sistémica o social, del constructivismo como el de Piaget, que invita pensar en un niño como si estuviera solo; también, porque el tipo de esquemas a los que hace referencia son de tipo físico. En fin, no parece que tenga un mundo relacional a primera vista al menos, ¿no?

- **RC:** Profesor, cuando usted habla de constructivismo ¿se ubica más desde una postura del constructivismo radical, Von Foester, el mismo Maturana?
- **GF:** Mi postura es muy simple a este respecto: si hablamos de epistemología hay dos posibilidades: objetivismo y constructivismo. Lo que me parece absolutamente absurdo es la posición de Watzlawick, cuando dice que existe una realidad tipo I, que es el mundo físico que es indiscutible, y otra una realidad tipo II, que es el mundo interpersonal, donde ahí sí que es construida. O sea, los físicos, Von Glasersfeld, Maturana, todos nos han demostrado que los organismos vivos construimos la realidad de cualquier orden, sea física o relacional, la construimos, y no tenemos un conocimiento objetivo de ella. Es decir, esto de aquí es un ratón (señala al accesorio de la computadora que recibe ese nombre) en función de que nosotros estamos en un tiempo histórico determinado y que vivimos en una cultura que, aunque tú estés en Colombia y yo en Barcelona, tienen una serie de parámetros compartidos. Pero, esto no dice nada de la realidad objetiva de este pedazo de realidad que hay aquí, dice más de quienes somos nosotros, como seres intérpretes. Entonces, la distinción entre constructivismo, constructivismo radical, construccionismo social, para mí, a nivel epistemológico, es todo exactamente lo mismo. Son enfoques que señalan la naturaleza

construida de la realidad, la imposibilidad del conocimiento objetivo y que nosotros como seres humanos estamos implicados en ello.

La primera cibernética es un cambio de metaparadigma, de metamodelo explicativo; en cambio, la segunda sí que supone un cambio epistemológico, que ocurre a finales de los años 70, principio de los 80, en la que converge la conciencia (que los físicos cuánticos ya habían señalado) de que la realidad física no es independiente del observador; de biólogos como Maturana que llevaban décadas investigando esta cuestión con los organismos vivos; Von Glasersfeld, Piaget, en fin, todo esto converge en el movimiento que yo llamo constructivista, que se puede llamar también cibernética de segundo orden, es otra forma de describirlo. Pero para mí, que no hilo tan fino como los cibernéticos o los epistemólogos, que soy un simple psicoterapeuta, pues, para mí es eso, un reconocimiento del constructivismo como aspecto epistemológico.

La reflexión que propone el profesor Feixas es muy profunda y útil para esta investigación porque nos orienta a cuatro fuentes de origen del constructivismo: la primera, ya ampliamente profundizada en páginas anteriores, es la resistencia a postulados únicos de la modernidad como comprensión de lo humano, es decir, a la realidad basada en la objetividad, al individualismo en donde el sujeto es independiente de su entorno y a los métodos empiristas como única fuente de acceso a la comprensión de la realidad, los cuales privilegian la escisión de las partes de un sistema (método analítico) para la comprensión del todo. La segunda idea importante es la cibernética, especialmente la de segundo orden, en donde el lugar del observador que observa se hace protagónico y los principios de la retroalimentación permitieron centrarnos en comprensiones circulares, multicausales, trascendiendo causalismos. De la mano de esto, y como tercer aspecto a resaltar, está la

teoría de sistemas, en donde el centro no es el elemento aislado sino los patrones de organización. A partir de estos desarrollos de la teoría de sistemas, ver los elementos escindidos, no reconocer el contexto relacional en donde habita el sujeto y sus circunstancias contemporáneamente, es insostenible a nivel metateórico y epistemológico; el aporte a la humanidad y a las ciencias ha sido enorme. Un cuarto aspecto fundamental para la emergencia del constructivismo es precisamente la emergencia del observador la cual se profundiza a continuación.

### **La emergencia del observador**

Sin lugar a dudas este es uno de los hitos históricos del constructivismo. Mientas que el sentido común sugiere que el método científico puede controlar los prejuicios individuales, surge un problema cuando preguntamos si una comunidad de observadores puede ser objetiva. Que se compartan acuerdos entre observadores-científicos no prueba que sus datos sensoriales sean objetivos. Es decir, independientes de los observadores ¿de qué modo puede haber ciencia sin observadores? ¡no habrá nada que observar!. Es claro que la pretensión de objetividad es una ilusión del control y la predicción. Se podría decir que existen dos tipos de epistemología, de la mano de lo que plantea el profesor Feixas en la entrevista: la epistemología del sistema observado, esa en donde la realidad está por fuera del observador; y la epistemología del observador, avalada por los constructivistas.

López Caicedo (2008) plantea que “los científicos tradicionales abrazan una epistemología según la cual la realidad puede confirmarse mediante la comparación de los mundos interno y externo. Los constructivistas, al abrazar una epistemología de

correlación, sostienen que nuestra creencia en una realidad objetiva surge de la correlación de nuestra experiencia sensorial” (p. 52).

Esta comprensión del observador protagonista de la observación, en donde reconoce la autoría de su observación, marca claramente dos momentos diferenciados en la historia. Algunas críticas a esta postura es que el constructivismo es una postura que reafirma el solipsismo, lo cual es una lectura ligera y poco argumentada. Cabe resaltar que este texto se remite al concepto de constructivismo sistémico, diferenciándolo del constructivismo piagetiano. Por su parte, este último desarrolla su teoría a partir de la epistemología genética, cuyos postulados asumen que el conocimiento se desarrolla por el sujeto mediante un proceso activo, interno e individual, dinámicamente con el entorno (objeto), en el cual, el sujeto se acerca con una estructura previa al objeto, la cual va construyendo en el tiempo de acuerdo con su desarrollo evolutivo. El conocimiento trasciende en un proceso de reestructuración y reconstrucción; el constructivismo piagetiano se ha ocupado principalmente del estudio de estructuras mentales, razonamiento formal y procesos cognitivos de asimilación, acomodación, organización (en categorías), equilibrio, donde se desarrolla la teoría de las etapas, teoría de la equilibración, complejizándose intelectualmente para realizar operaciones, cada vez más profundas y complejas, sobre sus nuevos objetos de conocimiento; en ese caso, el postulado gira en torno al sujeto que construye de acuerdo con una necesidad cognitiva.

En el constructivismo piagetiano, a partir de las concepciones de los procesos intermedios que se dan entre estímulo y respuesta, se concibe el conocimiento como un proceso subjetivo que lleva a comprender el método, cómo se forma, organiza y cambia el conocimiento en sus correspondientes etapas, donde lo externo es un medio para el

desarrollo intelectual del pensamiento humano, resultado de su experiencia evolutiva, a través de un conocimiento previo y genético.

Por otro lado, resaltando el constructivismo como un paradigma epistemológico que dicta sobre el conocimiento, el resultado de operaciones producto de un observador, los aportes realizados por la biología del conocimiento y de la mano con la cibernética de segundo orden, se da la comprensión de los sistemas autopoieticos (Maturana, 1996). En el texto de *Epistemología aplicada, Constructivismo sistémico*, Marcelo Arnold Cathalifaud (2000) aclara:

Para el constructivismo, el conocimiento emerge al indicar y describir observaciones, esto es: haciendo distinciones, cuyos resultados constituyen pisos autorreferidos para la emergencia de nuevas distinciones. Tales indicaciones de diferencia son, simultáneamente, acciones epistemológicas y constitutivas (ontológicas) en tanto actúan sobre el conocer y sobre el ser que conoce, definiendo, en su conocimiento, compromisos para su reproducción, es decir, su futuro. (p. 150).

Al observar, el sujeto siempre tendrá una lógica de su observación, un esquema desde el cual realizar su distinción, lo que lo devela como un sistema observador.

El observador constituye la unidad de lo observado, proceso que realiza mediante distinciones hechas por él, autorreferidas a sus propias determinaciones. Ello determina el hecho de que los sistemas observadores no pueden dejar de referirse a sí mismos, en cada una de sus operaciones (Cathalifaud, 2000, p. 151).

El Constructivismo sistémico, como base, reconoce la construcción del conocimiento dinámicamente, donde existen sistemas observantes; por tanto, al ser humano

se le percibe como un sistema dentro de otro sistema, donde la verdad es relativa a su utilidad.

Se lee, entonces, al constructivismo sistémico bajo la lógica de la cibernética o cibernética de segundo orden, donde se le confiere al observador un lugar importante, el cual se incluye de manera integral como parte del sistema observado. Ya no es posible separar al perceptor del objeto percibido; más aún, el objeto percibido cobra sentido de acuerdo con la atribución semántica del que lo percibe.

El constructivismo pone el énfasis de la construcción en lo individual y privilegia los procesos internos; entiende que la realidad es construida por el ser humano, a partir de esquemas previos que han sido asimilados y que interactúan con el mundo social a través del lenguaje.

Es importante aclarar que, al decir que el constructivismo pone especial énfasis en la esfera de lo individual, no se está negando la influencia de lo social; es sólo que dentro del proceso de construcción del conocimiento y de la realidad le da un lugar al sujeto, pero lo entiende en relación con el sistema-entorno en clave de coevolución. Es decir, reconoce a un sujeto que presenta una estructura inicial en la que se dan unos procesos cognitivos, psicológicos y biológicos, que, en relación con el medio e interdependencia con lo social, tiene la capacidad para generar cambios y actualizar dicha estructura y, a su vez, transformar el entorno.

Cuando desde el construccionismo se hace crítica al constructivismo, sus argumentos hacen lectura de un constructivismo piagetiano y a una teoría de sistemas abiertos de primer orden, desconociendo la teoría de sistemas autopoieticos y principios

básicos de esta teoría como lo son la autorreferencia, diferencia sistema-entorno e interpenetración. Al respecto conversé con la profesora Sheila MacNamee.

– **RC:** Lo que veo es que algunos construccionistas tienen en cuenta lo que es la teoría de sistemas; tengo un prejuicio, no sé si sea cierto, y quisiera esa claridad, y es que los construccionistas leen teoría de sistemas abiertos (Bertalanffy) pero no la teoría de sistemas cerrados autopoieticos, retomando a Maturana. El enfoque de la teoría de sistemas cerrados se dirige a la interacción, no solo a lo que pasa con los elementos y las partes que interactúan, sino a lo que pasa en la interacción. Por ello, cuando el construccionismo hace crítica a la teoría de sistemas, ¿es una crítica a la teoría de sistemas abiertos?

– **Sheila MacNamee:** Primero, yo diría que no creo que la construcción social haya tomado nada de la teoría de sistemas, francamente. Son como dos personas que van viajando en carreteras paralelas, usando diferentes maneras de hablar acerca de procesos muy similares, tratando de articular procesos, pero utilizando diferentes lenguajes. Así es como yo veo la construcción social y los sistemas. Pienso que aquellos que habían venido utilizando la teoría de sistemas en la psicoterapia vieron la utilidad del lenguaje construccionista e incorporaron esto al trabajo que ya venían desarrollando. No obstante, la mayoría de los construccionistas no saben acerca de la teoría de sistemas de Von Bertalanffy, de los sistemas abiertos, ni de Maturana y los sistemas autopoieticos. De hecho, muchos construccionistas sociales ni siquiera referenciarían a Bateson como fuente significativa.

En ese sentido, son dos disciplinas diferentes; se basan en diferentes literaturas. Esta es una manera de entender la diferencia: la disciplina de la construcción social emerge

como una disciplina académica, asociada a la psicología social, la comunicación y la sociología. La teoría de sistemas emerge dentro de una disciplina de mayor orientación profesional como lo es la terapia de familia. Así pues, yo creo que tenemos dos discursos diferentes que, debido a ciertas personas pioneras como Karl Tomm y Lynn Hoffman, lograron conectarse entre ellos.

Yo añadiría que me siento privilegiada en mi posición, porque las ideas construccionistas evolucionaron dentro de los dominios, tanto de la disciplina académica de la comunicación como de la psicología social y la sociología. Yo estaba motivada a tomar dichas ideas y ponerlas en práctica y, al mismo tiempo, estaba muy interesada en el proceso terapéutico. A partir de mi tesis doctoral y hasta ahora, he intentado encontrar formas de poner las ideas teóricas en práctica. No he estado solamente examinando académicamente los patrones de comunicación, sino que quería mirarlos dentro del dominio de la terapia, del cambio organizacional y del cambio comunitario. Por tal motivo, creo que he tenido suerte de haber podido ser parte de esa clase de movimientos híbridos; asimismo, hay un alto número de nosotros que hacemos esta clase de trabajo y juntamos estos dos mundos de una manera que, probablemente, no hubiera sucedido si no hubiéramos tratado de poner las ideas construccionistas en práctica.

### **Autorreferencia: la observación de segundo orden**

La categoría de autorreferencia para el constructivismo sistémico es de suma importancia porque precisamente explica la relación sistema entorno y trasciende lecturas solipsistas. La condición para que se dé la autorreferencia es la existencia de otro. Tal vez

la mayor malinterpretación que se hace de la idea de clausura operacional en la autorreferencia tiene que ver con que se lee ésta, desde la teoría de sistemas abiertos, sin entender que es un sistema autopoietico. Hernández (2004) plantea al respecto que

el término autopoiesis se refiere a la capacidad de los sistemas para modificar sus estructuras cuando se producen cambios en su medio, alcanzando, en general, un nivel más elevado de complejidad, y aumentando así sus probabilidades de supervivencia. Los cambios estructurales de este orden mantienen la estabilidad del sistema al tiempo que le dan un impulso para que se desarrollen modalidades organizativas más complejas.

La clausura operacional, entendida como solipsismo o no intercambio de energía, es la definición que hacía la teoría de sistemas abiertos sobre lo que era un sistema cerrado. La teoría de sistemas cerrados o autopoieticos no hace la distinción entre lo abierto y lo cerrado ni adjetiva esto como adecuado o no; se habla de la clausura operacional como condición para la apertura. Lo que la teoría de sistemas abiertos no tenía lo suficientemente claro era cómo se daba la interacción entre elementos; sabía y reconocía muy bien la idea de patrón, de pauta de autoorganización si se quiere, pero no cómo se daba esa interacción entre las partes. Por el contrario, la expresión cerrado hace referencia a la interdependencia y coevolución entre el sistema y el entorno, es decir, la condición para que exista un sistema es que exista un entorno y viceversa; en tal sentido se hace imposible decir que éste es un constructivismo solipsista, sería una paradoja. Claro está que se requiere de sistemas psíquicos de personas y de conciencia, pero también de un entorno para que se dé la construcción social, a diferencia del construccionismo en donde nada de esto se reconoce

porque es juzgado como individualista, y el sujeto para el construccionismo social no es más que un subproducto determinado por lo social.

La autorreferencia es sinónimo de autoorganización y de autopoiesis. Hernández (2004) plantea que:

el concepto de sistema autoorganizante se ha modificado a través del tiempo. Al comienzo se definió como un sistema que cambia su estructura básica en función de su experiencia y su ambiente. Sin embargo, Heinz Von Foester (2002) comenzó a poner de presente que los organismos no se organizan independientemente de su ambiente, sino que juntos se organizan mutuamente. Por su parte, Ross Ashby (1999) redefinió los sistemas autoorganizantes como sistemas constituidos en conjunto por el organismo y su ambiente. Humberto Maturana (1994) aclara que la autorreferencia es el tejido de la autopoiesis, como operación de autorreproducción de un sistema, mediante la cual crea su propia estructura y los elementos que la componen.

Su propia naturaleza hace que el sistema terapéutico sea autorreferencial, si se quiere autopoietico, porque es el sistema mismo de la relación terapéutica el que va configurando nuevas estructuras y permite la transformación del sistema mismo, a través del acoplamiento sistémico terapeuta-consultante.

### **Límite sistema entorno**

Es precisamente la diferencia entre sistema y entorno lo que garantiza la autorreferencia; no es esta una diferencia que deba entenderse como no intercambio de energía, sino como aumento de la complejidad para garantizar la autonomía del sistema y

del entorno. Los límites son dispositivos especiales para la función de acoplar y separar el sistema de su entorno. Cuando los límites son establecidos con exactitud, los elementos se pueden atribuir fácilmente al sistema o al entorno; es decir, el entorno y el sistema no exportan ni importan estructuras, lo máximo que puede hacer el entorno frente al sistema es gatillar, provocar o seducir, y el sistema, determinado por su estructura, actúa.

Luhmann (1998) plantea que el sistema adquiere libertad y autonomía de regulación mediante la independencia frente al entorno. De aquí que sea posible describir el proceso de diferenciación de un sistema como aumento de sensibilidad para lo determinado (capacidad interna de enlace) y aumento de insensibilidad frente a todo lo demás, por lo tanto aumento de dependencia e independencia a la vez. (p. 177).

Esto implica entender que la relación del sistema con el entorno está determinada por la estructura del sistema. En la teoría contemporánea de sistemas, como se dijo anteriormente, no podemos entender o hacer la distinción entre sistemas cerrados y abiertos como tipos opuestos o que se excluyan mutuamente, sino como relación de gradación, pues mediante los límites, los sistemas pueden abrirse o cerrarse, sin olvidar que la tendencia natural de los sistemas es a proteger su integridad.

Al respecto Luhmann (1998) plantea que los límites no marcan ruptura de contextos, ni se puede afirmar que las interdependencias internas sean mayores que las interdependencias entre sistema y entorno, como tampoco que el entorno dependa del sistema, o que el sistema pueda disponer a voluntad del entorno. Lo que se quiere afirmar es que la complejidad, tanto del sistema como del entorno, excluye cualquier forma totalizante de dependencia en uno u otro sentido y que para cada sistema el entorno es distinto. (p. 41).

De esta manera, el constructivismo no podría aceptar la postura construccionista en donde el sujeto es un subproducto de lo social, porque no habría diferenciación entre el sistema y el entorno; se negaría el psiquismo del sujeto, y, al no haber diferenciación, la relación será de determinismo de la sociedad hacia el individuo. Aquí el individuo como sistema no opera autónomamente, sino que es el producto de las conversaciones en donde participa pero no tiene voz. De tal manera, el lugar de tensión entre el constructivismo y construccionismo social está en su epistemología.

Adicionalmente podemos decir que no hay sistemas sociales completamente regulados y controlados; los actores que los componen disponen de libertad que usan de manera estratégica en sus interacciones con los demás. Porque aún en las situaciones más extremas, el hombre guarda un mínimo de libertad; sigue siendo un agente autónomo que se adapta e inventa en función de las circunstancias y de los movimientos de los demás.

Los sistemas autopoieticos son autónomos. Determinan sus propias operaciones; si no lo consiguen se desintegran y mueren. La autonomía significa autogobierno, no como un solipsismo o acto egoísta, sino como determinismo de su propia estructura la cual es dinámica en coevolución con el entorno.

Naturalmente cualquiera podría objetar: pero, ¿qué haces cuando se te obliga a actuar en contra de tu voluntad? los que tienen poder pueden obligarte a hacer ciertas cosas. Maturana y Varela frente a esto contestan: “no, señoras y señores, el poder no es la causa del comportamiento de los demás, sino que es la sumisión la que causa y produce el poder. Alguien puede apuntar una pistola en tu frente y exigirte el dinero, pero no tienes por qué dárselo. No digo que él no te dispare; esto es asunto diferente. Lo que digo es que, incluso con una pistola en tu frente, todavía

tienes la libertad de actuar autónomamente. Si vives en Chile, dado el clima político, esta posición puede ser esencial. Esta es mi referencia filosófica frente a la clausura. Los sistemas vivos son sistemas autopoieticamente cerrados. Consiguientemente, se crean a ellos mismos, son autónomos. (Segal, 1986).

Respecto al tránsito de la teoría de sistemas abiertos a la teoría de sistemas cerrados, o dicho de otro modo, de una cibernética de primer orden a una cibernética de segundo orden en psicoterapia, tuve la posibilidad de conversar con Marcelo Rodríguez Ceberio

- **RC:** En este recuento que usted hace, profesor, ¿cuál es el aporte que hace Humberto Maturana, cuando habla de los sistemas autopoieticos en la psicoterapia? Allí hay un tránsito entre la teoría de sistemas abiertos de Bertalanffy a la de sistemas cerrados. ¿Cuál cree que puede ser el impacto en psicoterapia de esa esa nueva o complementaria mirada de la teoría de sistemas?
- **Marcelo Rodríguez Ceberio:** El concepto de autopoiesis o de autoorganización, como de hecho es una célula —la célula produce elementos de organización y es la misma organización la que produce esos elementos de organización—, da cuenta de un sistema que es retroalimentado permanentemente; pero, el gran tema es que, en los circuitos humanos es muy difícil hablar de entidades organizacionales de sistemas cerrados, un sistema cerrado en una comunidad, o en un sistema familiar, o en uno social, o en un sistema humano, para generalizar y no hacer especificaciones. Es imposible hablar de sistemas cerrados en estos tipos de circuitos, porque hasta el sistema más estructurado, o menos abierto o más cerrado, como quiera llamarse, siempre, absolutamente siempre, necesita de cuestiones intersistémicas de relación para poder subsistir.

Ciertas comunidades primitivas u otras, como los menonitas, que son comunidades, más bien entidades organizacionales, con una estructura bastante cerrada y autoorganizada necesitan, en determinados momentos, compartir intersistémicamente con otros sistemas o macrosistemas, en donde se encuentra insertado su propio sistema. Posiblemente sea autoabastecido en sus necesidades básicas, pero quizá deban recurrir a asistencia médica, o a compra de productos específicos, o vestimenta, etc. De lo contrario, una comunidad aislada no podría subsistir. Esto pasa con cualquier comunidad de animales y pasa con los primates no humanos, o nuestros antecesores. Siempre necesitamos de otras entidades organizacionales para empezar a entrelazar intercambios que posibiliten ingresar un cúmulo de energía y mantener esa organización.

Ahora, en lo intrasistémico sí funcionarían sistemas autopoieticos, es decir, sistemas que producen organización, y esa misma organización es la que produce los sistemas de organización; pero, para esa organización intrasistémica hacen falta variaciones intersistémicas para poder generar esa propia autoorganización. Es decir, en los sistemas humanos no hay sistemas cerrados absolutos; siempre preconizo esto. Hay sistemas más abiertos o menos abiertos, pero siempre debe haber la suficiente, la mínima expresión de intercambio intersistémico, cuestión de favorecer esos procesos de organización intrasistémicos. Entonces, ahí estamos entrelazando varianzas intrasistémicas con varianzas intersistémicas o extrasistémicas.

Cuando hablo de modelo epistemológico, digo que siempre percibimos, observamos, construimos al objeto, edificamos una hipótesis, mediante nuestro modelo mental del cual somos presos. Veo a través del modelo, y si quiero observar sin mi modelo, puedo

salir de mi modelo a través de mi modelo. El modelo epistemológico puede considerarse autopoietico porque genera sus propias premisas y su propia organización que produce al modelo y el modelo a la organización. Pero la experiencia humana es una fuente inagotable de introducción de información que enriquece, rectifica, ratifica, reformula y sostiene la organización que produce al modelo.

## **Sobre el construccionismo**

### **Antecedentes**

Como se planteó anteriormente, el construccionismo al ser un modelo constructivista comparte, en primera instancia, una postura crítica frente a planteamientos filosóficos y epistemológicos de la modernidad y el positivismo, descritos ampliamente al inicio de este capítulo. De igual manera, el positivismo hace una crítica, en palabras de Tomás Ibáñez (2003) a la nula implicación social y escasa práctica de la investigación psicosociológica. El contexto epistemológico del construccionismo social es la obra de Wittgenstein, Foucault, la escuela de Oxford, el pragmatismo de Rorty, el postestructuralismo, el paradigma de la complejidad, la discursividad y los planteamientos posmodernos.

Por otro lado, y muy importante de la mano a la crítica de la modernidad, están las críticas a las posturas individualistas y solipsistas de la psicología y en general las ciencias sociales y humanas, en donde según el construccionismo se ha dado una hipertrofia del ser humano, de la cognición, la subjetividad y las emociones; en donde se da un determinismo del individuo hacia lo social. Precisamente lo que el construccionismo hace y piensa es que lo social determina al individuo; es más, pone en duda su existencia independiente de un

contexto, lo cual también es una postura constructivista. Pero claramente esta hipótesis es radicalizada por el construccionismo. Al respecto Gergen (2005) plantea en conversación con Mony Elkaim lo siguiente:

Para mí el construccionismo social es un conjunto de conversaciones que se desarrollan en todas partes del mundo y participan, todas ellas, en procesos que tienden a generar significados, comprensiones, conocimientos y valores colectivos. Estas conversaciones vuelven a poner en tela de juicio todas las hipótesis que damos por sentadas, todos los saberes autoritarios y todo lo que hasta este momento dábamos por específico acerca del “yo”. Paralelamente nos incitan a considerarnos intrínsecamente interdependientes y a pensar que nuestro futuro depende no sólo de la manera en que gestionamos estas interdependencias, sino también nuestra capacidad para transformar colectivamente las construcciones que hemos hecho de nuestra personalidad y del mundo.

Claramente existe una postura ideológica acerca de las verdades objetivas y todo aquello que se ha pensado hasta el momento acerca del “yo”.

Al existir en algunos países, especialmente latinoamericanos, una cercanía en ocasiones casi natural entre la terapia sistémica y el construccionismo social, no es difícil pensar que -como parte de los antecedentes de este último- se debe contemplar la teoría de sistemas abiertos o cerrados. Esto lo pregunté en conversación con Sheila Macnameé

– **RC:** Se podría ubicar el inicio de la terapia familiar en los años 50, y surge con mucha fuerza con algunos autores como Salvador Minuchin, Jay Haley y la Escuela de Palo Alto. Pasaron los años y, con los nuevos desarrollos, se comenzó a hablar de constructivismo, constructivismo radical en psicoterapia y, en la actualidad, de

construccionismo social. Este último ¿qué retoma de estos autores clásicos ´sistémicos y de qué manera se separa también de ellos? ¿existe relación alguna entre los postulados de la teoría de sistemas y el construccionismo social?

- **SM:** Probablemente haya diferentes maneras de responder a la conexión entre todas estas diversas líneas de trabajo, por lo que lo diré tal y como yo lo entiendo, y esto tiene mucho que ver con mi propia evolución a través de estas ideas; a la vez puede haber otras formas de describir estas conexiones, pero esta es la forma como yo lo entiendo. Entiendo que hay dos disciplinas dispares entre sí, que esencialmente se desarrollan en dos caminos diferentes: por ello tenemos en sociología y psicología social a personas que comienzan a considerar las ideas de la construcción social. En la sociología, particularmente, las personas fueron influidas por el trabajo de Berger y Luckmann a través de *La construcción social de la realidad*; así mismo, en el campo de la terapia familiar las ideas que emanaron del trabajo de Bateson y la teoría de sistemas.

Así que, en un primer momento, tenemos un movimiento que se aparta de la orientación individual de la psicoterapia, en donde sólo se estudiaba al individuo, y que pasa a entender los sistemas, en particular los sistemas familiares, utilizando ideas de la teoría de sistemas, tales como la retroalimentación, la estructura, la jerarquía, la homeostasis, para examinar cómo los patrones familiares crean patologías o problemas dentro de la familia; por ello, ya el problema no es una persona, sino que el problema es un patrón. Este fue un movimiento realmente innovador e importante en la evolución sobre cómo entendemos la psicoterapia.

Minuchin, por ejemplo, toma ciertos conceptos de la teoría de sistemas, en particular los de jerarquía, estructura y fronteras de los sistemas. Haley y el Instituto de Investigación

Mental (*Mental Research Institute*), lo que se conoce como “terapia estratégica”, adoptan diferentes conceptos de la teoría de sistemas, tales como homeostasis familiar y retroalimentación positiva y negativa. Podemos ver que todas estas personas estaban trabajando con la teoría de sistemas, pero ellos sólo estaban ensayando estos conceptos. Estas ideas fueron muy generativas, principalmente porque las aproximaciones sistémicas, aunque diferentes entre ellas, compartían el presupuesto de que no iban a seguir tratando al individuo como un objeto de estudio. Los problemas no se seguirían viendo dentro del individuo; en lugar de ello, se entiende que el problema es el patrón de interacción familiar.

Así, emergió la idea de la cibernética de segundo orden, donde los terapeutas reconocieron su parte para crear el sistema. En otras palabras, se reconoció que las preguntas que hace el terapeuta crean o constriñen las posibilidades en cuanto a cómo la familia habla acerca de sí misma y de cómo la entendemos. Este fue un movimiento de la teoría de sistemas, o lo que se ha conocido como cibernética de primer orden, hacia la cibernética de segundo orden (también conocida como el estudio de los “sistemas observantes”). Aquellos interesados en la idea de los “sistemas observantes” encontraron afinidad con los constructivistas radicales. Es decir, el énfasis en reconocer que somos parte de la construcción del mundo en el que vivimos y en considerar las formas en que un terapeuta en particular interactúa con una familia; se reconoció que el terapeuta hace parte del proceso de construcción de la familia. Ernst von Glasersfeld fue muy popular dentro del constructivismo radical.

La Escuela Sistémica de Milán, también, estuvo trabajando sobre las ideas de la cibernética de segundo orden. Hicieron algo realmente interesante al centrarse en el rol

que juega el terapeuta. Es decir, hicieron énfasis cada vez más en cómo las personas construyen sus mundos a través de lo que hacen juntas. Con esto en mente, las interacciones entre el terapeuta y la familia pueden verse como partícipes en la construcción de algunas posibilidades, pero también en la restricción de otras. Karl Tomm, en Canadá, presentó estas ideas a los miembros del grupo de Milán, Gianfranco Cecchin y Luigi Boscolo, y a un grupo de teóricos de la comunicación con los que yo estaba colaborando para ese entonces. Específicamente, estábamos trabajando en la teoría de la comunicación: manejo coordinado del significado. Esta teoría, que tiene sus raíces en el construccionismo social, fue desarrollada por Barnett Pearce y Vernon Cronen.

Tanto Cecchin como Boscolo se interesaron en esta teoría, como una forma de entender cómo las personas construyen la realidad y la manera en que hablan, actúan y se relacionan con los otros. Así que todo esto, en ese momento, era muy coherente con la evolución de la teoría de sistemas, pues dicha teoría también se interesaba en la comunicación. Sin embargo, también era algo muy diferente en ese entonces. De hecho, mi disertación doctoral fue acerca de la Escuela de Terapia de Milán y esta teoría particular de comunicación.

Por ello, si se quiere, en el matrimonio entre la terapia sistémica de Milán y la teoría del manejo coordinado del significado, tenemos realmente un enfoque articulado claramente a los patrones de comunicación. Sin embargo, hubo una menor influencia de la teoría de sistemas pues, ciertamente, el foco estaba más en cómo las personas están creando significados y cómo crean la realidad. Y es allí donde, pienso yo, que la construcción social entra al mundo de la psicoterapia. En algunos sentidos, el

construccionismo social reemplazó el lenguaje de la teoría de sistemas para entender la psicopatología y la dinámica familiar, con el lenguaje de la comunicación o el lenguaje como centro de atención. El lenguaje, como construcción social, empezó a afianzarse en ese momento, por allá en los años noventa.

Primero, yo diría que no creo que la construcción social haya tomado nada de la teoría de sistemas, francamente. Son como dos personas que van viajando en carreteras paralelas, usando diferentes maneras de hablar acerca de procesos muy similares, tratando de articular procesos, pero utilizando diferentes lenguajes. Así es como yo veo la construcción social y los sistemas. Pienso que, aquellos que habían venido utilizando la teoría de sistemas en la psicoterapia vieron la utilidad del lenguaje construccionista e incorporaron esto al trabajo que ya venían desarrollando. No obstante, la mayoría de los construccionistas no saben acerca de teoría de sistemas de Von Bertalanffy, de los sistemas abiertos, ni de Maturana y los sistemas autopoieticos. De hecho, muchos construccionistas sociales ni siquiera referenciarían a Bateson como fuente significativa.

- **R. C.:** ¿Cree que el construccionismo social es otra etapa, otro momento de la evolución de la terapia sistémica o es un movimiento completamente diferente?
- **SM:** Yo pienso que es una variación sobre un mismo tema. Creo que el lenguaje de la teoría de sistemas y la cibernética de segundo orden fue increíblemente generativo y útil, cuando volvemos a mirar la evolución en el pasado. Podemos notar que la mirada ya no se centraba en el individuo o en la patología individual, que residía en la persona. Sin embargo, pienso que, con el paso del tiempo, el lenguaje de los sistemas se volvió

limitado, en cierto sentido, porque realmente todavía estábamos considerando a los individuos que interactúan.

Creo que, cuando hacemos el giro hacia la construcción social, nos dirigimos a la interacción en sí misma, al proceso. Así que, de un modo muy sutil, creo que, aunque la cibernética de segundo orden y la teoría de sistemas dirigieron nuestra atención hacia los patrones de comunicación, todavía seguían considerando solamente a las personas que producían dichos patrones. Así, las personas eran todavía el foco primario. No obstante, cuando nos movemos a una orientación filosófica construccionista, nos interesa el proceso por completo.

- **RC:** Sheila, yo le quería preguntar sobre la influencia que los sociólogos de la Escuela de Chicago han tenido sobre el construccionismo social; ¿cómo el construccionismo social integra estas ideas de los sociólogos en Estados Unidos?
- **SM:** La Escuela de Chicago, como muchas otras escuelas de pensamiento, ha sido una parte muy importante de la construcción social y del desarrollo de la teoría del construccionismo social. La forma como muchos de nosotros lo vemos es que, en particular, la Escuela de Chicago estaba realmente intentando moverse hacia la comprensión de la relación, de lo social, como el centro de la creación de comprensión y significado, más específicamente del sí-mismo y de la identidad. Así pues, el construccionismo le debe mucho a todas las teorías incluidas dentro de la Escuela de Chicago y, al mismo tiempo, existe la sensación de que, si reconsideramos este trabajo, nos damos cuenta de que, si bien hay un énfasis en lo social, el punto de partida es todavía el individuo. Básicamente, la pregunta que intentó resolver la Escuela de

Chicago fue esta: ¿Cómo puedo entenderme a mí mismo a través de la relación con los otros?

- La perspectiva construccionista, hoy en día —y debo decir que no fue siempre así, por eso Berger y Luckmann todavía están en ese marco de la Escuela de Chicago—, se ha movido más allá, en cuanto que no siempre privilegia al individuo o a la persona como el punto de partida. Más bien, nos centramos en lo que hemos denominado el “entre nos”, el proceso que las personas hacen juntas. Entendemos que el significado, el conocimiento son procesos que emergen dentro de las relaciones. Por eso, nuestro enfoque no está en los individuos, sino en lo que están haciendo las personas juntas y qué producen sus acciones o sus coacciones; ¿cuáles son las posibilidades y restricciones que emergen de esas acciones? El trabajo de la Escuela de Chicago ha sido informativo y formativo de las ideas construccionistas, y con el tiempo hemos llevado esas ideas a lo que llamo lo relacional, lo radicalmente relacional.
- **RC:** Sí; yo creo que es importante reconocer que estos sociólogos, como Garfinkel y Goffman, estuvieron realmente interesados en la interacción social; ellos intentaron ver a los sujetos como actores sociales en un escenario que hace parte de las relaciones en un micromundo. Esta sociología estaba más interesada en lo micro que en lo macro y puso de relieve las múltiples tensiones entre el individuo y su contexto. Pero es cierto, como dice Sheila, que no logran desprenderse del individuo como el centro de los órdenes sociales u órdenes compartidos por individuos. Sheila, ¿Ud. cree que los conceptos de *performance* y performatividad vienen de estos sociólogos? y ¿cómo entiende esto el construccionismo social?

- **SM:** Creo que has articulado bien la distinción sutil, pero importante, entre las obras de Garfinkel y Goffman y la versión del construccionismo social, de la cual estoy hablando aquí. Con profundo aprecio por la obra revolucionaria propuesta por ambos, hoy podemos ver que el punto de partida era todavía el individuo. Ya sea desde el enfoque micro o macro, la mayor parte de la teoría social, hasta hace poco, ha tenido dificultades para comenzar en otro lugar diferente al individuo. Para mí, el significado importante del construccionismo social es que el punto de partida para examinar el mundo social es el proceso. Con esto quiero decir que nos enfocamos en lo que las personas están haciendo y lo que esto produce. A nivel micro, esto se convierte en algo relevante para la comprensión de cómo ciertas identidades emergen en nuestras interacciones en desarrollo con los demás. A nivel macro, podemos explorar cómo nuestras acciones contribuyen a la dominación de determinados discursos institucionales sobre otros.

En cuanto al concepto de *performance*, no creo que se trate solo del trabajo de estos sociólogos, aunque, ciertamente, también se les puede atribuir a ellos. La metáfora del *performance* es particularmente útil para el construccionista. Si pensamos en toda acción como performativa, esto nos permite imaginar actuaciones alternativas, cuando en la que estamos comprometidos no esté funcionando bien. Además, —lo más importante—, la metáfora del *performance* toma forma y significado por fuera de la cabeza del individuo y pone todo lo que hacemos dentro de los contextos históricos, culturales y locales donde operamos. Por ejemplo, la distinción entre ‘estar enojado’ y ‘la performatividad de la ira’ es de gran alcance. Si estás enojado, no hay mucho que se pueda hacer al respecto. Es lo que es y lo que eres en el momento. Sin embargo, la idea de ‘hacer’ o ‘performativizar’ la ira reconoce que: (1) no somos libres de hacer cualquier

cosa que queramos, ya que hay que seguir las convenciones locales y culturales para desplegar una ira ‘apropiada’; y (2) hay actuaciones alternativas disponibles. Estas son ideas muy poderosas.

### **Pretensiones del construccionismo social**

Lo que se propone el construccionismo, entonces, es desarrollar una perspectiva alternativa al enfoque individual del conocimiento, permitiendo analizar el rol que juega el saber compartido por una comunidad en el mantenimiento y reproducción de la realidad. Si el conocimiento radica en la relación que se establece en una comunidad de intérpretes ¿en qué sentido podemos hablar de un conocimiento libre de las marcas sociales e históricas de su producción? ¿en qué sentido el conocimiento de la psicología –y demás ciencias sociales– es un saber validado por una retórica que se articula en el seno de un núcleo de inteligibilidad en crisis?

Como nos sugiere Tomas Ibáñez (2001), para el construccionismo el objetivo fundamental ha sido ejecutar un ejercicio crítico que permita echar las bases para el desarrollo de una nueva perspectiva ligada a la metáfora de la construcción. Desde una perspectiva esquemática, podemos decir que esta es una psicología de la construcción social.

El construccionismo propone una afirmación doble: por un lado, sostiene que la realidad social no tiene necesidad de ser del modo como ha sido o actualmente es, porque es el resultado de la actividad humana; y por otro lado, propone que el conocimiento cotidiano o la representación científica que tenemos de esa realidad social no es un mero reflejo, sino un elemento constitutivo de lo que la realidad social es.

Más allá de su diversidad, el construccionismo, asumiendo una clara inspiración en las perspectivas posmodernas, define la noción de acción discursiva como el objeto de investigación privilegiado para estudiar estos procesos de construcción social, eliminando progresivamente de su repertorio conceptual categorías metafísica y mentalistas para dar cuenta de la subjetividad, y categorías materialistas para dar cuenta de la realidad social.

### **Construccionismo y el problema de la identidad y el lenguaje como eje central de su teoría**

En la propuesta de Gergen (2005) la identidad personal adquiere las siguientes características:

1) Construcción social conversacional: la identidad es una construcción conversacional que se articula y toma forma en la identificación de roles específicos dentro de los contextos sociales en los cuales participa. Sobre esto, Crego (2003) señala que: “Lo que somos es, ante todo, el producto de una negociación de narrativas: contamos una historia -siendo a la vez sujeto y objeto de la misma- que nuestros interlocutores validarán o no, de forma que se llega a un significado compartido acerca de "quien soy" (p. 4). El lenguaje es capaz de crear nuevas realidades a partir de la concepción conversacional del sujeto. Por consiguiente, los nuevos términos para referirse a la propia identidad generan nuevas formas de experimentarla.

2) Explícita: la identidad personal para Gergen es una construcción conversacional explícita dado que emerge de la actuación de un rol. No existen procesos tácitos de significación personal del rol. Toda posible identificación viene valorada por la ejecución

contextual que el sujeto realiza. La identidad es lo concreto, lo que se evidencia en las conversaciones.

3) Multiplicidad y cambio: el Yo saturado de roles y de posibilidades discursivas externas, con las cuales el sujeto se compara, termina por diluirse en las conversaciones en las que participa. El Yo dispone de diversas alternativas para ser uno u otro “personaje” dentro de la red conversacional. Su identificación es múltiple y cambiante. La identidad del hombre posmoderno para Gergen es multiplicidad y pura alteridad.

### **Algunos aportes del construccionismo social a la terapia sistémica**

Para puntualizar los aportes del construccionismo social a la terapia sistémica, entrevisté a Guillem Feixas:

- **R. C. :** cuando los construccionistas dicen “yo soy construccionista, no constructivista”, también en mi rol de psicoterapeuta yo no logro observar la novedad del construccionismo o cuál es su apuesta en la psicoterapia. No sé si usted alcanza a ver cuál es la novedad del construccionismo en relación con lo sistémico o a posturas constructivistas.
- **G. F.:** Bueno, yo creo que, dentro de los enfoques teóricos que adoptan una epistemología constructivista, por ejemplo, Piaget, Kelly, Guidano, etc., ninguno de ellos encaja demasiado bien con la sistémica, porque la sistémica parte de este inicio sistémico, es decir, del reconocimiento del sistema como conjunto, y estos enfoques, cuando desarrollan a nivel teórico, no epistemológico, cómo los seres humanos conocen la realidad, se centran en el ser humano y no en el sistema. Aquí es donde yo creo que la sistémica se sentía un poco incómoda con teorías constructivistas de corte demasiado

individualista, como era, por ejemplo, la teoría de los constructos sin los desarrollos posteriores de Procter y algún otro autor.

Entonces, el construccionismo social, con su énfasis en esa realidad que construimos socioculturalmente con el lenguaje, permitía una apuesta epistemológicamente muy fuerte por el constructivismo, sin tener que prescindir del componente sistémico que caracteriza y que, para mí, es la identidad del modelo sistémico. Por tanto, era algo que estaba destinado a unirse, el construccionismo social y la sistémica, porque hacían énfasis en las mismas cosas. A partir de aquí, los construccionistas sociales han desarrollado una serie de ideas, que creo que han dado elementos de riqueza al movimiento sistémico, porque han permitido que esa sistémica, que era bastante cibernética de primer orden, se pudiera hacer de una manera en la que la coparticipación y la participación activa, y no jerárquica de los usuarios, pacientes y/o clientes, fuera mucho más tomada en consideración y ha permitido cuestionar mucho más nuestro papel como supuestos expertos delante de estos usuarios.

Por ejemplo, la idea de Harry Goolishian de los sistemas determinados por el problema vs. la idea sociológica de que un sistema es una familia, como una estructura con su papá, su mamá, hijos, etc. Pero esta idea de que la familia tiene una estructura, en un caso clínico, lo que determina esa estructura es quien está hablando, y eso puede ser, no sólo la familia sino todo un circuito particular, que es por el que está circulando la información. Pero eso, para mí, es como una vuelta a Bateson en cierta medida porque hay una cita de Bateson, creo que viene al cuento, aquella de que hay un leñador con un hacha que está partiendo madera y examina el circuito que se genera entre...

Yo creo que nos ha ayudado a aplicar el modelo sistémico con una epistemología constructivista de una forma más práctica, porque Bateson no era un práctico, Bateson era un antropólogo. Bateson no tenía, como *leitmotiv* de su vida, curar familias ni trabajar con ellas. Entonces, yo creo que los construccionistas sociales sí que hablan de praxis sociales y de cómo el lenguaje condiciona todo esto. En este sentido, a mí me parece que su aportación ha sido valiosa y luego se ha entroncado con todas las narrativas y el papel del lenguaje. Y todo esto creo que sí ha aportado cosas. Con lo que no estoy de acuerdo es que esto no sea constructivismo; con esto sí que no estoy de acuerdo.

### **Capítulo 3. Problemas de conocimiento**

Se abordarán en este capítulo tres problemas de conocimiento y la manera como son leídos desde cada enfoque:

- Construcción teórica del concepto de identidad desde el constructivismo y el construccionismo
- El cambio como categoría que amplifica las diferencias entre constructivismo y construccionismo social.
- La relación terapéutica

El concepto de identidad, al igual que otros fundantes para la psicología, ha sufrido a lo largo de la historia transformaciones, como resultado del momento histórico cultural desde el cual se observa. Mientras que el construccionismo considera la identidad como el resultado de las implicaciones de los individuos en espacios discursivos, el constructivismo la considera un self system formado por, entre otros sistemas, el sistema emocional, el cognitivo, el motor y el verbal.

En el segundo problema se profundiza en el cambio y la relación terapéutica y la implicación práctica que tiene leerlos desde el paradigma constructivista y los planteamientos construccionistas.

En el tercer problema, la relación terapéutica, se analiza cómo se concibe el rol del terapeuta en el espacio de la psicoterapia, desde ambas posturas.

## **Primer problema de conocimiento: construcción teórica del concepto de identidad desde el constructivismo y construccionismo**

El concepto de identidad, al igual que otros fundantes para la psicología, ha sufrido a lo largo de la historia transformaciones, como resultado del momento histórico cultural desde el cual se observa. Ejemplo de esto es la concepción romántica, en la cual el Yo se explicaba desde una visión de la pasión, del alma y del temple moral, es decir, desde fuerzas sagradas que habitan el ser, que, en algún momento de la evolución, dejaron de ser suficientes y necesitó transformarse hasta llegar a la concepción moderna, la cual respondía a una mirada desde la razón y la observación, como principales fuentes del funcionamiento humano.

Esta nueva posición supuso también una nueva lectura de la realidad, como algo externo del observador, que podía ser conocido de manera objetiva por este, lo cual lo llevaba a ocupar un lugar pasivo en el proceso del conocimiento. Para la modernidad, la identidad no es más que la copia y reproducción de un orden externo. Por otro lado se creía que los sujetos se transforman en organismos pasivos únicamente respondientes ya que no poseían ni ordenamiento ni significado interior, y a la pasividad del self se le suma su total externalización; los sujetos solamente son un recipiente que al momento del nacimiento está vacío y que gradualmente viene a ser llenado por impresiones y percepciones sensoriales que se asocian entre sí.

Pero, esta postura también se volvió limitada, cuando la duda y el cuestionamiento por el ser humano y la construcción de su identidad se ubicó en un momento histórico diferente. La posición activa del sujeto dentro de los procesos sociales y la aparición de

nuevas formas de relación, comunicación e interacción, pusieron en evidencia que la visión moderna se quedaba corta en sus respuestas, dando cabida a maneras más amplias de comprensión, que brindaban a los seres humanos propuestas novedosas. Es aquí donde los postulados posmodernos, que entran en auge con la idea de realidad como construcción, le dan protagonismo al sujeto, entendido hasta ese momento como agente pasivo.

Como se mencionó en el apartado anterior, dentro del paradigma posmoderno se encuentran incluidas las posturas construccionistas y constructivistas, las cuales presentan diferencias a nivel metateórico y teórico, que llevan a construcciones igualmente diferentes del concepto del Yo y la identidad. De esta manera, el constructivismo privilegia los procesos internos y reconoce que la realidad es una construcción humana que se surte a partir de la interacción entre los esquemas mentales, asimilados y ajustados previamente con el mundo social, a través del lenguaje. Así mismo, la construcción del Yo, es decir, la conformación de la propia visión del mundo, los valores y creencias, se causa a partir de la interacción entre las estructuras previas con que cuenta el sujeto, dadas por asimilación y ajuste con el mundo exterior, con la palabra ajena que circula fuera de él, a través del lenguaje, considerado desde las posturas constructivistas como el instrumento que facilita el intercambio con el mundo y con los otros. De dicha relación se modifican o renuevan las preconcepciones del sujeto.

Desde este paradigma, el Yo es entendido como unidad autopoietica, es decir, como un sistema que tiene la capacidad de crearse (poiesis) a sí mismo (auto) y de especificar sus propios límites. Esta idea de límite funciona como un filtro entre el sujeto y la innumerable e incesante información dispuesta en el contexto, permitiendo así la entrada sólo de aquello

que resulte relevante para la construcción, y que será transformada y cargada de significado por medio de los procesos internos.

En algún momento se pensó que los sistemas autopoieticos, sistemas clausurados en su operación, no permitían el intercambio de energía y elementos con el exterior y, por tal motivo, resultaba difícil comprender a los seres humanos bajo esta mirada, pues es innegable que se hace indispensable la transacción con otros para la supervivencia del sistema. El concepto de límite brinda una nueva mirada que permite observar cómo existe intercambio y transacción de energía, de manera limitada, filtrada, de tal forma que aquello que llega del exterior es recibido por el sistema sólo si es relevante para el proceso de construcción, pero lo es para ser transformado por el propio sistema. Al respecto, Luhmann refiere: “este tipo de cierre/clausura no deberá entenderse como aislamiento. Sería absurdo retroceder a disposiciones teóricas que ya han sido discutidas ampliamente, en el sentido de que se sabe, desde hace tiempo, que los sistemas dependen material y energéticamente del entorno” (1998, p. 21). Notablemente, los sistemas adquieren autonomía mediante la interdependencia con otros, es decir, con su inmediato superior en principio (su contexto).

Ya por su parte, el construccionismo entiende que la identidad, el Yo o el *self* es el resultado de las implicaciones de los seres humanos en espacios discursivos (Gergen & Warhus, citados por López, 2010).

Desde esta postura, el Yo no constituye una entidad intrapsíquica, sino una dimensión narrativa, dentro de un espacio de conversación específico. Por lo tanto, “es inestable y no mantiene una continuidad temporal, dado que el individuo es construido en sus relaciones de manera diferente en cada una de ellas” (Molinari, 2003, citado por López, 2010).

Así, la identidad–realidad se construye en la interacción con otros a través del lenguaje. Es decir, que la esencia de lo individual se desdibuja, y la postura del sujeto como ser social abarca totalmente el interés. Allí, los procesos cognitivos y emocionales (procesos internos) juegan un papel que los pone al servicio de lo interaccional relacional.

En entrevista realizada -para esta tesis- al profesor Guillem Feixas (2016), de la Universidad de Barcelona, se profundizó sobre esta idea:

- **RC:** Tal vez el lugar de tensión, que allí es explícito de alguna manera, es qué idea se tiene acerca del Yo. El construccionismo social, claramente plantea que el Yo individual no existe y eso marca diferencia, porque creo que, en lo intrapsíquico, no es ver a una persona aislada del contexto; obviamente no lo es, pero se reconoce que hay un Yo en relación con otros Yoes, que genera una interdependencia, una comunicabilidad y una coevolución que recrea la cultura. Pero, partir de la idea de que el Yo intrapsíquico no existe, sino que solamente existe la interacción, es una postura que observo ingenua e innecesaria.
- **GF:** A mí me parece esta cuestión, que se plantea en el construccionismo social, y una vez se lo expuse en público a Kenneth Gergen en un congreso, me parece un reto, es decir, nosotros estamos en una civilización y en unos estudios de psicología tan centrados en la intrapsique que, si te dicen “el Yo no existe”, la intrapsique no existe, te genera un reto, un cortocircuito que te obliga a reorganizar todo y, en este sentido, esto es una virtud del construccionismo social, pero es una virtud circunstancial, no de fondo.

Es imposible sostener que no existen procesos dentro de nuestra mente, es decir, esto no es sostenible de ninguna forma. Que mi cerebro y el tuyo estén conectados en este

momento de una manera muy significativa, muy potente, eso no es discutible, al igual que suceden cosas dentro de nuestra cabeza, mientras está ocurriendo esta conversación.

Entonces, creo que el construccionismo social, su gran valor —y se lo dije una vez a Gergen— es su valor provocativo y, para mí, es un gran valor, porque el peso de lo intrapsíquico, del individualismo es inconmensurable. Yo enseñé sistémica a alumnos de Psicología y estamos en clase de sistémica y veo el individualismo aparecer constantemente. Trabajo y superviso terapeutas sistémicos y veo el individualismo aparecer de nuevo. Entonces, la virtud que tienen los construccionistas sociales es que son más puristas en eso; en ese sentido, son más capaces de ejercer una disciplina en la que lo intrapsíquico tenga menos papel... digo “menos”, porque es imposible obviarlo. Entonces, en este sentido, yo creo que tiene un valor propedéutico, de provocación, de reto en el desarrollo de un profesional que trae una carga acumulada muy fuerte de la cultura en que vive, y de la universidad de lo que ha aprendido en las facultades: personalidad, autoestima, autoconcepto, el Yo; todo esto que va muy bien, pero no es sostenible como verdad final, como modelo final. Es, simplemente, una provocación para que nos estimule esta parte.

La tensión está en el descentramiento que el construccionismo hace del individuo hacia lo social, lo cual, en sí mismo, no reviste una gran novedad, ya que el conocimiento se presenta como una construcción social, en donde el individuo cumple un rol. Es decir, descentrarse del individuo no tiene inconveniente (teóricamente) en la medida en que no se pierda de vista y se le dé su lugar en la relación sistema-entorno. También, el punto de tensión está en que el construccionismo no lee esta relación con claridad; por lo tanto, no la

entiende en clave de coevolución, en donde son interdependientes, es decir, los sistemas psíquicos y sistemas sociales son autorreferentes e interdependientes.

Negar lo individual, ideológicamente, puede ser viable, aunque ingenuo, para legitimar la construcción social más allá de los individualismos; pero, es igualmente ingenuo pensar que la construcción social no está hecha por individuos que coevolucionan y son parte del sistema social. Pero negarlo epistemológicamente no es tan sencillo como se plantea desde el construccionismo; negar lo individual nos hace incurrir en miradas reduccionistas de la construcción de la realidad.

Pero, también, es importante advertir algo: el constructivismo o, mejor dicho, la gran mayoría de constructivismos, en especial el llamado constructivismo radical, sí habla de la emoción, del lenguaje, del individuo, pero no solipsistamente; no niegan la interdependencia con lo social. Esa es una lectura inadecuada que el construccionismo hace de lo constructivista y de lo sistémico. Cuando el construccionismo social critica la teoría de sistemas por reduccionista individualista, a quien hace referencia la crítica es a la teoría de sistemas abiertos de Bertalanfy, que está parada desde una cibernética de primer orden, en donde, al menos en Psicoterapia, es cierto que el terapeuta asume una postura directiva, que no necesariamente se reconoce en la observación y actúa pragmáticamente orientado al cambio, sin desconocer la relación terapéutica.

Lo que no hace el construccionismo social es una lectura de la teoría de sistemas cerrados, autopoieticos, y cuando lo hace incurre en una escasa comprensión de lo que se entiende por sistema cerrado, situación que, igualmente, le sucede a muchos sistémicos, quienes plantean que lo cerrado es sinónimo de solipsismo intrapsíquico, de no relación con el entorno, de no intercambio de energía. Esta lectura es, por demás, desacertada de lo que

es un sistema autopoietico, que es claramente un sistema cerrado, que opera en clausura operacional como condición para la apertura y para la relación con el entorno; es decir, el sistema opera en autorreferencia, autónomamente, y está determinado por su propia estructura. Eso no quiere decir que no observe la cultura y los diferentes sistemas sociales, y mucho menos que no se relacione (sería imposible e ingenuo pensarlo). Esto significa que, individuo y cultura se retroalimentan y coevolucionan a partir de sus propias estructuras. Es imposible pensar que no exista intercambio de energía y, más aún, que sea posible alejar lo intrapsíquico de su contexto, y que no se determinen mutuamente; pero, tampoco es posible pensar una construcción social sin individuos, sin psiquismos. Es una postura insostenible.

No es posible hacer la discusión sobre la construcción de la identidad y el lugar del sujeto en la construcción de la realidad si no conocemos el lugar del lenguaje en este proceso. La posmodernidad le ha dado a éste una visibilidad sin igual en la historia lo cual hace que la reflexión alrededor de éste sea central. La posmodernidad propone el giro hacia el lenguaje como medio de comprensión de la identidad personal. “El texto está por sobre cualquier autor que experimenta su identidad. Toda escritura debe, pues, para ser lo que es, poder funcionar en la ausencia radical de todo destinatario empíricamente determinado en general. (Derrida 1971, p. 8). El lenguaje constituye el nuevo dominio comprensivo del ser.

### **Narrativa e identidad para el construccionismo**

Gergen (2005) establece en el discurso el fundamento que permite el conocimiento de la identidad personal y del mundo. Para el autor, la narrativa personal no hará referencia a la experiencia del sujeto sino que reproducirá el discurso social al que pertenece. En

efecto, según Gergen, en los discursos pre-existentes al sujeto están contenidas todas las identificaciones personales posibles. En este contexto, la identidad personal será una construcción negociada en el seno de las relaciones sociales.

Lyddon (1995) señala que “la esencia del pensamiento construccionista social es la noción de que las construcciones personales del entendimiento están determinadas por el medio social” (p. 97)

Para Gergen (1992) el self es “eminente una construcción conversacional explícita que toma su sentido en la ejecución de un rol. El funcionamiento del sujeto estará determinado por las “pautas culturales” que rigen cada contexto” (p. 213). Para Bravo (2002) “el soporte del self es el lenguaje y la identidad se constituye en su empleo, esto es, en la conversación. De este modo, el sujeto identifica un sentido compartido de sí mismo mediante las formas conversacionales” (p. 9).

“Para Gergen, el self se formaliza en tanto identificación discursiva dentro de un universo lingüístico pre-existente” (1996, p. 3). De este modo, los discursos sociales reproducidos en las conversaciones cotidianas ofrecen el anclaje para construir un posible Yo. Gergen se apoya en algunas tesis de Wittgenstein (1971) para sugerir que los límites del lenguaje constituyen los límites del mundo y del self. Esto es particularmente relevante para el autor en lo que respecta al lenguaje del yo (Gergen, 1992), dado que serán los términos y palabras con que disponemos los que impondrán los límites de nuestra experiencia, de nuestra realidad y, en definitiva, de nuestra identidad. Es más, Gergen es tajante en afirmar que la narrativa genera la experiencia de ser alguien (identidad), llegando a sugerir, además, lo siguiente: "sin las formas del lenguaje no se podría afirmar que se tenga experiencia alguna" (Gergen, 1992, p. 149).

Sobre esto, Bravo (2002) indica lo siguiente:

Gergen indicará que en la autoconcepción no interesará la estructura cognitiva privada y personal del individuo; más bien su relevancia estará dada por ser un discurso acerca del Yo. El yo será entendido para los construccionistas como una narración que se hace inteligible en el seno de las relaciones vigentes, a saber, un relato de relatos en tanto el sustrato del yo esté situado a partir de relatos de familiares, en los relatos de cuentos de hadas en la infancia, los relatos populares, el relato cotidiano de los sucesos de una mañana cualquiera, los relatos con un amigo, etcétera. (p. 3).

Botella, Meritxell y Herrero (1999) sugieren que, desde la postura de Gergen, no existiría identidad personal, realidad, ni experiencia si no existen conceptos previos con los que denominar tales fenómenos.

Para López Silva (2010) la tesis de “la saturación social del self” (Gergen, 1992) claramente es la que mejor caracteriza la comprensión de la identidad personal para Gergen. Para el autor, la identidad personal se genera por las narrativas explícitas sobre el Yo. La diversidad de contextos y relaciones que la posmodernidad ha permitido genera un superávit de información al tratar de definir el self. Poco a poco la identidad es colonizada por significados externos a ésta. Cuando el Yo no soporta el superávit, comienza a saturarse, lo que en definitiva lo fragmenta y éste pasa a ser un “*empty self*”. Para Gergen, la multiplicidad relacional termina escindiendo y aniquilando la identidad. El sujeto es multifrénico, lo que significa: la escisión del individuo en una multiplicidad de investiduras [conversacionales] de su self. (p. 106).

Bravo (2002) comenta sobre este punto lo siguiente: “El socioconstruccionismo descorre al yo como una unidad. Existiría una multiplicidad de *selves* en tanto distintas relaciones, esto es, las personas pueden autonarrarse de muchas maneras dependiendo del contexto relacional” (p. 5).

Para Gergen, el Yo es múltiple, dado que surge de las posibles combinaciones narrativas a las que está expuesto. El yo participa en diversos contextos donde recibe narraciones y rotulaciones diferentes. Si comparamos los contextos, según el autor, los discursos se tornan incoherentes e inconexos y, en consecuencia –postula Gergen- el Yo se observa fragmentadamente. Gergen (1992) es claro en este asunto, e indica lo siguiente: “La saturación social nos proporciona una multiplicidad de lenguajes del yo incoherentes y desvinculados entre sí” (p. 26)”.

En resumen, se podría decir que en la propuesta de Gergen la identidad personal adquiere las siguientes características:

- 1) Construcción social conversacional: la identidad es una construcción conversacional que se articula y toma forma en la identificación de roles específicos dentro de los contextos sociales en los cuales participa. Sobre esto, Crego (2003) señala que: “lo que somos es, ante todo, el producto de una negociación de narrativas: contamos una historia - siendo a la vez sujeto y objeto de la misma- que nuestros interlocutores validarán o no, de forma que se llega a un significado compartido acerca de "quien soy"” (p. 4). El lenguaje es capaz de crear nuevas realidades a partir de la concepción conversacional del sujeto. Por consiguiente, los nuevos términos para referirse a la propia identidad generan nuevas formas de experimentarla.

- 2) Explícita: La identidad personal para Gergen es una construcción conversacional explícita dado que emerge de la actuación de un rol. No existen procesos tácitos de significación personal del rol. Toda posible identificación viene valorada por la ejecución contextual que el sujeto realiza. La identidad es lo concreto, lo que se evidencia en las conversaciones.
- 3) Multiplicidad y cambio: el yo saturado de roles y de posibilidades discursivas externas, con las cuales el sujeto se compara, termina por diluirse en las conversaciones en las que participa. El Yo dispone de diversas alternativas para ser uno u otro “personaje” dentro de la red conversacional. Su identificación es múltiple y cambiante. La identidad del hombre posmoderno para Gergen es multiplicidad y pura alteridad.

En entrevista realizada a Pablo López Silva (2016), para esta tesis, plantea lo siguiente:

- **RC:** Es ahí cuando te acercas más a la postura de Guidano, cuando planteas que no solamente todo se devela en la conversación, que hay algo previo que es la experiencia. Entonces, la única manera de dar cuenta de algo o del *self* mismo no es la conversación, la palabra hablada, sino que hay una experiencia previa. Es entonces esa postura, donde no todo es develado por el lenguaje, o el único lenguaje no es el verbal hablado, sino la misma experiencia. ¿A eso te refieres cuando haces énfasis en la experiencia del *self*?
- **Pablo López Silva:** Eso es otro de los problemas que tiene Gergen, que reduce el término lenguaje a conversación. ¿Qué es el uso del lenguaje? Entonces, en esa reducción hay problemas como los que planteas. Básicamente, cuando uno conversa hay dos niveles de interacción, está el nivel más concreto que es el de las palabras, el uso y expresión de conceptos, etc. Pero, también hay otro nivel, que es el implícito, por

ejemplo, cómo yo puedo leer intenciones desde cómo el otro mueve sus ojos, brazos, etc. Todo eso es comunicación no verbal; y la comunicación no verbal está, a la vez, relacionada con los elementos implícitos de una conversación. Cuando uno conversa, uno se siente de cierta forma en esa conversación, y las palabras, el uso de los términos no siempre captan bien cómo me siento en la conversación. El nivel de contenido y el de la experiencia, así como de la intención del otro, también están unidos, pero también se pueden separar. Dado que estos dos niveles se pueden separar, el análisis de Gergen es muy simplista, porque se olvida de todo lo demás que hay envuelto implícitamente en el uso del lenguaje.

El problema de la empatía en las conversaciones, por ejemplo, cuando uno conversa, uno tiende a ponerse en la posición del otro. Y por empatía no sólo me refiero a tratar de “entender el dolor del otro”, sino que me refiero a ésta en un sentido más básico, el relacionado con la teoría de la mente. La teoría de la mente implica básicamente que, cuando nosotros tenemos interacción con otros humanos, tratamos de asumir o tratamos de entender cómo ese otro humano se siente en la conversación, para tratar de darle sentido a lo que queremos decir.

Por ejemplo, si yo estuviese hablando contigo y te viera bostezar, mirando para otro lado o mirando el reloj, todos esos elementos me dirían que tal vez no me estoy explicando lo suficiente bien, que hay algún problema, etc., por lo tanto, trataría de mejorar. Todo eso no es parte de la conversación en cuanto contenido, es parte del contexto en el que se da la conversación. Todo el conglomerado de cosas que rodean lo que se dice en la conversación es sumamente clave para la psicoterapia. Una de las

cuestiones que el socioconstruccionismo no podría explicar es este conglomerado de elementos implícitos (no verbales) que son parte de lo que uno dice.

Cabe resaltar que, dentro del ejercicio terapéutico, se espera lograr nuevas integraciones de significados en la narrativa del consultante (y del terapeuta) que le permitan nuevas posibilidades de enfrentarse a sí mismo y al mundo, pero guardando eso común, esa esencia que da cuenta de quien habita al sujeto.

En tal sentido ¿es posible afirmar que el yo individual no existe? Al respecto, Mateo Selvini (2016, entrevista realizada para esta tesis) plantea:

- **Mateo Selvini:** Pero, por supuesto, creo que no. Yo creo que existe un Yo individual. En la terapia, comprender, por ejemplo, el tipo de apego del paciente, es comprobar que, naturalmente, existe una complicidad del Yo individual. El comprender este tipo de complejidad, de cómo el sistema va a activar partes diferentes del Yo individual, creo que eso es muy importante. La idea que el Yo individual existe, el Yo individual es siempre múltiple, porque tiene diferentes influencias culturales, relacionales; creo que la idea de que el Yo individual no existe es una idea absurda para la psicoterapia, porque la idea básica de la psicoterapia es que el cambio se da a partir de nosotros mismos, y es imposible cambiar a los otros. Por eso el terapeuta se cambia a sí mismo, para ser un factor de cambio con el paciente y con las familias. El tema autocrítico de sí mismo, sí mismo como terapeuta, sí mismo como paciente, sí mismo como familia, yo creo que es la base de la psicoterapia. Lo que va a favorecer a la psicoterapia es favorecer este tipo de procesos autocríticos; por eso, decir que el Yo individual no existe, es totalmente loco, creo yo.

La idea ya mencionada del devenir y de la falta de unidad del Yo, expresada en múltiples “Yoes”, recuerda la idea de hiperrealidad propuesta por Gergen, donde pareciera ser que el sujeto resulta en la suma del cúmulo de identidades pasajeras que emergen de sus diferentes relaciones e interacciones a lo largo de su vida, y de las interpretaciones y los sentidos que los otros inscriben de este en la red circulante de significados. Esta construcción de lo identitario sólo se materializa desde allí, desde la mirada, sustento y apoyo del otro, según lo afirma Gergen (citado por Agulló, 1997): “Si uno tiene una identidad, sólo se debe a que se lo permiten los rituales sociales en que se participa; es capaz de ser esa persona, porque esa persona es esencial para los juegos generales de la sociedad” (p. 201).

Incluso la esfera de lo intrapsíquico se ve tan invisibilizada que Gergen asegura que las palabras de cada uno carecen de sentido hasta que otros pongan sobre ellas su consentimiento. Lo anterior parece ir en contravía de la idea que se tiene del conocimiento, tanto del terapeuta como del consultante, como válido y pertinente, que aporta a la co-construcción de nuevos sentidos y significados en el espacio terapéutico. Es decir, se encuentra válido solamente aquello resultante del vínculo. Esta es una idea que reafirma la profesora Sheila McNamee (2016, entrevista realizada por Ricardo Celis y Victoria Lugo):

- **Victoria Lugo:** lo que Bakthin dice también es que no tenemos nuestra propia voz, en el sentido de que son las voces de todos los demás, los que nos hablaron en el pasado o en el presente, las que hablan a través de la nuestra...
- **Sheila McNamee:** Sí, todo es prestado; vivimos, nacemos dentro de tradiciones y convenciones para la acción. La forma como ustedes tienen dos horas para almorzar en Colombia es una tradición en la que nacieron y parece natural; mientras que, en otras

partes del mundo, como donde yo vivo, usted no tiene tiempo ni para almorzar. Estas son prácticas que producimos; nosotros portamos estas tradiciones. Estas voces y estas maneras de actuar son prestadas de ciertos contextos y culturas.

Al respecto Maturana (2006) afirma que “los seres humanos somos seres sociales: vivimos nuestro ser cotidiano en continua imbricación con el ser de otros” (p. 71); pero ese sería un solo lado de la moneda. Así que, en la mirada integral que propone el autor, continúa diciendo: “Al mismo tiempo, los seres humanos somos individuos: vivimos nuestro ser cotidiano como un continuo devenir de experiencias individuales intransferibles” (p.71). Todo podría sintetizarse en esta frase: “Yo soy yo, porque tú eres tú, y tú eres tú, porque yo soy yo... Entonces, yo soy yo y tú eres tú” (Ceberio y Watzlawick, 1998).

### **Identidad y narrativa, postura constructivista**

Pablo López (2010) nos recuerda la postura de Guidano (1998b) para quien toda comprensión humana deviene simbólica, y uno de sus aspectos antropológicos más esenciales es el momento explícito o narrativo. La narración siempre es permitida por la sensación que la produce y que le da sustento. Por esto, la identidad es, en primer lugar, un fenómeno tácito, que luego, mediante la simbolización narrativa deviene explícita. La identidad para Guidano consiste en ser, entonces, un *self system* formado por, entre otros sistemas, el sistema emocional, el cognitivo, el motor, el verbal. La función del *self system* es la de percibirse a sí mismo y al entorno como un mundo familiar y estable (Guidano, 1998b). A la base del funcionamiento del mundo hay dos sensibilidades tácitas: la sensibilidad hacia lo canónico o habitual (*sameness* o mismidad) y la sensibilidad hacia lo

diverso (*selfhood* o ipseidad). Es decir, por un lado la persona es sensible a las experiencias familiares (*sameness*) y por otro lado es sensible a las experiencias de carácter excepcional (*selfhood*). Ambas modalidades constituyen los procesos tácitos del Yo que fundamentan la particular forma de sentirse y experimentar el sí mismo -esto es, la identidad personal- y sus posibilidades narrativas.

Para Guidano -a diferencia de la propuesta de Gergen- existen dos tipos de simbolización de la experiencia: a) la forma pre-verbal (tácita) que se expresa -entre otros recursos- por medio de: la sintomatología, los rituales, rumiaciones, juegos, las expresiones artísticas tales como la música, la danza, la plástica, etc.; y b) la forma verbal, que se expresa en palabras y que permite la narración explícita del sí mismo. Guidano (1998b) señala lo siguiente:

La construcción de un sentido del sí mismo, es decir, de una manera de sentirse para con el entorno empieza ya, en los primeros meses de vida y corresponde a reunir, a armar esquemas emotivos de patrones recurrentes de experiencia inmediata. Esto es lo que hace que, en los primeros meses de vida, uno se perciba a sí mismo y al entorno como un mundo estable y familiar. El input sensorial, y esto lo sabemos gracias a los estudios neurofisiológicos y neurobiológicos, de por sí es siempre nuevo, pero la mente nunca se comporta como si fuera nuevo. Nos comportamos como si todo lo que nos rodea fuera normal, estable, conocido, familiar, pero cada percepción es única y nueva.

Para Guidano, la identidad es un proceso sistémico que emerge en la relación entre experimentar y explicar, entre el proceso dialéctico tácito del *self system* de traducir lo excepcional a lo canónico. Por esto, Guidano (1994) afirma que: “la comprensión es

inseparable de la experiencia humana y en consecuencia, existir significa literalmente conocer” (p. 18). La identidad constituye, entonces, un proceso autoorganizado en continua articulación a lo largo de la vida y que adquiere, con el tiempo, un sentido unitario en su desarrollo ortogenético (Balbi, 1994; Ferrer y Skoknic, 1998; Guidano, 1987; 1994, citados por López, 2010, p. 14).

Podemos observar que Guidano (1998) pone énfasis en la comprensión de los procesos tácitos individuales que posibilitan la narrativa de la identidad. Esto no significa en lo absoluto que lo explícito esté de más o que no añada nada nuevo a la comprensión del fenómeno. El *self* tiene, para Guidano, un componente constitutivo radical que es tácito, pero que tiene un complemento que es explícito y que corresponde a las narraciones. Lo individual y privado está representando en las dos sensibilidades anteriormente descritas, las que constituyen el “Yo” que actúa” y el “Mí”, en su parte tácita, que simboliza la experiencia, y en su parte explícita que la narra. La inserción de lo social en el fenómeno de la identidad personal se manifiesta en la apertura que tiene el *selfhood* a nuevos significados para la experiencia privada que intenta integrar. El *selfhood*, por consiguiente, tiene un aspecto privado y uno social. En su aspecto social, el *selfhood* es capaz de integrar significados provenientes de narraciones externas. La identidad, para Guidano, encuentra su comprobación en lo social, dado que el *self system* emplea experiencias simbolizadas por otras personas para dilucidar aspectos confusos de la propia experiencia. Es decir, cada uno se siente a sí mismo; sin embargo, este “yo” se despliega a través de un estilo que tiene directa relación con el modo como cada cual se experimenta a sí mismo en las relaciones interpersonales. Este estilo es, además, un modo de relacionarse con uno mismo y es

modulado según el estilo afectivo temprano que cada cual haya tenido de niño con sus figuras parentales (*patterns* de apego).

### **Self fenoménico**

Bruner (1986) plantea que “la experiencia vital es más rica que el discurso, las estructuras narrativas organizan la experiencia y le dan sentido, pero siempre hay sentimientos y experiencias vividas que el relato dominante no puede abarcar” (p. 143). Guidano (1998) indica que “el hecho de que puedan surgir recuerdos autobiográficos requiere el prerequisite de la existencia de un sentido [pretemporal] del self” (p. 6). Lo mismo opina Ricouer (1986a; 1993) al referir que el fundamento de la narrativa es, precisamente, preverbal.

Según Bruner (1986) los bebés comienzan a participar en las conversaciones con sus cuidadores por medio de la etapa del “balbuceo”. El surgimiento de las primeras palabras coincide en la mayoría de los casos con el inicio de la marcha, lo que asegura un nivel de coordinación psicomotor básico que posibilita la interacción verbal (Gleitman y Newport, 1995).

Las experiencias en el bebé, en etapa de gestación, posibilitan la interacción con su madre sin articulación alguna de palabras. Guidano (1994) señala que hay suficientes datos que indican que existe un “aprendizaje intrauterino” como resultado de la participación activa en la regulación de los ritmos fisiológicos entre madre e hijo. (Para revisar los estudios clásicos recurrir a Iannirubeto y Tajani, 1981; Milani Comparetti, 1981; para una comprensión actualizada, revisar Feldman, 2005). Jubés et al. (2000) indican que mi experiencia de ser yo, es idéntica a sí misma y distinta de la de los demás.

Gergen no considera que lo tácito participa en la elección de las narraciones del Yo. Cuando se conversa o se narra algo, uno elige -con más o menos cuidado- las palabras que utiliza. Si las narraciones se escogieran simplemente desde la base de narraciones anteriores, -como parece sugerir Gergen- el problema remitiría al infinito (reducción al infinito). Es decir, no hay, ni son necesarias, previas evaluaciones explícitas de las palabras que vamos a emplear. Esto solo ocurre en contextos muy limitados, por ejemplo, en discursos públicos, discursos formales, etc., pero no en la vida habitual. Guidano postula que el empleo de las palabras obedece a la función de expresar emociones de base (la sensación del sí mismo), las cuales, a su vez, son interpretaciones tácitas de uno mismo y de la realidad. Según Gendlin (1993) y Alemany (2007) la narrativa personal es una actividad situada y se ve determinada por elementos implícitos, tales como, el estado de ánimo, la experiencia, el interés, la práctica, el cuerpo, los acontecimientos, las situaciones y el lugar que se ocupa en el mundo. Las sensaciones del Yo condicionan la elección de los símbolos que buscan definir la propia identidad.

Gergen no explica la apropiación de las narraciones foráneas. El autor supone que la experiencia de ser alguien surge en las conversaciones. Sin embargo, esto no explica el modo concreto como cada sujeto se apropia de tales narraciones. Se desconoce si uno las elige, las acepta, se siente obligado a tomarlas para sí, es inducido, las introyecta mecánicamente, etc. Lo mismo cabe decir sobre toda preferencia narrativa o explicativa acerca del Yo. Gergen no indica el proceso mediante el cual se produce la apropiación significativa de la narración de mi Yo. El autor sólo indica que las narrativas son foráneas, pero no especifica cómo ellas pasan a ser “mías”. Al omitir los procesos tácitos que

fundamentan una conversación, Gergen no explica el proceso mediante el cual los sujetos eligen ciertos símbolos y argumentos por sobre otros para referirse a sí mismos.

Guidano ha argumentado de muchas formas que la identidad es, en primer lugar, tácita; pero también aporta, esta vez, un argumento que proviene de la dimensión de lo explícito. Lo explícito tiene más de un nivel: lo temático, es decir, el modo como habitualmente narro las cosas –que es el nivel de las tesis de Gergen-, y lo autorreflexivo.

Claramente son dos miradas diferentes sobre la identidad, el sujeto y el lenguaje. Aunque las dos son posmodernas, existe un abismo entre una y otra. En tal sentido, como es expresado en la presentación de esta tesis, es necesario hilar fino y trazar las distinciones necesarias; de lo contrario estaríamos diciendo, como algunos autores lo plantean, que el constructivismo y el construccionismo son lo mismo, y uno continuidad del otro.

### **Segundo problema de conocimiento: el cambio como categoría que amplifica las diferencias entre constructivismo y construccionismo social**

Es importante reconocer que las diferencias teóricas alrededor de la construcción del concepto del Yo, desde miradas constructivistas y construccionistas, implican diferencias significativas en la praxis. Esta idea toma fuerza con los planteamientos de Guillem Feixas (1994) que al respecto plantea que en la psicoterapia, tanto en la manera de estar como de hacerla, influye la visión que uno tiene del ser humano.

A partir de lo anterior, en este apartado se profundizará en dos aspectos en relación con los procesos psicoterapéuticos y la implicación práctica que tiene leerlos desde el paradigma constructivista y los planteamientos construccionistas. Por un lado, el concepto

de cambio, es decir, cómo concibe cada una de las posturas el proceso de transformación del sujeto implicado en un espacio terapéutico; y, por el otro, la relación terapéutica, entendiendo en ella la posición que se otorga a la figura del terapeuta y a la del consultante, dentro del sistema de relación de la psicoterapia.

Sería insostenible pensar que, en el contexto psicoterapéutico, el proceso de autorreferencia, concepto clave del operar de la teoría de sistemas cerrados, sería plausible si se lo piensa desde la idea del Yo que tiene el construccionismo social. Se retoma el concepto de Yo, al estar implicado directamente en el ejercicio de autorreferencia, realizando, además conjuntamente, la lectura desde el constructivismo que lo considera, “como un proceso antes que como una entidad; una entidad que se auto-organiza y auto-actualiza continuamente, un organismo autopoietico [...]” (Jubés, Laso, y Ponce, 2000, pp. 2-3). Esta condición del Yo como proceso lo convierte no en una estructura, sino en un estructurando.

Una de las características de la época es hacer mezclas entre teorías, con base en el supuesto relativista que todo tiene que ver con todo y que, de alguna manera, todo es posible y válido en la construcción del conocimiento. En tal sentido cuando, especialmente en Latinoamérica se habla de un modelo sistémico construccionista, a pesar de que se hace con la buena intención de articular, se cae fácilmente en errores teóricos y epistemológicos, -y en este punto es importante resaltarlo-, parten de ideas de cambio muy diferentes ya que la comprensión de ser humano, la comprensión y construcción de la realidad, el rol del terapeuta y del consultante, y el lugar del lenguaje, apuntan a comprensiones muy diferentes.

De esta manera, una posible articulación le implicaría a lo sistémico constructivista hacer unas renunciaciones impensables alrededor de estas categorías, incoherentes con su propio desarrollo; igualmente al construccionismo le implicaría renunciar a postulados que le otorgan identidad a su modelo. Rápida y superficialmente, algún observador desprevenido y posiblemente mal informado se podría animar con la conversación entre constructivismo y construccionismo y podría proponer posturas más conciliadoras en donde se diera un complemento natural. Sin embargo, lo que hasta el momento se ha escrito en este texto muestra que a nivel metateórico los dos comparten la idea de una realidad que no pre-existe, pero inmediatamente se difiere en quién es el sujeto, la comprensión de identidad y el lugar del lenguaje en su configuración.

Esto hace que a nivel teórico igualmente se den profundas diferencias, ya que de entrada estamos hablando desde el constructivismo de un sujeto que se reconoce autónomo e interdependiente a la vez con su entorno; y desde el construccionismo, de un sujeto individual que no existe, cuya identidad es la suma de redes conversacionales en donde el sujeto está determinado y es sólo quien es, si su cultura le permite ejercer ese rol y además su identidad multifrenética dependiente del contexto en donde habite. Esto hace que los lenguajes individuales no existan para el construccionismo, sino lenguajes sociales que determinan al sujeto. En tal virtud, constructivismo y construccionismo no comparten teóricamente ningún principio.

El construccionismo no reconoce la idea de sistema, autorreferencia, relación sistema entorno, al sujeto autónomo, autodeterminado con una historicidad, con unas emociones, cogniciones y una biología que configuran su estructura la cual está en constante cambio y movimiento, en una continua relación con el entorno. El

constructivismo tampoco reconoce del construccionismo su idea de identidad, el lugar del lenguaje narrativo en la construcción de la realidad y el determinismo de lo social en lo individual. Esto hace que en la teoría clínica, es decir, para uno y para otro en la explicación acerca del síntoma, del cambio, la relación terapéutica, existan igualmente profundas diferencias. En primer lugar, el construccionismo social no plantea ninguna teoría clínica, ya que toda teoría clínica requeriría una comprensión de lo individual o al menos un reconocimiento de que el individuo existe, el cual tiene capacidad de autodistanciamiento, de autoconciencia y capacidad autónoma de cambio.

Para el construccionismo el sujeto estaría determinado por la cultura y el rol que esta le permitiría, es decir el construccionismo social se desde un sociologismo en donde el sujeto está atrapado en una red de conversaciones causantes del síntoma. Las preguntas que acá tendríamos que formularnos son: ¿el cambio para el socioconstruccionismo se da en el sujeto o en la cultura? ¿cómo se da cuenta un terapeuta construccionista que se da el cambio si no hay sujeto individual? ¿si la narración dominante de la cultura no cambia, el sujeto está determinado a permanecer estático? ¿esto es posible? ¿quién cambia, la cultura o el sujeto? Por otro lado se diría que el síntoma es un invento cultural consecuencia de un discurso del déficit, ¿quién toma distancia de ese discurso, la cultura? y ¿quién conforma la cultura, los sujetos; pero si los sujetos no existen para el construccionismo?

A nivel metateórico existen claras diferencias, aunque se parta de la idea de la construcción social de la realidad y del conocimiento. En la teoría formal no se comparten principios, y en la teoría clínica sus postulados son claramente diferentes en relación con el cambio, el síntoma y la relación terapéutica. Quedaría una última opción de complementariedad o posible integración y es a nivel de las técnicas y de las estrategias

que, aunque no se comparta lo anteriormente mencionado, el cambio opera autorreferencialmente y en clausura operacional, independiente de la teoría. La autorreferencia es un principio de la psicología, del operar del cambio, que es común para los seres humanos; no le pertenece a un sistema psicológico, y en ese sentido la técnica construccionista y la técnica constructivista claramente pueden ser complementarias y de gran utilidad para los procesos de transformación. Pero, que a nivel de técnica y estrategia sean complementarias no quiere decir que sean dos posturas iguales, que estemos hablando de lo mismo y mucho menos que compartan principios teóricos, clínicos y metateóricos que nos hagan decir que exista un modelo sistémico constructivista–construccionista unificado; este sería un craso error de distinciones superficiales.

Ya se ha afirmado que el Yo, desde el constructivismo, se sitúa en un lugar donde cobran importancia las instancias intrapsíquicas en interdependencia con su contexto. Esto implica la aceptación de procesos de construcción de realidad y significados, a partir de las estructuras mentales previas y de la cognición del sujeto en relación con un contexto. Dicho de otra forma:

El mundo, en esta epistemología, se concibe en su dimensión humana, en cuanto en él se entrecruzan estímulos naturales y sociales que las personas procesan activamente desde sus operaciones mentales para comprenderlo y adaptarse a él, organizando su universo experiencial y vivencial (Agudelo y Estrada, 2012, p. 358).

Al considerar al Yo como un organismo autopoietico, el mecanismo de operar de los seres vivos, se lo define capaz de autoproducirse, auto-actualizarse y de ser autónomo, determinado sólo por su estructura.

Por su parte, el construccionismo social concibe al Yo desde sus planteamientos, privilegiando una mirada relacional, un Yo social, que se construye únicamente desde la negociación interpersonal, en el discurso de una cultura específica, desde allí “la identidad se configura en torno a las relaciones. El sujeto es social, disuelto en estructuras lingüísticas” (Agudelo y Estrada, 2012, p. 375).

Lo anterior ya da idea de cómo se concibe la categoría del Yo desde los planteamientos del constructivismo y del construccionismo social, para la comprensión del operar del principio de la autorreferencia, en la denominación psicoterapéutica sistémico-construccionista.

Autorreferencia es, entonces, un observar hacia sí mismo a partir de un otro, **metaobservación**, para ver lo que antes no había visto o lo que ya conocía, pero desde un lugar diferente, sea el sistema consultante o el terapeuta, generando novedosas distinciones, para la emergencia de algo nuevo a través del proceso de la reflexividad; de esta manera, se opera el cambio en autorreferencia, reflexividad, autopoiesis en una relación de coevolución entre sistema-entorno.

Francisco Varela (2000) señala que la reflexividad y la circularidad son sinónimos de la autorreferencia, la cual comprende tres figuras que circulan y están entrelazadas, aunque, a su vez, mantienen distinciones: la reflexividad, la reflexividad como figura operacional y la cibernética de segundo orden.

Por lo tanto, no se podría hablar de autorreferencia desconociendo la categoría y el sentido del Yo, entendido bajo un proceso que, necesariamente, mira hacia sí mismo, que para operar en autorreferencia es capaz de observarse a partir de otro y que, a la vez, el sujeto que observa opera; de tal manera, que es un observador de sus observaciones, esto

es, cibernética de la cibernética; no se observa desde la categoría de lo objetivo porque ésta niega la participación del observador en ese mismo observar. En palabras de Bradford Keeney (1994): dado que la cibernética de la cibernética, o lo que Von Foerster llama cibernética de segundo orden, sitúa al observador en el seno de lo observado, toda descripción es autorreferencial (Foerster, 1994), razón por la cual, el Yo mira desde el otro relacional, pero, más bien, son las construcciones que emergen de éste las que se ejecutan para decir que somos constituidos desde el otro. Mi modelo –que es un estructurando autopoietico- me construye y construye al otro, quien, a su vez, me construye.

Entonces, la autorreferencia es un proceso donde, si bien el Yo se autoactualiza (constructivismo), es autopoietico, para la autorreferencia como condición necesaria de su operar; se da con un otro que presta un lugar diferente creativo, desde donde se miran el terapeuta y el consultante.

Supone entonces que, desde dicha lectura, el Yo no se fragmenta en individual y social; se vive la autorreferencia por un sujeto activo en sus procesos de conocimiento, cocreador de su realidad, con experiencias en dominios espirituales, emocionales, cognitivos, relacionales que, desde luego, se construyen, tanto individualmente como producto de la actividad consciente, voluntaria y cognitiva, como también resultado de la red de relaciones en la que todo ser humano está inmerso inevitablemente.

Por lo tanto, se considera que, si un psicoterapeuta se autodenomina sistémico-construccionista social, teóricamente hay tensión y contradicción, debido a que ser sistémico necesariamente implica reconocerse autorreferencialmente; a su vez, involucra a un Yo que se auto-actualiza y se auto-organiza, donde el Yo no es ni individual ni social. Se requiere de un otro en una relación pensada de coconstrucción, coevolución y,

simultáneamente, de un ser (individual) que se piensa, resignifica e involucra creativa, novedosa y reflexivamente al observar observándose, y que se incluye en lo que observa. Al respecto, Maturana (1998, citado por Garzón, 2008) dice: “Un Ser humano no es un individuo, sino en el contexto de los sistemas sociales en los cuales se integra, y sin seres humanos individuales no habría fenómenos sociales humanos” (p. 163).

Entonces, si se dice ser sistémico-construccionista, por un lado, es como si se legitimara el ser autorreferencial (sistémico), y al decir ser construccionista es como si a la vez lo que legitimó al ser sistémico lo deslegitimara al pensarse construccionista social, porque esta mirada desconoce al Yo individual que piensa, que sufre procesos cognitivos, mentales, internos, como lo plantea el constructivismo y que, indudablemente, participa en el ejercicio de observar la observación y observarse en ella, desde el contexto de la psicoterapia.

Surgen las siguientes preguntas: al no ser así, ¿quién, entonces, observa la observación y se incluye en lo observado en el contexto psicoterapéutico: la cultura, los discursos, el lenguaje? ¿en dónde se dan esos procesos de observación de segundo orden, sino en las estructuras mentales -claro que a partir de un otro-, en un contexto? ¿cómo opera, entonces, la autorreferencia en el contexto terapéutico, siendo construccionista social, si al individuo (terapeuta y consultante) no se le valida desde esa individualidad? Entonces, ¿cómo se puede realizar la observación a sí mismo a partir de otro (autorreferencia), si no hay un individuo que realice la observación y que se observe?

Resulta contradictorio teóricamente pensarse sistémico-construccionista. Por lo tanto, desde esta postura constructivista entendemos al consultante como quien llega al espacio psicoterapéutico con una versión de sí mismo, que ha constituido hasta ese

momento su mejor alternativa, pues da coherencia a las construcciones personales que hace de su historia, pero que, a su vez, son fuente importante de sufrimiento.

Puede entenderse, entonces, que desde el paradigma constructivista la responsabilidad del cambio se posa sobre la propia persona, pues esta posee, según Feixas (1994), una sabiduría implícita que le permite hacer una negociación de significados, es decir, transformar el significado que ella misma está dando a su experiencia. Este constituye, a su vez, el principal objetivo de la psicoterapia constructivista.

Por otro lado, el desplazamiento que el modelo construccionista hace de un aspecto humano tan importante como la esfera intrapsíquica, genera que ese objetivo de empoderar y responsabilizar de su historia al sujeto dentro de un proceso psicoterapéutico, se vea obstaculizado, pues “el cuestionamiento del Yo le prohíbe atribuir responsabilidad a la agencia del paciente: la desviará a su grupo inmediato, su sociedad o su cultura” (Jubes, Laso & Ponce, 2000, p. 9). Esta idea permite observar la postura determinista que el construccionismo social adopta en cuanto a los sucesos culturales y sociales que preceden a una persona, y que inciden en la manera como esta postura concibe el proceso de cambio.

Desde el construccionismo social, ese no preguntarse deja en evidencia cómo el Yo no está concebido como unidad autopoietica y, por tanto, el sujeto no es visto como autorreferente. La ausencia de límites, o sea, el no constituirse como unidad autopoietica, hace precisamente que se caiga en el determinismo cultural, puesto que no existe algo que filtre la información que llega al sujeto de manera indiscriminada de diversas y múltiples fuentes sensoriales; ese mecanismo que le permita hacer una selección de aquello que es relevante para su proceso de construcción. Así mismo, la irrelevancia de los procesos internos, como la cognición y la emoción, abre la posibilidad de pensar en cómo esa

información que llega de manera indiscriminada no sufre ningún tipo de transformación, una vez inserta en la persona. Esta información circulará a través de redes de significados sin la carga personal que, por ejemplo, una postura constructivista propondría.

Esta idea de determinismo cultural puede contrastarse con los estudios de Humberto Maturana acerca de la herencia y el medio ambiente. Allí se hace la pregunta, tanto por aquello heredado como por aquello producto del aprendizaje.

El primer punto importante es entender a los sistemas vivos como sistemas determinados estructuralmente: las interacciones entre los seres vivos y el medio que los rodea tienen como función gatillar cambios estructurales: sí, provocar cambios en la estructura del sistema, pero nunca determinar dichos cambios. Maturana es enfático al referir que “lo único que puede ocurrir en las interacciones entre un ser vivo y el medio, es que este gatille en él cambios estructurales” (1996, p. 57). Esta comprensión constituye el primer punto de divergencia en el entendimiento del ser humano como simple receptor de información, que se determina por ella y que asume una posición pasiva en los procesos de construcción de realidad.

También, alrededor del concepto de determinismo, Maturana propone que todos los seres vivos cuentan con una estructura inicial que lo único que determina son las características iniciales del sistema, pero que se modifica, una y otra vez, luego de que empieza a escribir una historia de interacciones, que hacen que el sistema se encuentre en permanente cambio estructural. Es decir, ninguna condición externa determina al sujeto y que este, como ser libre y autopoietico, decide qué movimientos hacer frente a estímulos presentados por el medio, con el fin de generar -o no- cambios en su estructura. Cabe

resaltar que las variaciones que se dan en la estructura tienden a preservar la existencia y organización particular del sujeto. Maturana y Varela (2003) aclaran que:

Todo cambio estructural ocurre en un ser vivo necesariamente acotado por la conservación de su autopoiesis, y serán perturbaciones aquellas interacciones que gatillen en él cambios estructurales compatibles con dicha conservación, e interacciones destructivas las que no. El continuo cambio estructural de los seres vivos con conservación de su autopoiesis está ocurriendo a cada instante, continuamente, de muchas maneras simultáneamente. Es el palpitar de toda la vida (p. 67).

En el constructivismo se entiende un Yo que posee la responsabilidad de auto-organizarse y auto-actualizarse a través de la autorreferencia, pues en el conversar con el otro y al ser una unidad autopoietica, permite el ingreso de nueva información que da cuenta de novedades que, interiorizadas y transformadas, le conceden generar cambios que lo llevan a buscar nuevamente el equilibrio.

Podría decirse, entonces, que la postura construccionista entiende que el cambio opera sólo en la relación, es decir, se produce transformación cuando logra darse un cambio en los espacios discursivos en que está inmerso el sujeto. Pero, esto implica necesariamente que tiene que existir movimiento de todas las partes que conforman el sistema relacional. Si el cambio se da a nivel individual no genera impacto, pues recordemos que desde esta postura el sujeto es impensable como individuo, y el cambio estaría determinado por el cambio que hicieran los discursos sociales, y si la cultura acepta o no ese nuevo rol, es decir, un sujeto que es incierto para el construccionismo social está determinado por los discursos sociales, en donde de ninguna manera es autónomo para decidir sus caminos, ¿en

dónde queda la libertad del ser humano, la libertad de sentido? O ¿ésta también es impuesta por la cultura? ¿desde el construccionismo se puede hablar de sentido de vida individual? ¿mi motor existencial es impuesto por la cultura?.

Respecto a esto y en el marco de esta tesis entrevisté a Pablo López Silva (2016), quien plantea lo siguiente:

- **PL:** Ese tipo de cambio requiere un sujeto que tome posición, en cualquier ámbito: que tome posición respecto a un conflicto social, respecto de un problema, de su vida mental, etc.; da lo mismo, ese cambio que requiere la toma de posición, que requiere ser explicado por algún mecanismo cognitivo o afectivo o ambos, pero esto es de naturaleza ‘interna’ o ‘subjetiva’.
- **RC:** Me decías que el reconocimiento del cambio implica la comprensión de algo interno; imagino que, además, implica el reconocimiento de que existe un individuo.
- **PL:** ¡Claro! Yo creo que ahí existe una crítica bastante interesante, porque todo cambio parece requerir algún grado de autoconciencia, caracterizada de forma más mínima como la conciencia de un problema, por ejemplo. Esto es un asunto crítico, el tipo de conciencia más básico requiere una experiencia de sí-mismo. Y eso, la experiencia de sí-mismo, el construccionismo no la puede explicar, básicamente porque no hay experiencia de sí-mismo, básicamente somos un grupo de conversaciones entrelazadas. En este sentido Gendlin tiene una propuesta bien interesante. Es un psicólogo británico que trabajó mucho tiempo en la Universidad de Chicago explicando, desde el punto experiencial, el cambio en psicoterapia. Lo que él propone es que un cambio en psicoterapia tiene que estar precedido por un cambio experiencial. Hay algo que sucede en el sujeto, una sensación nueva, y esa nueva sensación implica un proceso de

evaluación de varias cosas de orden cognitivo, afectivo, social, etc., y todos esos pasos que preceden el momento de darse cuenta de que hay un problema, por ejemplo; eso requiere procesamiento interno, requeriría una mente distinta de lo que está pasando.

Creo que ahí se puede identificar una de las principales debilidades de los postulados construccionistas; creo que la tesis respecto del Yo del socioconstruccionismo en su radicalidad es nefasta.

Diferente sucede desde el paradigma constructivista, donde se reconoce que la construcción que la persona hace de sí misma se da en un contexto histórico, evolutivo, social y afectivo que lo valida constantemente, pero que también asume la individualidad del sujeto desde sus procesos internos y el protagonismo de estos en las construcciones que este hace de la realidad. Así, el cambio desde este paradigma es leído en clave de autorreferencia, pues admite que el consultante requiere de otro que le preste un nuevo lugar de observación de sí mismo, que le permita auto-actualizarse y resignificar su discurso acerca de su propia historia y los agentes que actúan en ella.

En esta entrevista a Pablo López profundizamos en la siguiente idea:

- **RC:** Allí la idea de la co-evolución es una idea muy útil, es decir, el sistema y el entorno co-evolucionan y creo que esa es una buena categoría, porque el construccionismo en su postura más radical es casi una negación del individuo y, además, cuando lo ubica, lo trae determinado y es allí cuando tú en alguna parte haces la mención acerca de dónde queda la autodeterminación; ¿dónde está el sujeto que puede tomar distancia de sí mismo y de su contexto y que quiere hacerse responsable de sus decisiones?.

– **PL:** Yo creo que una distinción que puede ser muy útil, es que el socioconstruccionismo niega un cierto tipo de sujeto, de *self*. En los primeros capítulos de *El Yo saturado*, Gergen lo que hace es básicamente presentar un esquema de cómo la filosofía y la psicología han entendido el concepto del *self*. Entonces, lo que dice es que el *self*, el sí-mismo, ha sido entendido como una entidad duradera a través del tiempo, que se mantiene estable, que se podría tal vez complejizar; pero Gergen niega esa idea. Esta es una idea que la defienden filósofos como Husserl. No tenemos ningún problema si negamos la existencia de algo así como un *self* cartesiano. Pero este *self* es un testigo pasivo de la vida experiencial, que se queda sentado en una silla viendo una película. No creo que haya problema en negar eso, pero lo que no podemos negar es que cada uno de nosotros tiene la experiencia de ser un sujeto y eso es otra categoría, que se llama *self* fenoménico.

Entonces, el *self* fenoménico viene a ser un desafío conceptual para el socioconstruccionismo; si bien no tenemos nada en la cabeza, no tenemos una especie de parte en el cerebro que contempla al *self* y que se mantenga duradera en el tiempo; esto no implica que no tengamos la experiencia de ser sujetos. Nosotros sí tenemos la experiencia de ser sujeto y eso es un dato, eso se puede tomar como un dato fenomenológico; un dato que no se puede negar. Entonces, ahí hay dos niveles de discusión: uno, el nivel del *self* percedero, que es como el alma, como el fantasma dentro de la máquina, como le dice Ryle; y, por otro lado está el debate sobre la experiencia de ser un *self*, que es distinto.

Uno de los problemas que tiene Gergen es que confunde estas dos discusiones. Tratando de hablar sobre la discusión de un *self* metafísico, del *self* cartesiano y del *self*

imperecedero, trata de argumentar en contra del *self* fenoménico, y uno no está necesariamente relacionado con el otro. ¿Se entiende ese punto?

Entonces, por ejemplo, en psicoterapia no estamos lidiando con el *self* metafísico o cartesiano, sino que estamos lidiando con la experiencia del *self*, con cómo los pacientes se sienten. Uno puede negar que el *self* sea una cosa aparte de la experiencia, muchos autores lo niegan, pero no se puede negar que existe un fenómeno del *self*, sea cual sea su origen.

El constructivismo reconoce la interdependencia que existe entre el sujeto y el contexto, pues entiende que el sujeto habita lo social y lo construye día a día. Al respecto Maturana (1998) plantea que sólo cuando el individuo cambia puede aparecer el cambio social.

La autorreferencia lleva al psicoterapeuta, de manera reiterada, una y otra vez, a preguntarse: ¿desde qué lugar estoy leyendo al otro? Y si desde ese lugar desde donde lo estoy mirando, ¿es el lugar que el otro necesita para que emerja el cambio?

De esta manera, el constructivismo plantea el cambio, dado en autorreferencia, donde no cobra únicamente sentido el ser individual con sus procesos internos y cognitivos, sino reconocido en ámbitos más amplios que la propia individualidad, esto es, la pertenencia de ese individuo a contextos particulares, culturales, sociales, que co-evolucionan y se retroalimentan a partir de otro en una relación sistema-entorno.

### **Tercer problema de conocimiento: la relación terapéutica**

Las diferentes concepciones del Yo y del cambio, desde ambas posturas, inciden también en la manera como se concibe el rol del terapeuta en el espacio de la psicoterapia, pues una postura constructivista, que da valor e importancia a las construcciones

individuales, acepta que el terapeuta posee un conocimiento válido, que le permite actuar de manera intencional en la conversación con el otro, con el fin de gatillar en el consultante nuevas reflexiones que le permitan nuevas explicaciones de sí.

Aquí se reconoce con tranquilidad la terapia como un espacio de dos expertos que conversan. Al respecto, Héctor Fiorini (2001) asegura “el paciente es una mezcla de ignorancia y saber, y el terapeuta también” (p. 3). Es decir, el consultante siempre sabe algo que el terapeuta ignora, y viceversa. Por un lado, quien asiste a terapia se considera un experto en su propia historia de vida, lo cual constituye un insumo indispensable para la conversación, pero es el terapeuta quien posee un conocimiento teórico y práctico, para, a través de la conversación y por autorreferencia, hacer que el consultante reconozca y entienda, de diferente manera, su dilema de vida, y asuma la responsabilidad que tiene en la emergencia y mantenimiento de este. A partir de allí, se espera que el consultante pueda construir nuevas narrativas que le permitan re-relatar su vida con nuevos significados, que impliquen para él coherencia y alivien el malestar.

Por otro lado, las posturas construccionistas despojan al terapeuta de todo conocimiento científico que guíe un proceso terapéutico y reducen su papel a una postura colaborativa, en la cual su función se dirige a ayudar al consultante a encontrar nuevos lenguajes, a prestarle una nueva voz para conversar, que le permita entrar en un juego distinto del que ha estado inmerso. Esta posición es entendida como una postura humilde: el experto deja de ser experto y pierde toda su autoridad en el espacio terapéutico.

R. Ceberio y Watzlawick (2008) tienen una postura que resulta interesante. Aseguran que las relaciones terapéuticas siempre, absolutamente siempre, son asimétricas, pues se constituyen como relaciones de poder, debido que es el paciente quien llega al

escenario terapéutico en busca de la ayuda del profesional, y eso ya tiene consideraciones en la posición que uno y otro ocupan en el proceso psicoterapéutico. Pero esto no quiere decir que sea una relación de sumisión; por el contrario, cuando el terapeuta logra tomar ventaja de la posición en que lo ubica el otro en el escenario de la consulta, de una manera humilde y desde una mirada compasiva, puede favorecer que su palabra y su discurso resulten lo suficientemente novedosos, pero no amenazantes para el consultante y que, de esta manera, pueda gatillar cambios estructurales que permitan al paciente la resolución de sus dilemas.

Guillem Feixas refuerza la idea de Marcelo R. Ceberio cuando afirma que la relación terapéutica siempre es asimétrica por dos razones: la primera es que, aunque en ocasiones presta al consultante su propia experiencia para que este pueda observarse desde allí, no es frecuente que en terapia se hablen los asuntos del terapeuta. Y la segunda, que el consultante paga al terapeuta por un servicio, lo que ya le da una connotación diferente a la relación que se construye dentro del espacio de la psicoterapia (1994).

En entrevista realizada para esta tesis al profesor Guillem Feixas (2016), se hizo la siguiente pregunta: Hay una expresión que usted alcanza a tocar en algún momento, creo que polémica e interesante para discutir, y es: “el experto es el cliente”; es una expresión de algunos construccionistas. ¿Cuál es el alcance de esta expresión, que no es nada ingenua y que, para mi gusto, deja mal parado al terapeuta? Sí el experto es el cliente, ¿quién es el terapeuta?

El profesor respondió: esta es una muy buena pregunta, y es un tema que a mí me ha preocupado por muchos años, porque de lo que estamos tratando es del modelo médico, ¿de acuerdo?, en que el experto es el profesional. De esto hace muchos años; no quizás un

siglo, pero sí 80 años que hay conciencia de esta temática. Por ejemplo, Rogers empezó con una terapia no directiva, luego centrada en el cliente y al final decía “de persona a persona”.

Bien, el problema que tiene un planteamiento de este tipo en el que tú te redefines como “no experto”, es que, en realidad, eres un profesional pagado en la consulta privada, o te pagan honorarios en un servicio público, o una fundación, una ONG o lo que sea, pero tú tienes un rol distinto. Lo que estás generando, si hago un análisis comunicacional sistémico, es un mensaje paradójico, porque en la consulta no se va a solucionar el problema de mi vida; si he tenido una discusión con mi esposa no voy a solucionar con el usuario eso, voy a solucionar el problema que presenta el usuario, y yo tengo años de formación para ayudarlo. Esto es un mensaje paradójico, que puede generar confusión si se transmite así al usuario, cliente o paciente, por parte del profesional.

En el año 1995, en un libro publicado por la American Psychological Association (APA) compilado por Robert Neimeyer y Mahoney, yo tengo un capítulo que se llama *Constructos personales en la práctica sistémica*, y en ese capítulo, explico que lo que nos aporta la teoría de constructos, en este punto, es la noción de la relación de experto a experto. El cliente es un experto en su propia vida, pero yo soy también un experto en el funcionamiento humano y en el contexto terapéutico. Por ejemplo, en el ámbito psicoterapéutico, que es mi ámbito de trabajo, yo soy el experto de ese contexto. Si estoy trabajando con una persona y esta persona cree que es buena idea tener relaciones sexuales conmigo, o que le ayude a suicidarse o... no sé... cualquier cosa de estas, ninguno de estos terapeutas que dice que el experto es el cliente lo va a permitir, porque nosotros somos responsables de que esto siga siendo un espacio terapéutico, y esa responsabilidad va acompañada de una “experticia ” en lo que es correcto o no, y sé que no es correcto que el

terapeuta y los clientes tengan relaciones sexuales o que insten al suicidio. No sólo no es ético, sino que nos les irá bien, porque esto implica una serie de procesos psicológicos muy confusos. Esta es mi responsabilidad, no la puedo abandonar.

También es mi responsabilidad saber cuándo estoy haciendo terapia y cuándo estoy haciendo otro tipo de prácticas, o cuándo este proceso tiene posibilidades, por el tipo de demandas, de seguir adelante o no. Esto sería un tema extenso. Pero el psicoterapeuta sigue siendo un experto en procesos humanos y en el contexto profesional en el que trabaja. El cliente, sin embargo, es el principal experto en su propia vida, en sus propios objetivos, en sus propios significados. Igual que sucede entre un físico y un químico, que trabajan como dos expertos que colaboran, tienen que respetarse profundamente el saber del otro.

El problema de cómo se forma un terapeuta construccionista social, bueno, al menos yo conozco a Gergen y a otros construccionistas, pero ninguno de ellos era psicoterapeuta. Yo creo que el gran problema de una praxis psicoterapéutica de tipo construccionista y también de la sistémica, es que, en algún momento, para hacer una buena psicoterapia, hay que llegar a comprender también los procesos intrapsíquicos, y esta es una palabra muy importante. Para realizarlo, hay que hacerlo con una lógica, con un modelo de los procesos intrapsíquicos que sea compatible epistemológicamente con la lógica que tú estás siguiendo, y yo creo que el construccionismo social pretende excluir esto, y eso hará que su enfoque psicoterapéutico sea poco potente, porque es muy difícil trabajar bien con la gente, si no puedes hacer una buena formulación, en el término técnico, de lo que se conoce como formulación de caso o formulación de hipótesis, que también incluya los procesos intrapsíquicos. Son más importantes los sistémicos, lo reconozco, pero también hay que

tener en cuenta los procesos intrapsíquicos. Si te llega una persona sola a consultar y no puedes trabajar con nadie de su red, entonces, eso adquiere aún más importancia.

Otro autor entrevistado, Marcelo Rodríguez Ceberio, plantea al respecto: Para mí, la relación terapéutica, esas versiones horizontalistas son errores epistemológicos / pragmáticos. La relación terapéutica siempre es una relación asimétrica, absolutamente siempre, porque el paciente que viene a pedir ayuda a un profesional, a un experto, es una persona; entonces la relación siempre queda parapetada asimétricamente. Es más, hay que saber utilizar de manera no soberbia, por así decirlo, esa ventaja de la asimetría, porque es lo que permite acentuar el poder de la intervención.

El investimento semántico se apodera de esa estructura, para que el paciente pueda aceptarla y calzarla con mayor facilidad. Entonces, hay una cuestión de asimetría, de directividad propia del mismo lenguaje, que deviene de lo cognitivo y que complementa lo sistémico; pero no solo hasta ese punto, no solamente el complemento de lo cognitivo y lo sistémico, sino también lo psicoimmunoneuroendocrinológico. Es decir, hay que tener en cuenta el nivel endocrino de la secreción de hormonas, también el fenómeno del estrés y cómo destruye el sistema inmunitario y la unión con el sistema nervioso, o sea, los tres sistemas: nervioso, endocrino e inmunológico; son factores importantísimos que deben complementar una hipótesis.

Hoy debemos romper definitivamente con la dicotomía cartesiana, porque nosotros decimos que la criticamos, pero en la espontaneidad de la observación del objeto terminamos viendo la mente por un lado y el cuerpo por el otro. Hoy, más que

nunca, debemos construir hipótesis acerca del síntoma de nuestros pacientes, bajo ópticas emocionales profundas, bajo ópticas cognitivas de construcción de significado, bajo ejes de contextos sistémicos y elementos biológicos, neurobiológicos, endocrinos, neuroendocrinos, inmunitarios, que formen la hipótesis. Nunca va a ser una hipótesis objetiva, pero sí poseerá una complejidad importantísima. Hoy en día, todos tenemos que entender esto como un gran fenómeno que estamos viviendo, y que tenemos que construir rompiendo con esa tradición dicotómica.

Es importante esta claridad que es una relación asimétrica; nunca podrá darse al consultante y al terapeuta el mismo lugar dentro de la terapia, pero es de suma importancia aclarar que no se habla de que uno sea más o mejor que el otro. Es, simplemente, que se reconoce a ambos con experticias distintas, lo que los ubica en lugares igualmente diferentes e importantes dentro del sistema de relación.

La postura del terapeuta constructor será siempre la del no saber, la de ingenua curiosidad frente a la experticia del consultante, con la cual tratará de comprender cómo, para la persona que tiene enfrente, su dilema resultó ser la forma más significativa de construirse, para poder desde allí colaborar en la construcción de nuevas alternativas igualmente significativas y coherentes para el consultante.

Igualmente, es importante resaltar que la postura colaborativa del constructorismo en la técnica es interesante y coherente con su discurso y parte ideológicamente de una buena intención, el desarrollo en diálogos generativos, indagación apreciativa son de gran valor en el momento de la intervención. En tal sentido conversamos (Vicky Lugo y Ricardo

Celis) con la profesora McNamee (2015) para ampliar estas ideas construccionistas, quien al respecto planteó lo siguiente:

- **Vicky Lugo:** Para la construcción social, el diálogo es una forma especial de relación, un cierto tipo de proceso social que implica curiosidad, reflexión, coordinación; en otras palabras, es como una oportunidad de construir un momento único en el que emergen nuevas comprensiones conjuntas, no necesariamente acuerdos o consensos. Entonces, ¿qué puede ayudar a que un diálogo sea generativo o qué es necesario hacer para que esto suceda? ¿cómo se puede invitar a un tipo diferente de conversación?
- **Sheila McNamee:** Esto es precisamente en lo que tenemos que enfocarnos. No existe un modelo, ni un manual que nos pueda informar sobre esto. Para invitar a una forma diferente de conversación que llamamos diálogo, necesitamos adoptar la postura relacional de la construcción social. La adopción de esta postura significa varias cosas. En primer lugar, reconocemos que el significado/conocimiento se crea en nuestras actividades conjuntas. Lo que hacemos juntos realmente importa. No se trata de mí o de usted, sino de ‘nosotros’. Si partimos de este lugar nos enfocamos, por tanto, en lo que hacemos juntos y no en usted o yo, y nuestras acciones específicas, de forma independiente; de esta manera, estamos en el camino hacia la creación de un nuevo espacio de conversación.

En segundo lugar, si realmente entendemos este primer movimiento, nunca vamos a ir demasiado rápido en la conversación. En otras palabras, mi propia certeza sobre lo que usted quiere decir, sobre lo que está pasando, sobre lo que estamos haciendo juntos, sobre lo que es correcto e incorrecto, se basa en suposiciones que podrían ser defectuosas. Si nosotros ‘pausamos’ en lugar de actuar con la certeza de que sabemos lo

que está pasando, nos posicionamos como aprendices curiosos. Nos interesamos en la forma en que los otros otorgan sentido a lo que ocurre y nos causan curiosidad sus historias y recursos que aporten a la interacción. Por último (y esto realmente no es el final [...] porque hay mucho más que decir de todo esto) es importante intentar hacer lo que parezca útil para crear un espacio conversacional, donde las diferentes conversaciones puedan transpirar.

Esto podría ser tan simple como pensar: en qué contexto la conversación tiene lugar, ¿puede ser en una oficina o en una acogedora sala de estar? ¿Hay alimentos o bebidas disponibles? ¿Las personas que entran en el espacio conversacional se sienten cómodas o sospechan de lo que va a ser discutido y lo que tendrán que hacer? La preparación es vital. No me refiero a un plan (nuestra tendencia a seguir un plan, no importa lo que esté sucediendo, dificulta cualquier capacidad de respuesta relacional), pero sí a la preparación que ayuda a crear las condiciones para el diálogo.

- **RC:** Un concepto que usted plantea es el de la responsabilidad relacional, el cual me ha parecido muy interesante, ¿cómo puede palpase ese concepto en un ejercicio de relación terapéutica?
- **SM:** Primero, y brevemente, mi idea de responsabilidad relacional es una respuesta; fue mi respuesta a las críticas al enfoque construccionista que, básicamente, eran críticas ingenuas que clamaban que, dado que los construccionistas creemos que podemos construir nuestro mundo de diferentes maneras, no había responsabilidad u obligación moral alguna; si algo no nos gustaba, simplemente podríamos construirlo de forma diferente. Ese no es el caso, eso no es de lo que se trata el construccionismo; por ello,

encontré que usar el término responsabilidad relacional era muy útil, y lo defino como ‘estar atento al proceso mismo de relacionarse’.

Así, en un contexto terapéutico, uno esperaría que el terapeuta esté atento a lo que está siendo construido en la conversación con los clientes. Hay varias formas de elaborar la responsabilidad relacional. La primera, es poner atención a lo que estamos haciendo y cambiar el discurso cuando sea necesario. Existen múltiples voces disponibles para entrar en una conversación. Por ejemplo, cuando estamos hablando con alguien se puede hablar desde la voz de la patología y el déficit o podemos hablar con la voz de la posibilidad y el potencial —cuando las personas están en capacidad de estar en control de sus vidas y no dejan que los problemas las controlen—. Así pues, tenemos múltiples voces y, si estamos atentos al proceso de relacionarnos, estaremos constantemente preguntándonos a nosotros mismos: ¿cuál voz podría utilizar en esta conversación, en esta interacción, que pueda ser útil y transformativa para nosotros en este momento terapéutico?

- **VL:** Sí, Sheila, en un artículo suyo muy interesante, sobre *La ética postmoderna en psicoterapia*, dice que, si uno tiene una perspectiva postmoderna frente a la terapia, es necesario cambiar el centro de atención del diagnóstico individual, las leyes universales y la estabilidad, que están enraizadas en la tradición empírica del conocimiento, hacia una práctica que tenga más en cuenta la incertidumbre, el cambio continuo, las contingencias locales e históricas y el proceso de relación.

Esto implicaría una relación diferente con los clientes, en donde la pregunta clave sería: ¿cómo podemos expandir juntos los recursos para la acción? Esto nos dirige a un discurso basado más en la posibilidad que en el déficit; en una relación en donde la

autoridad no está centrada solamente en el experto y en donde el esfuerzo principal se orienta a construir una relación que permita la transformación. Esto es la responsabilidad relacional en un contexto terapéutico.

- **SM:** Si el terapeuta está atento al proceso de la relación, entonces se involucra constantemente en una especie de diálogo interno, y piensa, ¿cuál voz podría usar para poder invitar a una conversación que pudiera ser más generativa?; tal vez deba utilizar la voz de la posibilidad en vez de la voz del déficit, quizás use la voz del amigo en vez de la voz del terapeuta, tal vez...
- **VL:** El concepto de múltiples voces es similar al concepto de Bakhtin de polifonía, ¿tienen el mismo sentido?
- **SM:** Sí, exactamente; la noción de múltiples voces es absolutamente tomada de Bakhtin y decimos que el pensamiento —lo que asumimos como pensamientos privados—, siempre tiene lugar en el lenguaje; sin lenguaje no hay pensamiento y dado que participamos en tantas comunidades diferentes de lenguaje, tenemos múltiples voces, múltiples recursos para la acción, para el habla y la acción. Bakhtin también introdujo la idea de que, si nada es dicho por primera vez, que todas las cosas son doblemente dichas, ¿cómo vamos a hablar con alguien mañana, dar voz a algo que hemos dicho aquí? El significado será totalmente diferente, ya que estamos hablando en una relación diferente y en un contexto diferente.

El terapeuta sabe llevar la conversación, conoce los principios de la psicología que guían sus procesos... “tiene no sólo el saber, sino la responsabilidad de mantener el contexto terapéutico como un contexto donde el cambio sea posible, y en definitiva tiene

una formación que en algún momento es útil para el proceso terapéutico [...]” (Feixas, 1994, p. 308)

Según el postulado constructivista sistémico y socio-construccionista, es evidente que el ser humano es interdependiente desde su nacimiento, en co-evolución con su entorno, construyendo, deconstruyendo y co-construyendo significados en sus acciones coordinadas a través del lenguaje, donde se encuentran ideológicamente las posturas. Sin embargo, centrados desde un contexto psicoterapéutico, el constructivismo sistémico, leído desde la teoría de sistemas cerrados, reconoce a un Yo, autopoietico y autorreferente, determinado desde su propia estructura. Por tanto, el psicoterapeuta se reconoce como un otro/entorno que posibilitará, en el sistema consultante, un escenario de múltiples teorías frente a sí mismo y los demás, movido por la experiencia única de cada uno que, como sistema terapéutico, vamos co-construyendo conjuntamente en una conversación armonizada, con sentido e intención de cambio, operando en las diferencias que se dan gatilladamente en la interacción, en la reflexividad, en la clausura operacional y a través de las observaciones de las observaciones.

En ese caso, el encuentro de las posturas en un dominio terapéutico, evidentemente, entraría en incongruencia con el construccionismo social, en el no reconocimiento del Yo y, al enmarcar el cambio exclusivamente en la construcción relacional, en el lenguaje y en las nuevas narraciones, pierde de vista la operación sobre las personas que puntúan, asimilan, distinguen, amplifican y narran determinados hechos cargados de emoción, como sí lo hace la teoría de sistemas cerrados, manifiesto en la amplificación de la operación frente a lo que ocurre en el sistema terapéutico, evidente por su dominio en un contexto psicológico con necesidades de transformación.

Gergen afirma que “el contexto marca la manera como se construyen las relaciones y que es necesario abandonar la idea de comprender al individuo para centrarse en su matriz relacional” (2010, p. 45). Por consiguiente, de acuerdo con esta postura, los esfuerzos del construccionismo social centrados en el contexto se muestran difíciles, respecto a su aplicabilidad conceptual y metodológica en la psicoterapia, al delimitar el abandono del individuo, incongruente con el proceder profesional y epistemológico de un psicoterapeuta; desde allí realizaría sus puntuaciones y distinciones. Se debe privilegiar la intención del cambio, como expectativa del consultante al llegar, por sus propios medios, a un escenario psicológico, demandante de cambio, con necesidades de diferenciación en un nuevo espacio, con la idea de interiorizar nuevos significados, adquirir facultad de decisión, responsabilizándose de su desarrollo, comprendiéndose como capaz de transformar su realidad.

Por el contrario, bajo el postulado construccionista, al centrar la atención en las relaciones, el cambio quedaría sujeto al entorno, dependiente de las coordinaciones de actividades conjuntas, las que legitimarían al Yo en su contexto. Por tanto, consecuentemente en psicoterapia, las posturas resilientes perderían congruencia, por lo cual, ¿qué sentido tendría un espacio psicoterapéutico sin un Yo que signifique, responsable de su propio cambio? Estas preguntas reafirman y develan el cuidado ético, como se ha venido subrayando, ya que el psicoterapeuta, igualmente, no se podría desconocer como un otro implicado. Por tanto, se deduce que, tanto el terapeuta como el sistema consultante, al ser reconocedores de su poder de transformación, son los que hacen del espacio un sistema terapéutico.

Según la teoría socio-construccionista sobre las relaciones de poder, el profesional debe negarse como otro y de su condición de experto, por una condición de no saber, de ignorancia, en una posición colaborativa, para que continúen las conversaciones, ya que, en una relación jerárquica, el sistema tendría un dominio de poder.

Cómo evitarlo, si la psicoterapia también es un servicio de carácter económico, donde se entreteje invisiblemente una transacción simbólica, haciendo que exista una responsabilidad compartida, atribuyéndole al terapeuta la responsabilidad de ser un experto; de lo contrario, el sistema consultante no tendría por qué acudir con su problema. Aún así, el terapeuta no podría negar su experticia profesional, ni la experticia del consultante sobre su experiencia.

A partir de allí podríamos pensar en la importancia de la corresponsabilidad del sistema terapéutico como generador de cambio, de sujetos pensantes y activos en el proceso de transformación, quienes conjuntamente reducen complejidades, cada uno desde un lugar que le presta al otro (observaciones de segundo orden) y encontrando diferencias en las distinciones, que le dan mayor forma a la experiencia y preservación de su existencia como ser autopoietico, al reconocerse mutuamente su potencial de evolución. Postura constructivista sistémica que se hace explícita en la siguiente cita de Humberto Maturana y Francisco Varela:

Los cambios estructurales que, de hecho, se dan en una unidad aparecen como "seleccionados" por el medio mediante el continuo juego de las interacciones. Y, como consecuencia, el medio puede verse como un continuo "selector" de cambio estructural, que el organismo sufre en su ontogenia. El acoplamiento estructural es siempre mutuo; ambos, organismos y medio, sufren transformaciones (2003, p. 90).

Es decir, necesariamente el ser humano, por su condición natural, está realizando reducciones de complejidades inherentes a cada uno; por ello, tanto el terapeuta como el consultante co-evolucionan, haciendo innegable la posición de experto que cada uno tiene, y del espacio un sistema terapéutico. El psicoterapeuta debe estar preparado en su autorreferencia como persona y como profesional, para ser un experto que le muestre al otro, consciente de su propia experticia, sus posibilidades de resolver el problema.

Los biólogos Konrad Lorenz y Rupert Riedl concluyen que la autoconciencia en el lenguaje humano surge mediante la comunicación de "representación" del mundo, que los organismos humanos adquieren mediante mecanismos seleccionados (de cogniciones del propio mundo) a lo largo de la filogenia de la especie, y que la ontogenia individual "adapta" (dentro del límite posible) a su propia sobrevivencia (citados por Maturana y Varela, 2003).

En un dominio terapéutico, teniendo en cuenta las citas anteriores y el desarrollo de todo el escrito, el cambio desde el constructivismo sistémico refleja nuevos órdenes de significados. Cambio sería igual a autopoiesis, genética, biología, clausura operacional, adaptación, preservación, selección, organización desde la estructura propia en co-evolución, que hace el individuo en interacción constante con su medio, siendo él quien ordenaría su existencia y su forma de relacionarse. En ese caso, existiría corresponsabilidad del terapeuta y del consultante hacia el cambio, cada uno aceptándose como un otro que gatilla autorreferencialmente, en un escenario que debe proporcionar seguridad para preservar la emoción como instinto natural, que el construccionismo social desconoce, ubicándose desde una posición reduccionista que no posibilita un lugar de observación desde un sistema terapéutico.

En dicha medida se concluye que la aplicabilidad del construccionismo social hace referencia a su foco de atención e interés. Según Gergen (citado por Jubes, Laso & Ponce, 2000) “Para el construccionista, la racionalidad precede a la individualidad; el reto construccionista, por consiguiente, es moldear una realidad de cualidad relacional, inteligibilidades lingüísticas y prácticas asociadas que ofrezcan una nueva posibilidad a la vida cultural” (p. 5) delimitando su intención de cambio en otro contexto, en otro dominio.

Por consiguiente, la reflexión sobre el construccionismo social, como modelo terapéutico, se relaciona más como argumentos que han enriquecido el proceder de la psicoterapia desde el punto de vista autorreferencial a nivel teórico, con la capacidad de reconocer a una persona en un contexto particular, con la idea de preservar su integralidad, concluyendo que, con el construccionismo social el psicoterapeuta puede conversar con claridades respecto a sus límites, de acuerdo con los principios epistemológicos constructivistas sistémicos que orientan su proceder, para garantizar el espacio terapéutico en pro de su intención: el cambio.

## Capítulo 4. Categorías emergentes

El ejercicio de reconstrucción histórica que hasta el momento se ha escrito, frente al constructivismo y el construccionismo social, en relación con las categorías problémicas: identidad, cambio y relación terapéutica, ha sido posible gracias a las conversaciones entrelazadas con autores protagonistas de estas teorías. Por un lado, se conversó con textos de autores muy relevantes y, como se explicaba en el aparte de metodología, ha sido de gran importancia la conversación, a manera de entrevista, con cinco grandes expertos en esta discusión: Guillem Feixas, Marcelo Rodríguez Ceberio, Sheila McNamee, Pablo López Silva y Mateo Selvini. A partir de la conversación entre textos y autores surgieron las siguientes categorías:

1. Constructivismo y construccionismo social comparten la crítica a la modernidad y la idea de la construcción social de la realidad, pero, a pesar de estos lugares comunes, difieren profundamente a nivel epistemológico y teórico.
2. La construcción de la realidad como creación interdependiente del sistema y el entorno.
3. Sólo existe responsabilidad personal cuando no nos narramos determinados por lo social.
4. La terapia sistémica debe trascender las intervenciones generales y focalizarse, con igualdad o más importancia, en intervenciones altamente especializadas.

5. Reconocer la finitud del constructivismo sistémico en psicoterapia le garantiza su sobrevivencia a la terapia sistémica ya que nos obliga a conversar con otras teorías.

### **Primera categoría emergente: convergencias y divergencias**

Constructivismo y construccionismo social comparten la crítica a la modernidad y la idea de la construcción social de la realidad, pero, a pesar de estos lugares comunes difieren profundamente e nivel epistemológico y teórico

En un orden de análisis meta-teórico, es claro que el constructivismo sistémico y el construccionismo social comparten epistemológicamente un lugar común el cual es el constructivismo como paradigma, un constructivismo que emerge como resistencia a siglos en donde la modernidad imperó, en donde la idea de objetividad es entendida como una realidad universal la cual se encuentra por fuera de un observador. Esta lógica que imperó desde el siglo XVI hoy en día sigue siendo vigente en muchos escenarios científicos, y podríamos decir que nuestra cultura está completamente permeada por los principios de la modernidad. Sin embargo, el cuestionamiento de esta realidad ha sido bastante fecundo porque nos ha llevado a cuestionar la linealidad de la ciencia y nos ha permitido darle un lugar al sujeto en la construcción de la realidad. La emergencia del observador que observa es un hito para el desarrollo del constructivismo, especialmente el autodenominado constructivismo radical. A partir de esto, al menos desde este paradigma, nunca nos hemos podido devolver a miradas causales de la realidad o ignorarnos como coconstructores de esta; hoy tenemos más claro que nunca que lo dicho acerca de algo es dicho por un observador. Por tal razón nuestra observación nos expone y nos deja en evidencia, y esto en el escenario de la psicoterapia nos obliga a hacernos cargo y responsables éticamente de nuestra actuación, ya que somos autónomos de elegir, y en la libertad de esa

autodeterminación actuamos. Claro está que esta libertad es relativa, como nos lo recuerda, en entrevista personal, el profesor Marcelo Rodríguez Ceberio (2016):

- **MRC:** Cabe pensar... ¿somos libres? Absolutamente no, epistemológicamente no somos libres. La libertad es una falacia. En este sentido, acepto que tengo algunos imperativos categóricos que dejan poco margen para la discusión, y que ‘la libertad es una falacia’ es uno de ellos. Primero, porque somos presos de modelos mentales, nosotros no podemos pensar por fuera de nuestros modelos, hasta es un modelo pensar fuera de los modelos. Si quiero pensar sin modelo, es el modelo de pensar sin modelo. Siempre estamos limitados por nuestra cuadratura conceptual; ¿por qué hablo de cuadratura conceptual? ¿Te acordás del problema de los nueve puntos que Watzlawick tanto utiliza como ejemplo en sus libros?: “con 4 líneas rectas, sin levantar el lápiz, tienes que surcar los nueve puntos”.

Inmediatamente, cuando nosotros vemos esos nueve puntos, de acuerdo con los primeros textos de la teoría de la gestalt, es la ley de “la proximidad” la que hace imposible dejar de ver un cuadrado. O sea, cuando nosotros vemos los puntos, y nos sueltan el imperativo de la consigna, todas las soluciones intentadas van remitidas al cuadrado y estamos limitados por ese cuadrado; ¿ese cuadrado es el cuadrado? No, no es “el cuadrado”, es nuestra propia cuadratura conceptual que no nos permite ir más allá de la frontera del cuadrado. Es nuestra cuadratura conceptual que nos lleva a no poder exceder nuestra propia cuadratura de conceptos mentales e ir más allá del modelo.

Entonces, ¿qué sucede?; no somos libres, sucumbimos a través de nuestro modelo de conocimiento. ¿Es nuestro modelo personal que se construye en lo social? Por supuesto, pero no todos aprenden de la misma manera, no todos están cortados con la misma

tijera epistemológica; es una construcción individual internalizada a través del método del ensayo y el error Piagetiano, por asimilación, acomodación y construcción de las categorías y de la semántica subyacente. En fin, ese es nuestro modelo de conocimiento: estamos limitados por nuestro propio medio, lo que quiere decir que no somos libres.

Tampoco somos libres porque vivimos en sistemas, y hay sistemas de sistemas de sistemas *ad infinitum*, y en los sistemas hay reglas, pautas, formas de funcionamiento, un código, y cada uno ocupa una función determinada, más estereotipada o menos estereotipada, pero ese sistema al que pertenecemos es un sistema de otro sistema que, a su vez, es sistema de otro sistema, y así hasta el universo. Quiere decir que es el segundo factor por el cual no somos libres. En ese sistema está el contexto social, que nos demarca roles y funciones de género, creencias, valores, etcétera.

Y el tercer factor es la Biología. Tenemos unos valores del funcionamiento de nuestro organismo, valores que tienen un rango de máxima y uno de mínima, necesitamos de 60 a 110 pulsaciones, tener cierta cantidad de glóbulos rojos para transportar el oxígeno, necesitamos cierta temperatura corporal, de 36° centígrados. Estamos limitados por nuestra arquitectura biológica. Podemos entrenarnos más, podemos entrenarnos menos, podemos correr distancias más largas o distancias menores, pero somos seres humanos y tenemos cierta limitación. Nuestra estructura biológica nos limita, nuestra estructura de sistema nos limita y nuestra estructura mental nos limita. Estas son nuestras fronteras y, como tales, tal vez sea un sentido pesimista o tal vez demasiado catastrofista, pero, la libertad, en este sentido, no existe y lo debemos aceptar como tal.

En este sentido, me parece claramente, Ricardo, que estoy marcando ciertos parámetros sociales y ciertos parámetros individuales que se están entrelazando e interinfluyendo permanentemente en un sentido circular, ni siquiera en un sentido lineal de la influencia, porque no es que uno inflencie más que otro, sino que son, en ese sentido, autopoieticos, pero con cierta estructura intersistémica que les permite intercambiar con otros sistemas.

Esta reflexión del profesor Rodríguez Ceberio es muy importante para profundizar en esta categoría, porque una de las tensiones entre constructivismo y construccionismo social es la relación sujeto-sociedad, que también la podríamos denominar la relación o la diferencia sistema-entorno, en donde las posturas varían entre determinismos, individualismos y solipsismos, acusaciones que van y vienen. La postura de la no libertad no es una postura que nos propone un determinismo, sino que nos advierte cuáles son nuestras fronteras y los alcances de estas, pero nos invita a que autodeterminadamente asumamos una postura frente a nuestros límites, ya que en esta relación sistema-entorno el concepto que media es el de co-evolución, el de interdependencia, en donde el entorno gatilla cambios en las estructuras del sistema, pero el cambio de estructura en éste genera cambios en el entorno. La relación de estos dos no es de determinismo, ni de sumisión sino de coevolución. Especialmente importante es este punto ya que, negar al observador en interdependencia con el entorno es retroceder a posturas modernas en donde el sujeto no construye ninguna realidad, porque ésta pre-existe. En tal sentido, el construccionismo social es un retroceso a la modernidad, al afirmar que el sujeto es un subproducto de la cultura y que está determinado por ésta, restándole la mayor condición que nos hace

humanos como lo es la libertad y el autodeterminismo, por temor o como resistencia a posturas modernas individualistas.

### **Aportes y límites del construccionismo social en su postura epistemológica**

Son importantes los aportes que ha realizado el construccionismo social a la terapia sistémica, al mismo constructivismo y claramente a la psicología social. Ibáñez (2003): plantea los siguientes aportes:

- Alentar la sensibilidad crítica. Aspecto de gran relevancia, ya que es un modelo con claridad ideológica y crítica frente a la modernidad, los individualismos y a las consecuencias culturales del discurso del déficit.
- Aumento de la investigación en psicología social
- Ampliar las fronteras disciplinarias
- Aumento de sensibilidad en la dimensión política, en la práctica social y la investigación
- Ser incluyente teóricamente.

Y el mismo autor plantea las siguientes debilidades del construccionismo social, las cuales comparto en su totalidad:

- Sus fortalezas son sus debilidades: su flexibilidad, su carácter abierto y configuración como movimiento más que como doctrina teórica dotada de una fuerte coherencia interna acoge demasiados diversos planteamientos.
- Casi todo tiene cabida, tierra de asilo para lo excluido.
- Contradicciones internas teóricas.

- La propia especificidad de las diversas orientaciones que conforman el socioconstruccionismo generan más tensiones entre ellas que cuestionan la cohabitación en un mismo marco teórico y amenaza con hacerlo estallar en islotes inconexos.
- Los que se enrolan en las filas construccionistas emanan la misma aceptación acrítica de sus presupuestos que caracterizaban a quienes se adscribían a las corrientes dominantes. Se difumina así ese ímpetu crítico que animaba a quienes apostaban por construir el socioconstruccionismo desde los riesgos de una posible marginación, sin olvidar que los propios promotores de esa orientación gozan también de unas posiciones de poder susceptibles de atemperar sus proclividades críticas.

Otro foco cuestionable no es en sí mismo su énfasis en lo discursivo, sino que esta discursividad no haya ido de la mano de un igual interés por las prácticas de un carácter no discursivo. Se han dejado de lado los objetos que ejercen sus efectos por medios esencialmente no lingüísticos tales como el cuerpo, ciertas tecnologías, o las propias estructuras e instituciones sociales. Esta parcialidad ha desequilibrado al socioconstruccionismo haciéndole olvidar la importancia de las condiciones materiales de la existencia.

No solo se ha ignorado aquello que actúa con independencia del discurso, sino, que se le ha invisibilizado.

A este nivel metateórico podemos decir que la construcción de la realidad no solo se hace desde el discurso; esta amplificación de lo discursivo niega la experiencia y todo presaber que el individuo ha construido en su historicidad.

Podríamos decir que las perspectivas construccionistas han sido muy agudas a la hora de analizar y deconstruir los sistemas de significados y los repertorios de

interpretación con los cuales se instituye la realidad social, desvelando su carácter contingente e histórico. Sin embargo, han presentado dificultades a la hora de explicar el origen y la transformación de las relaciones sociales de carácter más estructural, incurriendo en un verdadero silencio sobre los elementos no lingüísticos de la realidad.

Al respecto Guillem Feixas plantea lo siguiente:

- **GF:** Lo que pasa es que el construccionismo social enfatiza este aspecto social y común, es decir, que, aunque yo sea un individuo que está construyendo en un momento determinado una situación, está todo mi mundo social implicado en el lenguaje que utilizo y en la forma de entenderlo. Y estaría de acuerdo con esto, pero esto no es distinto epistemológicamente; esto es constructivismo. Epistemológicamente, la teoría del construccionismo social tiene una serie de elementos teóricos que enfatizan este aspecto social; como la teoría de Piaget, que es igualmente constructivista, pero tiene otra serie de elementos distintos que enfatizan otras cuestiones, como la teoría de los constructos personales, que es una teoría que a mí me interesa mucho. Es una teoría distinta del construccionismo social y de la teoría de Piaget, pero todas estas teorías convergen a nivel epistemológico, porque coinciden en señalar la imposibilidad del conocimiento objetivo.

Es decir, constructivismo sistémico y construccionismo social son dos maneras diferentes de ver la construcción social, con énfasis diferentes y observación del sujeto e identidad de manera casi que contraria.

Como dice Feixas:

- **GF:** Entonces, lo de constructivismo radical... todo constructivismo es radical, excepto esa distinción que hace Watzlawick que dice que la realidad es construida sólo en el aspecto interpersonal. Yo creo que la realidad física también es construida.

En ese sentido, yo creo que todo constructivismo es radical y todo construccionismo social es radical también. Cuando los construccionistas en sus escritos dicen “nosotros somos distintos de los constructivistas”, es absurdo, porque ¿qué quiere decir “constructivistas”?

Hay mucha gente distinta que comparte una epistemología constructivista. Que digan “nosotros somos distintos de la teoría de Piaget”, de acuerdo, cien por cien de acuerdo. El Construccionismo social es distinto de la teoría de constructos personales”; bueno, sobre esto han hablado números enteros de revistas que han trazado las distinciones, los puntos, y es verdad que hay una diferencia de énfasis y de terminología, de acuerdo. Pero yo creo que es simplemente una estrategia de diferenciación frente a la audiencia, pero a nivel epistemológico es el mismo tipo de posición. Si alguien me dice que no es constructivista, yo entenderé que me está diciendo que cree que la realidad es posible conocerla objetivamente. ¿Me hago entender?

Pablo López plantea lo siguiente:

- **PL:** Hay un problema general con el constructivismo. Existen distintos enfoques que comparten sus ideas, entonces el socioconstruccionismo, si lo vemos desde un punto epistemológico, es un tipo de constructivismo. Sin embargo, el constructivismo no es un cuerpo teórico unificado, no es como la teoría cognitiva de primer orden; básicamente es un grupo de teorías que tiene intuiciones más o menos parecidas sobre la naturaleza de la realidad.

Imagina una línea que tiene dos polos, el polo constructivista más individualista es representado por gente como Kelly y Watzlawick, que básicamente dice que somos sujetos que construimos la realidad; hay un sujeto que coopera con conceptos y esos conceptos refieren a la realidad; sin embargo, no hay una relación directa con la realidad; esta siempre depende del tipo [de] organismo que uno es, y de cómo este organismo se acomoda en el ambiente y va generando una especie de realidad específica. Pero, ellos reconocen que hay un individuo o un organismo que, mediante la organización, por ejemplo de estados perceptuales, generan una imagen o representación del mundo, que depende del tipo de organismo que uno sea.

La representación que un murciélago tiene del mundo va a ser diferente de la representación de un humano, porque los organismos son diferentes. En el otro polo puedes encontrar a gente como Gergen, que dice que hay una sociedad que nos entrega ciertas herramientas; en este caso, las palabras, los conceptos. Por lo tanto, lo que existe es una cierta determinación de lo social sobre lo individual. Lo que hace Gergen, básicamente, es radicalizar esta tesis, esto es lo que vendría a ser lo más novedoso de ese enfoque, radicalizar una idea de sujeto. Eso es lo que dice Gergen, en su libro *El Yo saturado*, dice que aceptar que existe un sujeto individual que construye la realidad es una idea que reproduce retazos de lo que es la idea cartesiana del *self*".

En tal sentido la denominación sistémico–construccionista, al menos a nivel metateórico, no es posible ya que existen diferencias epistemológicas de fondo. Si hablo de lo sistémico construccionista, estaría aceptando que el self es un entrecruzamiento de conversaciones, subproducto de la cultura en donde el sujeto no existe; la individualidad, la autodeterminación no es posible porque es la cultura la que nos determina, y estas

afirmaciones no las aceptaría lo sistémico porque sus principios se basan en la autorreferencia; y la construcción social tiene esta categoría como condición en su operación. Por otro lado, hablar de individuo, de autopoiesis, observador, es para el construccionismo incoherente ya que es un modelo cuyo pilar fundamental es la interacción, “lo que hacemos juntos”, y cualquier atisbo de individualidad es un retroceso a posturas solipsistas. Lo que no es claro es que cuando usan la expresión “lo que hacemos juntos”, ¿a quienes se refiere? ¿abstracciones, símbolos sin dueño, la cultura sin personas, sólo los lenguajes interactuando?

Resistirse a los solipsismos es una postura válida y necesaria, porque es cierto que ha habido una época moderna en donde el individuo fue la medida de todas las cosas y se generó una sobredeterminación del individuo a la sociedad, lo cual claramente no es una postura constructivista, y esto ha hecho perder de vista por mucho tiempo la importancia de la interacción, de las redes, de la cultura como conversaciones que se entrecruzan, y se cayó en un mundo de lo individual, de la mente. Pero siendo esto cierto y claramente cuestionable y criticable, no se resuelve aniquilando al sujeto, la individualidad y la subjetividad, yéndonos a un extremo radical interaccionista, ¿en dónde quedan las emociones, la subjetividad, la cognición?, claramente son componentes que habitan en un sujeto experiencial pero no olvidemos que siempre este sujeto se encuentra en coevolución con el contexto de una cultura.

Como plantea Fernando García Selgas (2003, citado por Sandoval, 2010), el problema con las propuestas construccionistas surge cuando nos preguntamos por el origen del proceso de construcción social, ya que, en la mayoría de los casos, podemos constatar que este proceso es de carácter simbólico, se realiza a partir de algún tipo de sujeto cuyo

carácter construido no se explicita totalmente y sus límites parecen ser inexistentes, de forma tal que no habría cosa, humana o no humana, que se le pudiera resistir.

### **Segunda categoría emergente: la construcción de la realidad como creación interdependiente del sistema y el entorno**

García Selgas (2003, citado por Sandoval, 2010) plantea:

Desde nuestra perspectiva, el construccionismo ha creado una metáfora de la "construcción" que opera con una naturaleza final: el discurso, y un lugar último para su producción: lo social, ubicándola en una suerte de omnipotencia social que omite a otros "agentes" del proceso de construcción. Esta tendencia a una suerte de reduccionismo socio-discursivo, paradójicamente, hace aparecer por acción u omisión del propio construccionismo una brecha irreconciliable y esquiva, una brecha que se transforma en un verdadero foso infranqueable desde todas sus orillas; una brecha que pone por un lado a la subjetividad, al lenguaje y a la mente, y les opone como mundos extraños y contradictorios al objeto, la materialidad y el cuerpo. (p. 34).

A partir de lo anterior, creemos que la única manera de superar esta brecha es trascendiendo cualquier forma de reduccionismo, asumiendo explícitamente que no resulta posible seguir intentando separar las implicaciones constitutivas entre sujeto y objeto, y reconociendo que la única vía realmente novedosa de entender la relación entre nuestras prácticas de significación y el mundo, es asumir que tanto nuestras prácticas como el mundo se constituyen mutuamente a partir de una peculiar forma de relación, cuya naturaleza es simbólica y material al mismo tiempo.

## Teoría de la acción situada

La propuesta es que debemos centrar el análisis psicosociológico en la construcción sacionatural de la realidad, marcando un giro con respecto a las tradiciones objetivista, pero también subjetivistas de la psicología social. Esta perspectiva que en otra parte hemos denominada como acción situada (Sandoval, 2010), implicaría una doble proposición con respecto al conocimiento y el mundo, a saber:

En primer lugar, que un hecho es construido por medio de prácticas reales de significación, y que por lo tanto, como todo acto de construcción, requiere de materiales que se articulan a partir de un trasfondo sedimentado en nuestros cuerpos y en nuestra forma de vida. Para analizar esta noción de trasfondo, podemos poner en confluencia dos niveles de expresión fundamental: por un lado, un proceso de configuración de un saber práctico, que tiene que ver con un *modus operandi* subjetivo y corporal que posibilita la acción, y por otro, un proceso de estructuración de reglas y relaciones de poder que definen posiciones y condiciones de posibilidad para la acción. (p. 35).

En segundo lugar, que la relación entre el conocimiento y el mundo no se constituye a través de una representación mental ni una construcción lingüística, sino por medio de un proceso de "articulación". Es decir, el mundo no se aprehende ni se construye, en el sentido literal, sino que es algo con lo cual dialogamos, negociamos y nos mezclamos a través del conocimiento, porque ambos, conocimiento y mundo, son ámbitos incompletos e interdependientes que se constituyen en tanto tales, en el momento mismo de la articulación. (p. 34).

A partir de ambas proposiciones se estructura la perspectiva de la acción situada, la cual propone que el proceso de construcción social debe ser entendido como la articulación de unos elementos simbólicos y materiales dispersos en un trasfondo, elementos que por definición no contarían con una identidad definida a priori, sino que ésta sería el resultado de la propia articulación que se produce en el momento de la acción. (Sandoval, 2010, p. 34).

Esta articulación se da en el *entrenos*, vieja expresión utilizada por los existencialistas como Martin Buber y también por constructivistas y construccionistas y por diferentes teorías interaccionistas, es decir, el *entrenos* no le pertenece ni al sistema ni al entorno, sino a la relación que se configura; pero este *entrenos* es un *entrenos* entre algo; el *entrenos* no es solo entorno y no es solo sistema; el *entrenos* es relación, articulación.

### **El fundamento de la narrativa es preverbal**

Linares (2006), desde la teoría sistémica, indica claramente que el concepto de identidad personal fusiona la experiencia individual con el mundo de lo relacional, en lugar de oponerlos como lo sugiere Gergen. Sobre esto, Linares (2006) indica que: “La narrativa constituye algo así como el tejido conectivo de la personalidad. Pero la narrativa en bruto no permite el desarrollo de una estructura. Para ello necesita un principio organizador o jerárquico, el órgano rector, el núcleo duro, el punto de anclaje o como lo queramos llamar: es la identidad” (p. 1).

Bruner (1986) plantea lo siguiente: “La experiencia vital es más rica que el discurso, las estructuras narrativas organizan la experiencia y le dan sentido, pero siempre hay sentimientos y experiencias vividas que el relato dominante no puede abarcar” (p. 143).

Guidano (1998) indica que: “El hecho de que puedan surgir recuerdos autobiográficos requiere el prerrequisito de la existencia de un sentido pretemporal del self” (p. 6); Lo mismo opina Ricouer (1986a; 1993) al referir que el fundamento de la narrativa, es precisamente, preverbal.

Gergen no explica la apropiación de las narraciones foráneas; supone que la experiencia de ser alguien surge en las conversaciones. Sin embargo, esto no explica el modo concreto como cada sujeto se apropia de tales narraciones. Se desconoce si uno las elige, las acepta, se siente obligado a tomarlas para sí, es inducido, las introyecta mecánicamente, etc. Lo mismo cabe decir, en realidad, acerca de toda preferencia narrativa o explicativa acerca del Yo. Gergen no indica el proceso mediante el cual se produce la apropiación significativa de la narración de mi Yo. El autor solo indica que las narrativas son foráneas, pero no especifica como ellas pasan a ser “mías”. Al omitir los procesos tácitos que fundamentan una conversación, Gergen no explica el proceso mediante el cual los sujetos eligen ciertos símbolos y argumentos por sobre otros para referirse a sí mismos.

### **Autoreferencia como condición para la construcción de narrativas**

Para Gergen el yo participa en diversos contextos donde recibe narraciones y rotulaciones diferentes. Si comparamos los contextos, según el autor, los discursos se tornan incoherentes e inconexos y, en consecuencia –postula Gergen- el Yo se observa fragmentadamente. Gergen (1992) es claro en este asunto, e indica lo siguiente: “La saturación social nos proporciona una multiplicidad de lenguajes del yo incoherentes y desvinculados entre sí” (p. 26). Guidano ha argumentado de muchas formas que la identidad es, en primer lugar, tácita, pero también aporta un argumento que proviene de la

dimensión de lo explícito. Lo explícito tiene más de un nivel: lo temático, es decir, el modo como habitualmente narro las cosas –que es el nivel de las tesis de Gergen-, y lo autorreflexivo. El nivel autorreflexivo puede permitir dar cuenta o argumentar en favor de la propia unidad del *self*; por ejemplo cuando uno se pregunta acerca de quién se es realmente en todos estos contextos diferentes en los que participa. Gergen omite este nivel, lo cual le lleva a cometer –según Guidano- un error metodológico, a saber: asumir como característica de lo observado, la posición supuestamente fragmentada del observador, algo que Arciero (2005) califica como un “juego de espejos que disemina al sí mismo en imágenes, referencias y reflejos” (p. 12). Para explicar esto, Guidano (1998a) acude a las ideas de W. James, quien indica que en la observación están implicados dos aspectos: los aspectos sustantivos y los aspectos transitivos (James, 1980). Los aspectos sustantivos son aquellos que aparecen en la conciencia del observador al momento de observar, por ejemplo: imágenes, colores, flujos de palabras, etc. Los aspectos transitivos, el sentido de continuidad, unicidad personal y unitariedad del *self*, no se observan cuando se habla de cosas cotidianas, sino cuando se reflexiona. Gergen, precisamente por su error metodológico, solo observa los aspectos sustantivos, no los transitivos, y por ello le es inevitable observar una fragmentación.

El problema del *locus of meaning* externo, según el supuesto de la interdependencia precaria de Gergen, el *locus of meaning* –el lugar donde ocurre y se actualiza el significado personal del Yo (Guidano, 1998)- está en las redes conversacionales.

El problema del *locus of meaning* externo, –el lugar donde ocurre y se actualiza el significado personal del Yo (Guidano, 1998)- está en las redes conversacionales, según el supuesto de la interdependencia precaria de Gergen.

Guidano, sin embargo, rechaza esta tesis. Distingue dos problemas básicos en la argumentación de Gergen: 1) El autor no explica que el yo sea quien comprenda lo que se narra. Supongamos que, como sugiere Gergen, el yo deja de existir abrumado por las significaciones externas producto de la “saturación social”. Pues bien, si realmente yo no soy el que significa lo que narro, tal parece que, entonces, debiera existir alguna entelequia encargada de entender por mí y, en consecuencia, hablo de lo que no entiendo, tal como si yo fuera una terminal computacional o un autómatas (Balbi, 2004). En efecto, la externalización del significado implica, consecuentemente, la inexistencia de comprensión de parte del Yo. Gergen sugiere esta problemática –apoyándose en Baudrillard– de la siguiente manera: “Nuestra esfera privada ha dejado de ser el escenario donde se desenvuelve el drama del sujeto reñido con sus objetos [...]; ya no coexistimos como dramaturgos ni como actores, sino como terminales de redes de computadoras múltiples” (Baudrillard, citado por López, 2010, p. 24).

Narrarnos desde el *locus of meaning* refuerza la idea de un determinismo social en donde no somos más que instrumentos de lo social sin conciencia, y la característica esencial de un sistema psíquico es que está provisto de conciencia, que es la que le permite asumir o no un rol. Para Gergen el rol es impuesto por la cultura, es decir, tampoco existe conciencia para el construccionismo, porque caeríamos nuevamente según este modelo en el individuo, ¿cómo no observar el individuo, que piensa, siente y actúa? En tal sentido la autorreferencia, como la capacidad de observarnos como sistemas a partir del principio de la clausura operacional, opera precisamente con la intención de no estar determinado por el entorno, como principio sistémico básico. Hoy sabemos que si no operáramos en clausura operacional, la información del entorno al sistema lo abrumaría y sería una amenaza para

él, llevándolo a su destrucción; es la clausura una condición para la apertura. Decir que operamos desde un *locus of meaning* sin clausura no es posible; el entorno es mucho más complejo que el sistema; por tal razón operamos en clausura para realizar constantemente reducción de complejidad. Entonces ¿cómo se da la introyección de conocimiento, saberes, etc., en el “mi mismo?” Se da en reducción de complejidad como función básica de la autorreferencia. Y ¿desde dónde se hace esta reducción de complejidad? Claramente desde la propia estructura que es, a la vez, conciencia de la conciencia desde la autorreferencia.

Por tal razón, negar la relación de interdependencia entre el sistema y el entorno es otro error epistemológico del construccionismo para el cual solo hay entorno, sociedad y lenguaje que todo lo determina. Epistemológicamente es insostenible esta postura.

**Tercera categoría emergente: existe responsabilidad personal cuando no nos narramos determinados por lo social y reconocemos nuestra autoría en la actuación**

Las consecuencias prácticas y éticas del pensamiento de Gergen generan algunos problemas éticos. Si yo no significo lo que narro, es decir, no lo entiendo por mis propios términos, como consecuencia yo no soy responsable de los actos que se siguen de mis deliberaciones. En otras palabras, si hay un Yo que tiene un *locus of meaning* completamente externalizado, el Yo no puede responsabilizarse de nada. Los castigos y premios los debiera recibir “el sistema” que es quien significa. Aquí, incluso el recurso a la “co-responsabilidad” tampoco resuelve el problema, porque para que haya una “co”-responsabilidad se requieren dos entes, uno de los cuales -el *self*- Gergen declara vacío y con un *meaning* externo.

Se pueden inferir las consecuencias sobre asuntos análogos al de la responsabilidad tales como: la voluntad, la libertad personal y el libre albedrío. En efecto, la idea misma del locus externalizado se opone a tales capacidades, ya que las reduce a la reproducción automática de significaciones y voluntades foráneas.

### **El problema de la significación personal del rol**

Si el *locus of meaning* es externo, ¿cómo significa el sujeto el rol entregado por la sociedad, rol que supuestamente incluye la identidad personal? Gergen no explica la capacidad que cada uno posee de enjuiciar y demostrar conformidad o disconformidad con los roles ejecutados. En algunos casos, hasta es posible rechazarlos. Si Gergen omite explicar esto, parece ser que el autor transforma al sujeto en una mera reproducción irreflexiva de lo impuesto “desde afuera”. Tal como lo señala Balbi (2004), un planteamiento de esta clase involucra una mente sin subjetividad, un mecanismo similar a un sujeto automático determinado completamente desde lo social. Finalmente, la posición de Gergen se torna aún más discutible cuando la comparamos con las palabras de Wittgenstein, autor que es citado como apoyo por el propio Gergen. El autor omite la experiencia de significar un rol pero, como Wittgenstein (1971) argumenta, cuando un discurso contrasta con la experiencia tal discurso se vuelve inviable.

Al respecto Pablo López (2010) plantea: hay muchas tesis que son radicales en filosofía, en psicología; ser radical tal vez no es algo malo, pero en este caso creo que es problemático. Hay un artículo de Gergen (1985) que dice que, básicamente, lo que busca el socioconstruccionismo es traer la psicología a la dimensión social, olvidando los aportes de,

por ejemplo, los psicólogos cognitivos, que se enfocan más en los aspectos procesales internos de la mente humana.

Sin embargo, decir que la mente humana y el sujeto no son nada más que la suma de las conversaciones que lo rodean, eso ya es un poco más problemático.

Y en ese paso, creo que el construccionismo social pierde muchos méritos; uno de los principales méritos es que intenta integrar la dimensión social de lo humano en la comprensión de los fenómenos individuales, pero en ese proceso se vuelve una tesis radical, unipolar. Básicamente lo que está diciendo el socioconstruccionismo es que la sociedad determina lo que el individuo es o no es, y punto; pero, se olvida de la interacción que hay al otro lado, desde el individuo hacia la sociedad. Entonces, el problema es que la visión del sujeto es unidireccional y eso es un error metodológico, uno no tiene que decir primero fue la sociedad y luego el individuo o primero fue el individuo y luego la sociedad; creo que ese debate está mal formulado, nunca se solucionaría. Lo que tenemos que considerar es que somos parte de una interacción, uno no existe sin el otro, entonces negar un polo de esta relación sería un error metodológico.

Las consecuencias éticas de la acción basada en el *locus of meaning*, en el contexto de la psicoterapia, son muy problemáticas, ¿el rol del psicoterapeuta lo daría la sociedad? y ¿el psicoterapeuta de qué habla, desde dónde habla si su voz es la de la cultura? ¿qué hace el terapeuta con su historia de vida o mejor dicho, el terapeuta tiene una historia de vida? ¿quién habla a través del terapeuta? ¿las decisiones del terapeuta son las decisiones de la cultura, y quién se hace cargo de eso, y si el terapeuta cometiera un error ético a quién se sanciona? Es casi divertido este juego de preguntas; el construccionismo no tiene cómo responderlas coherentemente con su epistemología de base.

Por otro lado es importante decir que, aunque no existe nada fuera de la cultura, es el individuo quien se responsabiliza de las consecuencias de sus actos. Cuando la profesora Sheila McNamee habla de la responsabilidad relacional plantea lo siguiente:

Primero, y brevemente, mi idea de responsabilidad relacional es una respuesta; fue mi respuesta a las críticas al enfoque construccionista que, básicamente, eran críticas ingenuas que clamaban que, dado que los construccionistas creemos que podemos construir nuestro mundo de diferentes maneras, no había responsabilidad u obligación moral alguna; si algo no nos gustaba, simplemente podríamos construirlo de forma diferente. Ese no es el caso, eso no es de lo que se trata el construccionismo; por ello, encontré que usar el término responsabilidad relacional era muy útil, y lo defino como estar atento al proceso mismo de relacionarse. (entrevista personal, 2016).

Así, en un contexto terapéutico, uno esperaría que el terapeuta esté atento a lo que está siendo construido en la conversación con los clientes. Hay varias formas de elaborar la responsabilidad relacional. La primera, es poner atención a lo que estamos haciendo y cambiar el discurso cuando sea necesario. Existen múltiples voces disponibles para entrar en una conversación. Por ejemplo, cuando estamos hablando con alguien se puede hablar desde la voz de la patología y el déficit o podemos hablar con la voz de la posibilidad y el potencial —cuando las personas están en capacidad de estar en control de sus vidas y no dejan que los problemas las controlen—. Así pues, tenemos múltiples voces y, si estamos atentos al proceso de relacionarnos, estaremos constantemente preguntándonos a nosotros mismos: ¿Cuál

voz podría utilizar en esta conversación, en esta interacción, que pueda ser útil y transformativa para nosotros en este momento terapéutico?

Esta es una postura interesante del construccionismo, sin embargo no reviste ninguna novedad; fácilmente podría explicarse desde la relación sistema entorno, desde la autodeterminación de los sistemas, pero un concepto de responsabilidad relacional implica a un sujeto terapeuta, que piensa, siente y actúa y que toma la decisión de cuál voz utilizar. Es más, quien hace esto es un experto que de manera directiva orienta la conversación, ¿esta es una postura construccionista? ¿es una versión alterna del construccionismo en psicoterapia? Si esta postura la confrontáramos con sus postulados epistemológicos, encontraríamos grandes incongruencias que son relativamente fáciles de encontrar cuando de la epistemología se pasa a la acción en el construccionismo social.

Es importante mencionar el relativismo como característica esencial del construccionismo. Al no tener en cuenta los procesos individuales en la construcción de la realidad, sostiene que toda construcción resulta relativa a su contexto; es decir, ningún punto de vista tendrá validez universal, sino una validez subjetiva que dependerá del marco de referencia en donde se desarrolle.

Al respecto, Gergen, en su libro *El Yo saturado*, asegura que “la objetividad es imposible, en tanto todo conocimiento es relativo a la comunidad a la cual pertenece” (1991, p. 14). Es decir, el conocimiento que se construye en un espacio discursivo específico puede no ser válido en otros espacios en los que el mismo sujeto participante esté inmerso. Adicionalmente, Gergen (citado por López, 2013) afirma que “[...] las formas que toma el conocimiento de la realidad y del Yo están determinadas por la influencia que ejercen las estructuras sociales e ideológicas sobre la forma de pensar en los

sujetos” (p. 12). Nuevamente, con esta postura se invisibiliza la autonomía de lo humano, dejándolo reducido al determinismo cultural, que hace que el conocimiento, como lo expresa Gergen (citado por López, 2013) sea “simplemente una construcción reproducida por medio de operaciones lingüísticas cotidianas en el seno de discursos previos al sujeto” (p. 13).

El relativismo, entonces, cae en la idea de que todo conocimiento es válido, por un lado, porque se aleja de la objetividad de reconocer una realidad externa al observador; pero, por otro, ninguna construcción es válida, sólo lo es de manera subjetiva y relativa al contexto en donde se produce. Al respecto, Haraway (1995) sostiene que “el relativismo es una manera de no estar en ningún sitio mientras se pretende igualmente estar en todas partes” (p. 303).

Puede observarse, entonces, que el construccionismo gira en torno a lo social, desplazando la esfera de lo individual, en donde la importancia de los procesos internos en la construcción de conocimiento y realidad es mínima. Por su parte el constructivismo, aunque pone su énfasis en lo individual, reconoce la interdependencia que existe entre esta esfera de lo humano y la dimensión social, permitiendo la comprensión de los fenómenos de manera holística e integral.

Curiosamente autores como White (1994) y Shotter (1993), autores que algunos llaman construccionistas, no se alinearon a la postura epistemológica construccionista y dan cuenta de las contradicciones que existen en este modelo. White identifica y expresa claramente la manera en que el trabajo terapéutico cambia nuestras vidas. Para lograrlo, los terapeutas deben comprometerse en un proceso reflexivo, volviendo la mirada sobre ellos mismos y, además, desdibujando los límites entre el sí mismo y el otro. En este caso es

aceptando la idea también de Shotter de la acción conjunta que ambas partes deben influirse mutuamente. Una manera en que nosotros como terapeutas podemos hacer esto es reconociendo la influencia que los pacientes tienen en nuestras vidas y relaciones.

De esta manera, asumir responsabilidad en el acto terapéutico es, además de no narraros determinados por el entorno, narrarnos como sujetos en constante transformación en interdependencia con nuestros consultantes. Es decir, un acto de responsabilidad es hacernos cargo también de nosotros mismos y de nuestra historia que se deconstruye sesión tras sesión.

#### **Cuarta categoría emergente: pasar de intervenciones generales a intervenciones más especializadas**

Una de las consecuencias del relativismo de la psicoterapia en la posmodernidad, y es algo en lo que lo sistémico también ha caído, es que su repertorio de técnicas, instrumentos y evaluación han centrado mucho la atención en la relación terapéutica, en la co-construcción de caminos, en donde la expresión del experto es el cliente, ha terminado cobrando bastante fuerza generando un horizontalismo en la relación en donde la experticia del terapeuta es cuestionada y sancionada, ya que es vista como una postura arrogante que desconoce al otro, en una relación de poder que subyuga al consultante. Postura claramente riesgosa por varias razones, una es la responsabilidad ética en la práctica clínica por parte del terapeuta, en donde al no haber diferencia de rol, ¿quién se hace responsable de lo que sucede? Por otro lado, negar la experticia y el conocimiento del terapeuta lo ubica en un rol pasivo en donde la disciplina, su saber y conocimiento tendrían que dejarse a un lado y casi priorizar la intuición, en donde el saber psicológico quedaría relegado por ser visto como

irrespetuoso e invasivo con la dignidad de consultante como si este saber lo negara. ¿Qué hacemos con la psicología como ciencia y disciplina en una postura en donde el cliente es el experto? ¿saber y conocer es negar al otro? y ¿qué hago además con mi historia de vida, de la cual no puedo desprender el rol de terapeuta?

La postura relativista, centrada con exclusividad en la relación, tiene como consecuencia el desarrollo de intervenciones generales, poco estructuradas, temerosas de orientar caminos y de asumir que existe un conocimiento previo desde donde converso con el otro.

El Construccionismo “asume que nuestros modos de describir, explicar y representar la realidad derivan de las relaciones” (Molinari, 2003, p. 8). Pone el énfasis en el conocimiento como resultado de la interacción social, dada entre los sujetos que comparten un contexto cultural; plantea que, sólo a través del lenguaje y de la conversación con otros, es posible la construcción de acciones con sentido y significado. Todas las construcciones de realidad derivan de las relaciones porque vivimos en sistemas, y como tales, sistemas relacionales. Por lo tanto, es una obviedad: toda construcción emerge tanto de relaciones con sujetos como con objetos.

De esta manera, el lenguaje asume un papel fundamental en el proceso de construcción desde ambas posturas, siendo para el constructivismo el vehículo a través del cual los seres humanos ponen en interacción con otros su realidad individual, con el fin de modificar y contrastar sus esquemas, logrando nuevas configuraciones de lo real. De esta manera, el lenguaje es entendido como la forma en que los sujetos intercambian información con el mundo.

Por su parte, el construccionismo social trasciende la idea del lenguaje como puente para el intercambio de información. Propone, por el contrario, que sólo a través de este se construye realidad, ubica a la conversación y al diálogo como condición necesaria para que pueda existir el conocimiento; en su ausencia es imposible llevar a cabo la construcción de acciones cargadas de sentido.

Al respecto Mateo Selvini, en entrevista realizada para esta tesis plantea:

- **MS:** Bueno, en mi opinión, cuando escucho a los construccionistas sociales en los congresos, durante los seminarios, me hacen pensar que el riesgo es el de hacer terapias psicopedagógicas. Yo siempre pienso eso, que hacen terapias demasiado invariables; lo he vivido también con nuestra misma experiencia. Por ejemplo, en el mismo trabajo de los años 80 hemos trabajado sobre la prescripción invariable, la prescripción de pedir a todos los padres de salir juntos, sin decir nada a los hijos y a los familiares. Es un tipo de terapia que es demasiado psicopedagógica, porque es un concepto muy sencillo, es la idea que tenemos de unir a los padres, crear una buena colaboración con los padres, bueno, es una idea muy correcta, pero es una idea insuficiente. La experiencia clínica nos ha demostrado que podemos tener padres muy cooperativos, muy unidos frente a la problemática del hijo, pero eso no es suficiente para tener un buen éxito; es una condición buena, pero no suficiente, y eso sucede en general con todas las terapias construccionistas, narrativistas, solucionistas y muchas etiquetas diferentes.

El problema para mí es todo esto. Por tal razón, ahora estamos escribiendo un libro que se va a llamar *Las siete puertas de la Psicoterapia Sistémica*. La idea es que necesitamos no un diagnóstico o dos, como decía usted; no es suficiente el diagnóstico sistémico, el diagnóstico de la psicopatología; necesitamos también el diagnóstico de la

petición de ayuda, el diagnóstico del apego, del vínculo, el diagnóstico de la personalidad, el diagnóstico relacional, el diagnóstico de las emociones del terapeuta. Ahora, para terapias más específicas, necesitamos un diagnóstico muy sofisticado, si no, hacemos sólo una psicopedagogía, como la prescripción invariable, y no una verdadera terapia.

Contemplar esta postura como foco de desarrollo de la terapia sistémica tiene varias implicaciones: una es reconocer el lugar del terapeuta en la intervención, reconocer su experticia y saber psicológico: lo otro es que esta experticia no determina al otro. Si entendemos la relación sistema entorno sabemos que no tenemos la capacidad de generar un cambio en el otro; es decir, el control instruccional es una fantasía; así quisiéramos hacerlo, no lo podemos hacer, no tenemos tal poder. Cuando eso no se observa desde la interdependencia se cree que podemos dominar al otro y pasar por encima de él. Por otro lado, implica el desarrollo de técnicas e intervenciones que respondan de manera eficaz a la complejidad de los síntomas a los que estamos abocados en esta época en donde intervenciones generales no dan resultado.

Sin embargo, hay un gran aporte del construccionismo social y es su postura crítica frente al discurso dominante del déficit, el cual se debe tener en cuenta y puede ser compartido por la terapia sistémica.

Una salida gradual de esto implica poner en acción el discurso en donde, al máximo, de manera crítica, nos resistamos a posturas reduccionistas del ser humano centradas en la hiperpatologización de la época, la medicalización excesiva que pone por delante de lo psicológico la comprensión médica de la enfermedad, apoyada por una industria millonaria, y nos implica desarrollar y

sostener construcciones alternativas: los terapeutas pueden trabajar con sus clientes para que construyan una visión de sí mismos más positiva y deseable. (Gergen 2005, pp. 167-168).

### **Reconocer la finitud del constructivismo sistémico en psicoterapia le garantiza su sobrevivencia a la terapia sistémica ya que nos obliga a conversar con otras teorías**

Generalmente en las discusiones académicas es fácil poner de relieve nuestros alcances y todos aquellos logros que nuestra perspectiva observa de la realidad y de los diferentes fenómenos; pero, una pregunta que ha sido importante durante esta tesis en las diferentes conversaciones ha sido ¿y lo sistémico qué no sabe? respuesta que no es muy fácil de encontrar pero que, al tenerla nos abre una perspectiva que, si se asume con tranquilidad y con humildad, nos permitiría develar nuestros puntos ciegos como paradigma, teoría y enfoque. Al respecto en conversación con el profesor Guillem Feixas plantea:

- **RC:** el psicoanalista argentino Héctor Fiorini plantea que generalmente sabemos qué sabe nuestro enfoque, pero, casi más importante que esto, es preguntarnos, ¿qué no sabe mi modelo? Y él hace un listado de cosas que el psicoanálisis aún no sabe, y lo hace de una manera autocrítica muy interesante. En esa misma lógica: ¿Qué no sabe aún la terapia sistémica? ¿cuáles son sus límites?
- **GF:** Muy claro, muy fácil la respuesta para mí, y muy directa. Lo que no sabe es cómo engranarse bien con lo intrapsíquico, porque, queda claro, la esencia identitaria del sistémico es justamente el bosque, el conjunto, el sistema. Pero, es que también hay

árboles, y lo que pasa dentro del árbol también es importante. Entonces, claro, para el sistémico, comprender esto necesita de un marco un poco integrador.

La forma como yo lo he solucionado —y lo digo por si a alguien más le resulta útil—, es que, desde una teoría de la comprensión de los procesos intrapsíquicos, como la teoría de constructos personales, con la matización y desarrollos posteriores a Kelly — que los hizo Procter y yo mismo he contribuido a ellos—, permite una buena circulación en dos direcciones entre lo intrapsíquico y lo sistémico; porque, en realidad, lo sistémico es un nivel de análisis, y el modelo sistémico está perfectamente diseñado para eso. Pero, para entender bien la clínica, se necesita también un nivel intrapsíquico, pero que sea congruente.

Cancrini decía: “Cuando trabajo con individuos, hago psicoanálisis; cuando trabajo con familias, hago sistémica; tú, como terapeuta, fórmate como psicoanalista, has un psicoanálisis personal y luego has formación en terapia sistémica para trabajar con familias”. A mí eso no me parece una propuesta interesante; me parece como irse cambiando de chaqueta y tampoco me parece saludable. Probablemente a él y a otros que he conocido les va muy bien, pero a mí no me gusta.

Entonces, me siento más cómodo con una teoría, digamos intrapsíquica, que sea permeable, que sea fácilmente transitable hacia lo sistémico. Y, en ese sentido, la teoría de constructos personales es una buena solución. Ahora están en boga las teorías sobre el apego, porque, si nos fijamos, el individuo sería la mónada; el sistema como mínimo son tres; el apego son dos, la díada. Y el apego no integra lo intrapsíquico y lo sistémico, pero está a mitad de camino. Entonces, resulta interesante para ambos, resulta muy interesante para los psicoanalistas, que son tan intrapsíquicos y que

criticaron a Bowlby y le hicieron la vida imposible mientras estuvo vivo y ahora son entusiastas del apego. ¡Ahora el apego es la gran novedad del psicoanálisis!

- **RC:** Psicoanálisis relacional.
- **GF:** Claro; ¿qué hay de nuevo en el psicoanálisis?: El apego, lo relacional, el vínculo entre dos como unidad de análisis. Pero, mientras esa mamá y ese niño se están vinculando de esta u otra forma, ¿qué pasa con el papá? Dirían los sistémicos, es que no hay dos sin tres... y, ¿qué pasa con los abuelos, la familia de origen de él, de ella, el/la canguro, los hermanos?

Pero claro, para esta necesidad sistémica de entrar a lo intrapsíquico, parece que el apego está a medio camino y resulta interesante porque es relacional, pero es una relación de díada. El apego no es sistémico, pero está cerca, y no es totalmente intrapsíquico. Pero, a mí me parece mucho más interesante la solución que he planteado antes.

Marcelo Rodríguez Ceberio al respecto plantea lo siguiente:

- **MRC:** Para mí, en cuanto el punto de vista de lo sistémico, coincido con Guillem, que justamente lo que te da es la perspectiva del contexto, las interacciones con el contexto, la interinfluencia intercontexto e intracontexto. Esto es, para mí, la gran claridad sistémica. Pero, lo que los sistémicos no terminaron de llegar a reconocer es, que también tienen intervenciones cognitivas, porque, por ejemplo, en la técnica del *reframe*, lo que estás reestructurando son categorías y la semántica subsecuente, estás haciendo, por ende, reestructuraciones cognitivas. Cuando contás un cuento, cuando mandás una metáfora, cuando hablás el idioma del paciente y cuando provocás, estás haciendo intervenciones que entran por lo pragmático, pero que actúan directamente en lo cognitivo.

El complemento de lo cognitivo es perfecto para ver y empezar a semantizar, encontrar los significados dentro de la caja negra, porque lo sistémico dice que vemos el *output* y el *input* en el bosque contextual, pero no dentro de la caja negra. Yo creo que el complemento de ir dentro de la caja negra, de realizar hipótesis que calcen o no calcen, no entendiendo esas hipótesis como verdades absolutas —porque si no estaríamos parados en las vertientes positivistas—, sino que son construcciones o, en última instancia, co-construcciones que se cuecen en la relación terapéutica y que el protagonismo del terapeuta hace que, en una relación como esta, esta palabra, la del terapeuta, esta construcción, pueda calzar en la cognición del paciente.

Te quiero decir algo más. Para mí, la relación terapéutica, esas versiones horizontalistas son errores epistemológicos, pragmáticos. La relación terapéutica siempre es una relación asimétrica, absolutamente siempre, porque el paciente que viene a pedir ayuda a un profesional, a un experto, es una persona; entonces la relación siempre queda parapetada asimétricamente. Es más, hay que saber utilizar de manera no soberbia, por así decirlo, esa ventaja de la asimetría, porque es lo que permite acentuar el poder de la intervención.

Hoy debemos romper definitivamente con la dicotomía cartesiana, porque nosotros decimos que criticamos la dicotomía cartesiana, pero en la espontaneidad de la observación del objeto terminamos viendo la mente por un lado y el cuerpo por el otro. Hoy más que nunca debemos construir hipótesis acerca del síntoma de nuestros pacientes, bajo ópticas emocionales profundas, bajo ópticas cognitivas de construcción de significado, bajo ejes de contextos sistémicos y elementos biológicos, neurobiológicos, endocrinos, neuroendocrinos, inmunitarios, que formen la hipótesis.

Nunca va a ser una hipótesis objetiva, pero sí poseerá una complejidad importantísima. Hoy en día, todos tenemos que entender esto como un gran fenómeno que estamos viviendo, y que tenemos que construir rompiendo con esa tradición dicotómica.

Esta postura complementaria entre los autores podría ser tremendamente prolífica para la terapia sistémica pero implica el reconocimiento del límite, lo cual no le quita valor a la teoría, ni al enfoque. No estamos viviendo una época en donde las fronteras deban crecer, en donde los sistemas psicológicos sigan siendo territorios imperturbables los cuales deben ser protegidos hasta la muerte; hoy no podemos recrear viejas disputas entre conductistas y psicoanalistas; la pregunta hoy debe ser actualizada, y más que preguntar por la frontera debemos tener la capacidad de observar la comunicabilidad entre sistemas, cómo estos se acoplan e interpenetran sistémicamente. En tal sentido, la propuesta de integración de la psicoterapia se convierte en una apuesta importante en donde la terapia sistémica ganaría y aportaría mucho sin lugar a dudas. A este respecto Guillem Feixas plantea lo siguiente:

- **GF:** Sí, yo creo que para entender bien algo hay que entenderlo como constructo, es decir, como algo que tiene dos polos; trazar una distinción o la noticia de la diferencia, como diría Bateson. Así, por un lado, tenemos la lucha de escuelas, que me parece que es un poco lo que me estabas describiendo que ocurre en Colombia y que sigue ocurriendo en todo el mundo de una forma bastante importante, y que se caracteriza por continuar la formación dentro de mi escuela, desacreditar lo que hacen los otros, considerar que los de mi escuela son los mejores y que nosotros podemos llegar a resolver todos los problemas clínicos mejor que los de la escuela de al lado. Esa es la idea.

Y, además, deviene un tema identitario, yo soy sistémico y este es cognitivo, y este es psicoanalista; somos como tribus o grupos distintos. Este es el nivel cuyo polo opuesto es la integración. La integración se caracteriza por lo opuesto de esto. Reconocer que otros enfoques hacen cosas interesantes, reconocer la complejidad de la clínica, reconocer las limitaciones de mi propia escuela e intentar no luchar para ganar, sino el diálogo para que aprendamos juntos ¿se percibe la diferencia?

Esto, para mí, es lo fundamental de la integración y fue lo que movió a que un grupo de conductistas y psicoanalistas en Estados Unidos, a principios de los años ochenta, fundaran la *Society for the exploration of psychotherapy integration* - SEPI, que no quería devenir una nueva escuela de terapia, sino una sociedad para la exploración, que diera la bienvenida a psicoterapeutas de todas las orientaciones y todas las tradiciones, y que pusiera en común y que se pudiera dialogar y compartir. Claro, el problema es que este tipo de propuestas en una civilización como la nuestra, que es tremendamente competitiva y donde hay una gran cantidad de intereses económicos, no está destinada a ser la vencedora; no está destinada a tener gran éxito. Es mucho más exitoso intentar que mi paradigma, que mi modelo, gane al otro.

Y, de hecho, las cosas han ido de tal manera en el mundo, tal como yo lo percibo (lo que puedo ver desde mi esquinita, desde mi ventana de Barcelona y yendo a congresos y navegando bastante en internet). Alguien que defiende su modelo dice que en el mundo de la psicoterapia hay un modelo que es predominante y que, cada vez, está tomando más amplitud y que aspira a ser hegemónico: el modelo cognitivo conductual. Con respecto a los otros modelos, están en una posición de simplemente ignorarlos. Algún día se irán debilitando y se irán sumando a nuestro modelo que es el bueno, el de

la psicología científica, creo que dirían ellos. Lo de científico luego tendríamos que matizarlo un poco, pero esta es la idea.

Entonces, yo creo que la idea de contraponerle algo a la lucha de escuelas era buena; pero, si no hay mucha más gente que se sume a ello, no progresará. Creo que, en fin, probablemente, muchos de los que nos escuchen o lean esta entrevista será la primera vez que escuchen hablar de la Sociedad de Exploración para la Integración de la Psicoterapia - SEPI.

El tema de la integración es nuevo, a pesar de que hace treinta y tantos años que está como movimiento, porque ideas de integración hubo algunas muy importantes, como la de Dollard y Miller, en los años cincuenta en Harvard, que hicieron un modelo precioso, integrando conductismo y psicoanálisis. Está publicada en español: se llama *Personalidad y Psicoterapia*; es una obra magnífica y nadie le hizo el más mínimo caso, porque los psicoanalistas eran hegemónicos y creían que no necesitaban de nadie, y los conductistas creían que podían ganar ellos solos y para qué integrar. Y esto describe un poco la situación, esto fue lo que sucedió en el año 1950, cuando se publicó esta obra; y lo que ha ido aconteciendo con los años es un poco más de lo mismo y, digamos, a partir del movimiento integrador, somos unos cuantos los que estamos abiertos a otras perspectivas, que intentamos situarnos en el otro polo.

Pero el otro polo, por sí mismo, tiene un gran problema, y es que no constituye una alternativa, porque si la constituyera sería otro modelo. Entonces, la integración es simplemente, o se entiende mejor como el opuesto de la lucha de escuelas, pero, ¿qué es la “no lucha de escuelas”?... muchas cosas. Conversar, compartir entre un psicoanalista y un sistémico, entre un sistémico y un cognitivo, etc... no es algo establecido.

Entonces, ¿qué es lo que ha aparecido dentro de este paraguas integrador? Han aparecido varias cosas, una de ellas ha sido una serie de modelos integrados. Por ejemplo, el modelo cognitivo-analítico que intenta integrar lo cognitivo y la teoría psicodinámica de las relaciones objetales. Hay muchas terapias que han surgido de integrar otras cosas.

Pero, si antes teníamos unos cuantos modelos, digamos “puros”, ahora tenemos esos modelos, más todas las combinaciones posibles, que hacen las integraciones entre ellos, con los cuales las cosas, parece, que se complican más que simplificarse.

Y luego está el reconocimiento de los factores comunes, que me parece que es un elemento importante y que podría vincularse con aspectos que son relevantes para la investigación y que preocupan a la industria farmacéutica, como el placebo, las condiciones facilitadoras de la terapia (p. ej., empatía), etc. Es un área interesante de estudio y sugiere que el gran potencial de la psicoterapia no está en lo específico de cada modelo, sino en lo que es común. Representa un avance, aunque yo creo que, en determinados problemas —y hablo como supervisor de casos difíciles—, justamente lo que permite avanzar en un caso, pocas veces, son los factores comunes, sino que son desarrollos técnicos, muy específicos, pero muy adecuados a la formulación que se pueda hacer de ese caso. O sea, yo me alegro y apoyo el movimiento de los factores comunes, pero me parece que su alcance es limitado. Necesitamos técnicas sofisticadas específicas también, no comunes.

- **RC:** Y en lo que es común, usted plantea que el constructivismo se puede convertir en un centro, no sé si entiendo bien esa idea.

- **GF:** Bueno, yo lo que diría es que, si intentamos tomar la epistemología constructivista como referente clave, podríamos integrar teorías que son bastante distintas. Esta es mi propuesta.

Pero, claro, aquellos que tengan una epistemología objetivista, como, por ejemplo, los enfoques conductuales más clásicos, o incluso algunos modelos psicodinámicos (porque dentro de los psicoanalistas hay los que son constructivistas y los que no). Cuando el terapeuta cree que hay una verdad específica, incuestionable, entonces no es posible la integración de la que yo estoy hablando, que sería una integración entre enfoques que compartan una epistemología constructivista, o sea, terapias sistémicas, narrativas, construccionismo social, terapia de constructos personales, quizás un psicoanálisis constructivista (Spencer, Stolorow, Safran, y otros psicoanalistas norteamericanos que han evolucionado hacia el constructivismo). Pero, para integrar, tiene que haber una epistemología común, si no los enfoques se dan bofetadas.

### **Discusión**

La identidad, el cambio y la relación terapéutica son tres grandes categorías para entender la psicoterapia de hoy, las cuales, desde postulados constructivistas, permiten una conversación entre modelos que enriquecen la mirada. Las diferentes lecturas que cada una de las posturas pertenecientes al paradigma posmoderno hace de conceptos como el Yo, el cambio y la relación terapéutica, permiten adoptar una posición política frente a la eficacia de cada una de ellas, para explicar los fenómenos psicológicos en la práctica clínica.

## **Nivel metateórico**

Ante esto, podría decirse que se presenta acuerdo con algunas de las premisas básicas que el construccionismo propone alrededor del ejercicio de la construcción de la realidad. Queda claro que la realidad es una construcción subjetiva que se cimienta en interdependencia con el ambiente, es decir, que el contexto, como lo propone el construccionismo, es condición necesaria para que se dé el proceso de construcción; pero no el único escenario, puesto que queda la inquietud por el lugar del sujeto en relación con dicho contexto. Esta idea, que resulta reduccionista, hace que la lectura que el construccionismo **realice** de los fenómenos psíquicos y su forma de operar, resulte incomprensible en la práctica e incluso ingenua, dejando una sensación de desdén e inconformidad, pues epistemológica y metodológicamente no logra claridades desde un escenario psicoterapéutico.

## **Teoría formal y clínica**

Negar el carácter subjetivo y preverbal que cobija a todos los seres humanos, determinándolos como seres sociales que se construyen sólo a través de su conversación con otros, implica pararse desde posturas deterministas que eliminan categorías como la libertad y la autonomía de la esfera de lo humano\*, categorías que resultan importantes a la hora de pensar en el cambio, puesto que, desde esta mirada, la responsabilidad de la transformación recae sobre los espacios discursivos en que está inscrita la persona,

---

\* Siempre libertad y autonomía bajo los límites del sistema.

haciendo que ésta atienda, de manera pasiva, a los movimientos culturales que experimenta; esto es llevar la esencia humana a límites reduccionistas.

El construccionismo social no hace esta lectura de la relación sistema-entorno, dándole lugar sólo a la influencia de lo social en el proceso de construcción de la realidad, siendo los espacios discursivos los únicos que dan sentido y significado a la experiencia humana. Esta distinción constituye una de las divergencias más significativas entre el constructivismo y el construccionismo, y es una de las razones por las cuales dentro de esta investigación se denomina al constructivismo como un paradigma de las ciencias modernas, pues brinda un sustento epistemológico, teórico y metodológico claro de cómo los seres humanos participan activamente en la construcción de su realidad. Por el contrario, el construccionismo es denominado como un modelo, pues comparte la metáfora del conocimiento como algo construido por los seres humanos, pero demuestra falta de claridad e incongruencia en el sustento epistemológico que trata de explicar.

### **Nivel de técnica y estrategia**

También es ingenuo pensar en relaciones simétricas dentro del espacio terapéutico, como lo propone el construccionismo, pues será imposible despojar al terapeuta de su conocimiento como experto en el quehacer psicológico. Siempre existirán diferencias en la posición que consultante y terapeuta ocupen dentro del proceso psicoterapéutico, empezando por el carácter económico y transaccional que constituye la terapia, donde es el consultante quien paga por servicios especializados a la persona del terapeuta, y además es quien llega con una demanda específica, que necesitará de otro (terapeuta) que permita la autorreferencia para operar el cambio.

Es así como el paradigma constructivista, con la lectura que hace de la relación sistema-entorno, en clave de co-evolución, brinda claridades frente a los vacíos que, por el contrario, el modelo construccionista deja. Aquí se le da un lugar al sujeto en el proceso de construcción, donde, por efecto de la retroalimentación, se generan cambios permanentes, tanto en el sujeto como en el contexto, pero entendiendo al protagonista del proceso como un ser autopoietico, capaz de auto-organizarse y auto-actualizarse, operando en clausura operacional que, queda claro, no es una posición solipsista -donde se niega el intercambio con el medio-, sino, por el contrario, se advierte que existe tal intercambio, reconociendo los límites del sistema, con los cuales tiene la capacidad de permitir el paso o no de determinada información, siempre dependiendo del efecto que esta pueda provocar en la organización estructural del sujeto.

Así mismo, reconoce el carácter asimétrico de la relación terapéutica, donde ambos son expertos en asuntos diferentes; por un lado, el terapeuta es experto en el conocimiento psicológico, y por el otro, el consultante lo es de su experiencia; esta particularidad de la relación los ubica en lugares distintos, con alcances igualmente diferentes. La presencia del terapeuta, como otro que presta un nuevo lugar de observación, se hace indispensable para pensar el cambio, dando fuerza a la idea de sistemas autopoieticos y autorreferentes.

Por otro lado, está la importancia de reconocer la asimetría en la relación terapeuta – consultante, ya que este encuentro requiere observar la diferencia sistema entorno; es decir, para que se dé la autorreferencia como escenario del cambio se requiere de otro. Sin embargo, para ser otro se requiere de una diferenciación de rol el cual permite diferentes niveles de observación, en donde se da desde la interdependencia un proceso de transformación el cual en muchos casos es mutuo. Además de esto, la asimetría ubica al

terapeuta en un rol de responsabilidad que no podemos evadir éticamente, en donde desde un saber psicológico acompaña el proceso de transformación del otro.

Entre las razones que justifican tal asimetría relacional se hallan, por ejemplo, la figura del médico o del psicólogo como profesionales universitarios, que implica adjudicarles mayor capacidad que el común de la gente, actitud que se traduce en idealización del profesional. También, la urgencia de ser ayudado del que consulta, lo posiciona en el lugar del necesitado frente a otro proveedor; de la misma manera, que uno de los interlocutores es el que presenta el problema y el otro las herramientas para solucionarlo.

Pero, habría que diferenciar -si no se cae en un modelo que en su aplicación resulta utópico- que una cosa es que la relación terapéutica de por sí sea asimétrica y otra es que el terapeuta incentive con sus comportamientos tal diferenciación de niveles, mediante, por ejemplo, el trato de “usted” como toma de distancia rígida uso de guardapolvo para trazar una distinción con el paciente, gesto impertérrito cuidándose de no reaccionar alevosamente ni siquiera con una mueca que altere la neutralidad, negarle al paciente ir al lavabo si lo solicita, falta de permiso para el humor, etc. (Rodríguez Ceberio y Watzlawick, 2008, citados por Celis y Rodríguez, 2016, pp. 25-26).

Por tanto, el constructivismo, como paradigma integrador, surte de claridad teórica, metodológica y epistemológica al proceso de construcción de la realidad y del conocimiento; el psicoterapeuta contemporáneo la necesita para su ejercicio ético, que le permitirá reconocer el escenario de su intervención, donde el cambio prevalezca, y se identifique conceptual y pragmáticamente la idea de Yo, de cambio y de relación

terapéutica, cuyo entendimiento le llevará a conversar con otros modelos psicológicos en pro de la integralidad del sistema consultante. En tal sentido, el modelo de integración de la psicoterapia se hace urgente para el desarrollo de la terapia sistémica ya que la ubica en postura autocrítica y de conversación con otros a los cuales puede complementar y los cuales le pueden ayudar a develar sus puntos ciegos.

### **Conclusiones**

A manera de conclusión podemos sintetizar las siguientes ideas:

La tensión entre constructivismo y construccionismo es necesaria para el desarrollo de la terapia sistémica porque no reconoce al construccionismo de manera ingenua y acrítica como la punta de lanza de la terapia sistémica; por el contrario lo observa claramente contradictorio y en vía opuesta al desarrollo de la terapia sistémica, más allá que en la técnica puedan existir algunas coincidencias y complementariedades, como lo puede ser la terapia narrativa.

El futuro de la terapia sistémica debe aislarse del relativismo construccionista, el cual más allá de aportar a la discusión política sobre el individuo y la psicoterapia, nos aísla de la conversación científica contemporánea, en donde el “todo vale” es el síntoma de la ausencia de comprensión sistémica de los conceptos de reducción de complejidad, reflexividad y cibernética, en donde consecuencia de esto el ser humano sea un subproducto de la cultura y no un co-constructor de ella.

Además de esto se observa:

- Una terapia sistémica que no renuncia a la idea del yo y radicaliza la idea constructivista de coevolución en la relación sistema – entorno
- Una psicoterapia que si bien ha desarrollado una gran experticia en la comprensión del bosque sabe leer al árbol y profundiza en él, tan apasionadamente como en los diferentes contextos y metacontextos.
- Una psicoterapia sistémica que con humildad converse en ejercicios de integración con diferentes modelos y teorías como el psicoanálisis relacional, las terapias cognitivoconductuales, la terapia de constructos personales, entre otras, problematizando cotidianamente sus postulados y puesta en escena terapéutica.
- Claramente puede imaginarse una terapia sistémica perdida en el relativismo del todo vale, ambiguo, que desconoce al sujeto y su libertad, pandeterminado por la cultura. Y tampoco una terapia familiar sistémica que se pierda en posturas metafísicas mágicas que, bajo el pretexto de que todo tiene conexión con todo, todo es terapia sistémica. Una terapia sistémica que de manera crítica se esfuerce en conversar con la psicología basada en la evidencia y demuestre, con una postura ética, que lo que hace funciona y tiene validez científica, no con el fin de crear un neopositivismo ramplón, sino con el fin de falsear nuestras certezas desde la investigación.

Por último quiero traer este aparte de conversación con el profesor Marcelo Rodríguez Ceberio.

- **RC:** Sí, profesor. Yo quisiera profundizar un poco en una idea y es en este sentido: el constructivismo y el construccionismo ¿los ve fácil de acoplar o percibe tensión, algún tipo de quiebre entre uno y otro?

- **MRC:** Yo tengo una versión: mi tendencia en general es más de complementariedad que de confrontación. Yo creo que muchas teorías tienen una validez importante, que no hay que desconocerlas, me parece que hay que acoplarlas de manera funcional. Digo esto, porque, vos fijáte que ni siquiera estoy descartando parámetros objetivistas y decir no, es subjetivismo, es lo que vale. Estoy complementando versiones subjetivistas con objetivistas (*distintos niveles de objetividad dentro de la subjetividad relacional que establezco con el contexto*), estoy marcando parámetros lineales, como parte de un proceso circular.

Pienso que la diferencia es un construccionismo social que enmarca parámetros individuales y que tiene que ver con elementos sociales, básicamente; y un punto de vista del constructivismo que tiene que ver con las construcciones de realidad que desarrolla un individuo. Yo estoy enlazando ambas construcciones. Sostengo que hay parámetros socio-culturales que nos reglan, que nos hacen. Una sociocultura que nos rige y que nos insta a realizar ciertas construcciones personales, más allá que la identidad se labre en lo social. Yo soy yo, porque vos sos vos / vos sos vos porque yo soy yo; entonces, vos sos vos y yo soy yo. Por supuesto que el fuero individual está en esa interacción, la construcción individual que hace que nosotros seamos quienes somos en un constructo social.

### **Aportes de la investigación**

Claramente toda investigación busca hacer algún tipo de aporte; esta investigación lo que pretendió, desde el inicio, fue hacer una reconstrucción histórica del constructivismo sistémico y del construccionismo social, evidenciando las tensiones y coincidencias entre

estas dos miradas y cómo esto impacta el desarrollo de la terapia sistémica alrededor de tres problemas de conocimiento: la identidad, el cambio y la relación terapéutica.

En este orden de ideas, los aportes los podemos ubicar en relación con estos problemas los cuales tienen su despliegue a nivel metateórico, de la teoría formal, de la teoría clínica y de las estrategias y técnicas.

El aporte a nivel metateórico es el reconocimiento del constructivismo sistémico y del construccionismo social, en el marco del paradigma constructivista, y cómo, a pesar de este lugar común en el mayor nivel de abstracción, son claramente diferentes en su epistemológica y principios orientadores. En tal sentido, con total claridad podemos hablar que la expresión “sistémico - construccionista”, utilizada especialmente en algunos países latinoamericanos debe realizarse con muchas precisiones, ya que cuando hablamos de lo sistémico no es sinónimo de construccionismo y viceversa.

Tampoco se debe leer el construccionismo como la punta de lanza de lo sistémico ya que son dos modelos que surgen de lugares teóricos diferentes, a pesar de que puedan coincidir en algunas puestas en escena en el contexto de la psicoterapia, como lo son las técnicas narrativas, los diálogos generativos, la indagación apreciativa entre otras. Estos son dos caminos que se pueden cruzar en ocasiones, que mirados muy de cerca, sin mucha distancia, podrían confundirse, pero que cuando tomamos distancia vemos que son dos caminos que no parten del mismo lugar; seguramente tienen finalidades comunes, pero la manera como se desarrolla el trayecto de este camino marca grandes diferencias, especialmente a nivel epistemológico, en donde las ideas acerca del Yo, del self, la identidad, el lenguaje, las narrativas y, sobre todo, como se entiende la construcción de la realidad y el lugar del observador, del sujeto, su subjetividad y la relación sistema–entorno,

parten de lugares diametralmente diferentes, con posturas muy difíciles de conciliar y de encontrar complementos entre ellas.

El aporte a este nivel epistemológico en la investigación busca ampliar la reflexión teórica, la cual en la historia de lo sistémico ha sido una gran fortaleza y es a partir de esta epistemología contundente que ha habido desarrollos en la comprensión clínica y en el desarrollo técnico de gran importancia y ha hecho de la terapia sistémica un modelo original, de aportes muy significativos para la psicoterapia.

En una época de altísima competitividad lo que se ha generado en diferentes modelos y enfoques psicoterapéuticos es el desarrollo de tecnologías que, con pretensión efficientista, respondan al mercado cuya demanda son respuestas rápidas y económicas haciendo de la psicoterapia un producto que debe ser competitivo. Una de las consecuencias de esta lógica de mercado es que se deja de lado la reflexión teórica y se prioriza la técnica que, sin teoría, es irreflexiva e incurre en ingenuidades que tienen implicaciones en la acción terapéutica.

Otro aporte de esta tesis es la de amplificar la reflexión del lugar del terapeuta en psicoterapia y las implicaciones éticas de esto, en donde se reafirma la idea de la asimetría en la relación terapéutica. Expresiones como el “experto es el cliente”, son expresiones cargadas de un componente ideológico, casi moralizante, que desconoce cómo opera el cambio en autorreferencia, en una relación de coevolución sistema-entorno.

Además de esto, otro aporte significativo es proponer dos caminos de desarrollo para la terapia sistémica, a partir del reconocimiento de sus límites. Uno es el reconocimiento de profundizar sistémicamente en lo individual, lo que sucede con la subjetividad, con la cognición con las emociones; esto nos lleva a repensar la idea de

personalidad, de trauma psíquico. La terapia sistémica tiene como experticia la lectura del bosque pero no sabe qué sucede dentro del árbol, es decir, el psiquismo como sistema lo debemos comprender.

De la mano de esto, otro camino de desarrollo surge para la terapia sistémica y es la conversación que ella tenga en clave de integración con otros sistemas psicológicos, que compartan el constructivismo como metateoría común. La integración de la psicoterapia es una apuesta de época que no podemos desechar los sistémicos ya que en ella nos enriquecemos y enriquecemos a la psicología. Esta no es una época en donde la pregunta sea por la frontera, sino por lo que nos une y complementa en rigor académico. Esta vía redundará en algo y es el desarrollo de intervenciones altamente especializadas con una importante fuerza teórica que trascienda intervenciones generales, las cuales son muy útiles pero en muchas ocasiones insuficientes.

Estos son aportes que consideramos importantes de esta investigación; esperamos que puedan ser potenciados con otras investigaciones y redunden en una terapia sistémica fuerte, a nivel mundial y en constante transformación.

### **Algunos aspectos por mejorar de la investigación**

Realizar investigación de corte teórico implica un nivel de abstracción grande por parte del investigador y, en tal sentido y cibernéticamente hablando, las conclusiones hasta el momento generadas por este trabajo son susceptibles de ser pensadas y repensadas, una y otra vez, desde diferentes puntos de vista y ángulos diversos. En tal sentido, la pretención de esta investigación no es cerrar la discusión; por el contrario abirla e intensificar el debate

teórico el cual, de manera argumentativa, permitirá el mantenimiento de las hipótesis planteadas o por el contrario su deconstrucción.

Al ser esta una investigación que amplifica algunas tensiones teóricas que no pre-existen, sino que emergen metodológicamente en la abstracción del investigador se vuelven bastante polémicas e implican la creación de más escenarios conversacionales (foros, debates, mesas redondas, entre otros) en donde se den múltiples consensos y discensos que enriquezcan la discusión de manera constructiva y propositiva.

En la investigación se entrevistaron autores muy relevantes de la psicoterapia y representantes del constructivismo y construccionismo social. Sería importante para una próxima investigación invitar autores no tan fieles representantes a estas dos miradas, sino algunos autores que hayan realizado conversaciones teóricas integradoras que hablen de lo sistémico construccionista como una opción teórico-metodológica. Conocer estas versiones enriquecería el debate ya que en algún nivel de análisis lo han resuelto con alguna coherencia.

Por otro lado, se hace relevante el intensionar el debate público sobre esta tensión teórica y que la comunidad de psicoterapeutas sistémicos la adviertan y se puedan construir diferentes rutas de desarrollo de la terapia sistémica, de la mano de sus principios, desde una postura crítica y analítica.

### **Futuras investigaciones**

Se sugieren algunos tópicos que sería interesante investigar con el fin de ampliar la discusión alrededor de los sistemas y sus aplicaciones psicoterapéuticas, siempre con el fin último de fortalecer los procesos terapéuticos en pro del bienestar del individuo. Estos son:

- Rutas y caminos de desarrollo de la terapia sistémica: presente y futuro
- La eficacia de la terapia familiar sistémica en multiples psicopatologías y su comparación con otros sistemas psicológicos.
- La terapia sistémica y su integración con otros sistemas psicológicos.

## Referencias

- Agudelo, M., y Estrada, P. (2012). Constructivismo y Construccinismo social. Algunos puntos comunes y algunas divergencias de estas corrientes teóricas. *Prospectiva*, 17, 353-378.
- Agulló, T. (1997). *Jóvenes, trabajo e identidad*.
- Alemaný, C. (2007). *Manual práctico del focusing de Gendlin*. Buenos Aires: Desclée de Brouwer.
- Arciero, G. (2005). Estudios y diálogos sobre la identidad personal. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ashby, W. R. (1999). *An Introduction to Cybernetics*. London: Chapman & Hall.
- Balbi, J. (1994). *Terapia cognitiva posracionalista. Conversaciones con Vittorio Guidano*. Buenos Aires: Biblios.
- Balbi, J. (2004). *La mente narrativa: Hacia una concepción posracionalista de la identidad personal*. Buenos Aires: Paidós.
- Ballina Ríos, F. (2006). Diferencias en la administración premoderna, moderna y posmoderna: propuestas para un debate en Latinoamérica. *Revista Latinoamericana de Economía*, 37(144), 221-233.
- Bateson, G. (1972). *Step to an ecology of mind*. USA. Ballantines Books. Versión cast. (1976). Pasos hacia una ecología de la mente. Buenos Aires. Carlos Lohlé.
- Bateson, G. (1979). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Bellah, R. N., Madsen, R., Sullivan, W. M., Swidler, A., & Tipton, S. M. (1985). *Habits of the heart: Individualism and commitment in American life*. Los Ángeles: University of California Press.
- Bertalanffy, L. V. (1989). *Teoría general de los sistemas. Fundamentos, desarrollo, aplicaciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Botella, L., Maestra, J., Feixas, G. Corbella, S. y Vall, B. (2015). Integración en Psicoterapia: Pasado, Presente y Futuro. *Integración en Psicoterapia*, 1-40.
- Botella, L., Meritxell, P., y Herrero, O. (1999). *Pensamiento posmoderno constructivo y psicoterapia*. Universidad Ramón Llull. Inédito
- Bradford, P. (1994) La estética del cambio. Buenos Aires, Paidós
- Bravo, C. (2002). *Hacia una comprensión del construccionismo social de Kenneth Gergen*. Seminario de psicología Social. Santiago de Chile: Universidad Bolivariana.
- Bruner, J. (1986). Juego, pensamiento y lenguaje. *Perspectivas*, 78, 4-10.
- Burr, V. (1997). *An introduction to social constructionism*. London: Routledge.
- Cathalifaud, M. (2000). Epistemología aplicada. Constructivismo Sistémico. *Revista Chilena de Temas Sociológicos*, 67, 145-159.
- Ceberio, R. M. y Watzlawick, P. (1998). *La construcción del universo*. Barcelona: Herder.
- Ceberio, R. M. y Watzlawick, P. (2008). *Ficciones de la realidad, realidades de la ficción. Estrategias de la comunicación humana*. Paidós: Barcelona.
- Celis Pacheco, R. A. y Rodríguez Ceberio, M. (2016). *Constructivismo y Construccionismo Social en Psicoterapia*. Bogotá: Manual Moderno.
- Crego, A. (2003). Los orígenes sociales de la conciencia: Un Marco teórico para la salud mental. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 88, 73-90.

- Derrida, J. (1971). *Firma, acontecimiento, contexto*. Comunicación en el Congreso Internacional de Sociedades de Filosofía de la lengua francesa. Montreal.
- Feixas, G. (1994). Constructivismo y Psicoterapia. En M. Garrido y J. García (eds.), *Psicoterapia. Modelos contemporáneos y aplicaciones* (pp. 303-321). Valencia: Promolibro.
- Feixas, G. y Villegas, M. (2000). *Constructivismo y psicoterapia*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Fiorini, H. (2001). Qué hace a una buena psicoterapia psicoanalítica. *Psicoanálisis, focos y aperturas*, 74-90.
- Foerster, H. Von. (1994). Visión y conocimiento. Disfunciones de segundo orden. En D. Schnitman, (comp.) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Gadamer, H. G. y Boehm, G. (1979). *Philosophische Hermeneutik*. Frankfurt: A. M.
- Gadamer, H. G. (1990). Das Erbe Europas (Giralt Gorina, Pilar, trad.) [La herencia de Europa]. Provença. p. 160. ISBN 8429730613.
- Garzón, D. I. (2008). Autorreferencia y estilo terapéutico: su intersección en la formación de terapeutas sistémicos. *Diversitas – Perspectivas en Psicología*, 4(1), 159-171.
- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Nueva York: Gedisa.
- Gendlin, E.T. (1993). Words can say how they work. En R. Crease (ed.), *Heidegger conference proceedings*. Nueva York: State University of Nueva York.
- Gergen, K. (1985). The Social Constructionist Movement in Modern Psychology. *American Psychologist*, 40(3), 266-275.
- Gergen, K. (1992). *El Yo saturado*. Barcelona: Paidós.

- Gergen, K. (1996). *Realidades y Relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K. (2005). *Construir la Psicoterapia. El futuro de la Psicoterapia*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K. J., & Gergen, M. (2010). *Construccionismo social. Um convite ao dialogo*. Río de Janeiro: Instituto Noos.
- Glaserfeld, E. Von. (1994). La construcción del conocimiento. En D. Schnitman (comp.) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Gleitman, L. y Newport, E. (1995). The invention of language by children: Environmental and biological influences on the acquisition of language. En L. Gleitman y M. Liberman (Eds.), *An invitation to cognitive science: Language* (pp. 1–24). Cambridge, MA: MIT Press.
- Guidano, V. F. (1994). *El sí mismo en proceso*. Barcelona: Paidós
- Guidano, V. F. (marzo de 1998a). *Psicoterapia: Aspectos Metodológicos, problemas clínicos y preguntas abiertas*. Congreso internacional de constructivismo en psicoterapia. Disponible en: [http://www.inteco.cl/temporal/conferencia\\_guidano.html](http://www.inteco.cl/temporal/conferencia_guidano.html)
- Guidano, V. (1998b). Los procesos del self: continuidad vs. discontinuidad. Disponible en: [http://www.inteco.cl/articulos/008/texto\\_esp.htm](http://www.inteco.cl/articulos/008/texto_esp.htm)
- Haraway, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Hernández, A. (2004). *Psicoterapia Breve sistémica. La construcción del cambio con individuos parejas y familias*. Bogotá. Ed. el Búho.

- Ibáñez, T. (2001). *Municipiones para disidentes. (Realidad – Verdad - Política)*. Barcelona: Gedisa.
- Ibáñez, T. (2003). La construcción social del socio construccionismo; retrospectiva y perspectiva. *Revista Política y Sociedad*, 40(1), 155-160.
- James, W. (1980). *The Principles of Psychology*. Cambridge: Harvard University Press.
- Jubés, E., Laso, E., y Ponce, A. (2000). Constructivismo y Construccinismo. Dos extremos de la cuerda floja. *Boletín de Psicología*, 69, 71-89.
- Lax, W. (1997). *Construcciones de la experiencia humana*. Barcelona: Paidós.
- Linares, J. L. (1996). *Identidad y narrativa*. Barcelona: Paidós.
- Linares, J. (2006). Diálogos sobre personalidad, identidad y narrativa. *Redes*, 2(16), 83-95.
- Lyddon, W. (1995). Cognitive Therapy and Theories of Knowing: A Social Constructionist View. *Journal of Counseling & Development*. 73. 10.1002/j.1556-6676.1995.tb01799.x.
- López Caicedo, M. (2008). *Construcción del conocimiento*. Medellín: Esap.
- López Silva, P. (2010). *Discusiones acerca de la identidad personal ¿Fenómeno experimentado o construcción conversacional?* (Tesis de grado). Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Chile
- López Silva, P. (2013). Realidades, construcciones y dilemas. Una revisión filosófica al Construccinismo social. *Cinta Moebius* 46, 925.
- Luhmann, N. (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Anthropos.
- Luján, M. (2016). Si quieres saber del agua, no le preguntes al pez. Epistemología de segundo orden en el estudio de la violencia. *Eidos*, 26, 121-148.

- Lyotard, J. F. (2006). *La condición postmoderna* (4° ed.). Madrid: Cátedra.
- Maturana, H. (1994). *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano*. Chile: Instituto de Terapia Cognitiva.
- Maturana, H. (1995). *La realidad. ¿Objetiva o construida? I. Fundamentos biológicos de la realidad*. México: Anthropos.
- Maturana, H. (1996). *De la biología a la Psicología*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria
- Maturana, H. (2006). Autopoiesis, biología del conocer y psiquiatría. *Revista Gaceta Universitaria*, 2(3), 264-272.
- Maturana, H. y Varela, F. (2003). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires: Lumen.
- Minuchin, S., Fishman, H. C., & Etcheverry, J. L. (1984). *Técnicas de terapia familiar*. México, DF: Paidós.
- Molinari, J. (2003). Psicología clínica en la posmodernidad. Perspectivas desde el Construccinismo social. *Psykhe*, 12(1), 315.
- Nájera, E. (2006). La hermenéutica del sí de Paul Ricoeur. Entre Descartes y Nietzsche. *Quaderns de filosofia i ciència*, 36, 73-83.
- Neimeyer, R. A. (2011). *Psicoterapia Constructivista. Rasgos distintivos*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Pakman, M. (1996). *Construcciones de la experiencia humana*. (v. II). Barcelona: Gedisa
- Ricoeur, P. (1986). *Lo voluntario e involuntario I, El proyecto y la motivación*. Buenos Aires: Docencia.
- Ricoeur, P. (1993). *A l'école de la phénoménologie*. Paris: Librairie Philosophique J. Vrin.

- Sandoval Moya, J. (2010). Construccinismo, conocimiento y realidad: una lectura crítica desde la Psicología Social. *Rev. Mad.*, 23, 31-37.
- Segal, L. (1986). *The Dream of Reality: Heinz von Foerster Constructivism*. Nueva York: Norton & Co.
- Shotter, J. (1993). *Conversational realities. Constructing life through language*. Thousand Oaks: Sage.
- Tarragona, M. (2006). Las terapias posmodernas. Una breve introducción a la terapia colaborativa, la terapia narrativa y la terapia centrada en soluciones. *Psicología Conductual*, 14, 511-532.
- Varela, F. (2000). *Las múltiples figuras de la circularidad. La terapia familiar en transformación*. Barcelona: Paidós.
- Von Foester, H. (1991). *Las semillas de la cibernética. Obras escogidas*. Barcelona: Gedisa.
- Von Foester, H. (1994). *Soñar la realidad: el constructivismo de Heinz Von Foerster*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Von Foester, H. (2002). *Understanding understanding*. Volumen de papeles de Von Foerster. Springer-Verlag.
- Von Glasersfeld, E. (1994). La construcción del conocimiento. En D. Schnitman (comp.) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Watzlawick, P. (1976). *El lenguaje del cambio*. Barcelona: Herder.
- Watzlawick, P. (1988). *La realidad inventada*. Barcelona: Gedisa.
- White, M. (2002). *Guías para una terapia familiar sistémica*. Barcelona: Gedisa.

Wittgenstein, L. (1971). *Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas*. Madrid:  
Alianza Editorial.